

LA LEY DEL PUEBLO

Saga El Guardián de las flores

ROBER H.L. CAGIAO




Círculo Rojo
EDITORIAL

LA LEY DEL PUEBLO



Rober H.L.Cagio



Primera edición: agosto 2020

ISBN: 978-84-1363-990-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Redes Sociales:

Instagram: @elguardiandelas

Facebook: El Guardián de las Flores

Twitter: @roberheavy

roberheavy@hotmail.com

Del Texto: Rober H.L.Cagio

Maquetación y diseño: Editorial Círculo Rojo

Diseño de cubierta: AlmaNegraEdiciones

Ilustración Interior: Lino Fernández López

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A Xoel (sempre)
A Padrino (sempre no meu corazón)



“El que no se posee a sí mismo es extremadamente pobre.”

RAMÓN LLUL

Os arados van e vén
dende Santiago a Belén.

Dende Belén a Santiago
un anxo ven en un barco.
Un barco de prata fina
que trai a door de Galicia.

Galicia deitada e queda
transida de tristes herbas.
Herbas que cobren teu leito
e a negra fonte dos teus cabelos.
Cabelos que van ao mar
onde as nubens teñen seu nídio pombal.

*¡Érguete, miña amiga,
que xa cantan os galos do día!
¡Érguete, miña amada,
porque o vento muxe, coma unha vaca!*

*FEDERICO GARCÍA LORCA, 1935
(SEIS POEMAS GALLEGOS, NOS)*

I. SANTO ESTEVO DE RIBAS DO SIL

«Quería dar las gracias a todos los que me habéis considerado digna de este premio, que hoy como comisaria, como policía, como gallega y como mujer tengo el honor de recibir...»

La luz se apagó, y el eco de la voz de Paola Gómez, voló por un momento por el cielo orensano. Todos los focos se cegaron, y sólo el rumor de las más de cincuenta personas reunidas en aquel acto, rompía el silencio. Paola, empezó a mirar a todos lados en busca de su compañero, el inspector Costoya, y lo vio muy a lo lejos, casi al final del claustro. Lo reconoció por su cojera y su nueva gabardina negra.

Dejó los papeles en el estrado, sin darse cuenta de que el viento los haría desaparecer en apenas segundos. De repente, a lo lejos, se escuchó un grito afilado, de esos que te parten el alma. Paola corrió, intentando no tropezarse con el resto de los invitados, que aún pugnaban por reconocerse unos a otros, en la penumbra de la noche de aquel frío veintisiete de febrero en el Monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil, lugar de entrega de los premios a los gallegos del año.

No estaba preparada para la acción. Había escogido tacones y un vestido largo, apropiados para la gala, pero muy poco para una persecución, así que, como pudo, consiguió seguir los pasos de su inspector jefe, que la llevaban a la parte exterior del monasterio y en concreto, a la Iglesia adyacente. Entró, alumbrándose con el teléfono móvil, atenta a cualquier movimiento extraño, y vio como Costoya pasaba directo a la sacristía. Pensó si era una broma o todos los misterios del mundo tenían algo que ver con la Santa Iglesia Católica.

—¿Está muerto? —Costoya le tomaba el pulso a un joven de menos de veinte años, tirado lateralmente sobre la fría piedra de la sacristía. —La miró y sonrió.

—No, sólo está inconsciente. —Se levantó a duras penas y señaló un objeto que estaba tirado al lado del chico. —Debieron golpearle con eso. —Paola hizo el gesto, pero se dio cuenta tarde de que había dejado el bolso en la silla, antes de levantarse para dar el discurso. Tendría que volver a por él antes de tocar aquel cáliz.

Miró a un lado y vio una puerta abierta que conectaba directamente hacia una zona de paso. Desde allí, se comunicaba con las escaleras y por lo tanto con todo el monasterio. En ese momento, los servicios de seguridad de Santo Estevo se acercaron a ellos. No pudo enseñarles la placa, pero todos la conocían. Los miró seria.

—Hasta que sepamos quién ha golpeado a este chico, lo mejor será que cerremos todas las puertas. Que nadie pueda salir del recinto. Cuanto antes, por favor, el que lo ha hecho ha salido por aquí. —Señaló la puerta. —Así que aún tiene que estar dentro. —El guarda habló por su radio y dio la orden. Mientras, Costoya pedía una ambulancia para el joven.

—Será mejor que esa ambulancia llegue pronto o no podrá salir de aquí. —Paola miró al hombre extrañada. Él continuó.

—¿No han visto las noticias? —Ante la negativa gestual de los agentes, se explicó. —Se acerca una tormenta de las buenas y la previsión es que lloverá sin parar durante toda la noche y parte de mañana, así que no será muy conveniente andar por la carretera. —En ese momento apareció un hombre vestido de etiqueta. Personal del hotel, supusieron. Se presentó, después de llevarse las manos a la cabeza al ver al chico tirado en el suelo.

—Espero que...

—Tranquilo, sólo está inconsciente, ya hemos pedido una ambulancia.

—Me llamo Casiano y soy el director del parador. Nos conocimos antes. —Paola lo recordaba de la recepción del hotel. —¿Qué ha ocurrido?

—Parece que alguien le ha golpeado con el cáliz y ha escapado por esa puerta. —Miró hacia allí con los ojos muy abiertos.

—¿Y las llaves?

—¿Qué llaves?

—Las llaves de esa puerta sólo las tiene el párroco, Don Afonso. O en su defecto el aquí presente, el sacristán.

—¿Este chico era el sacristán? —Era algo que suponía, pero requería cierta confirmación.

—Sí, es Emilio. Lleva años siendo el sacristán de Santo Estevo.

—Entonces suponemos que el que atacó a Emilio se llevó las llaves.

—Eso es, y es que sólo hay otras copias de esas llaves y están en nuestro poder. Tendría que comprobar si siguen en su sitio.

—¿Y por qué querría alguien adueñarse de esas llaves? —Casiano miró a su alrededor para intentar explicarse.

—Verá, comisaria, la iglesia sólo comunica al parador por esta puerta y no existe ningún control, el que accede desde aquí puede tener libertad total por todo el monasterio, por las habitaciones de los clientes. Es muy peligroso, por eso sólo existen esas dos copias.

—Interesante. Bien, lo primero, señor Casiano, compruebe dónde están esas otras llaves, para confirmar que han robado las de la iglesia. Por otro lado, sería bueno tranquilizar al resto de los asistentes a la gala y pedirles que comprobaran sus pertenencias, así como sus habitaciones por si falta algo. Si prefiere lo haré yo misma.

—Se lo agradecería, seguro que le hacen a usted más caso que a mí.

—El caso es que no podemos dejar a este chico aquí, solo, al menos hasta que lleguen los sanitarios. —Costoya ya se había agenciado una manta que le había puesto por encima a Emilio, el sacristán.

—Yo me quedaré, y los de seguridad, no se preocupe, nosotros nos encargamos.

—Y si se despierta corra usted a avisarnos, para intentar saber si recuerda algo del ataque.

—No lo dude, comisaria. Eso haremos.

—Y ya se lo he dicho al guarda, cierren la salida del monasterio, que nadie pueda escapar. El que lo ha hecho está dentro aún. Y en cuanto salga la ambulancia, selle también esta puerta, la de la iglesia.

Salieron a la calle, la iglesia daba directamente a mano izquierda a un pequeño cementerio, al frente una gran zona empedrada utilizada como aparcamiento y a la derecha, a la fachada del

monasterio. La puerta aún estaba abierta, pero custodiada por dos personas de la organización del hotel. Costoya encendió un cigarro. Paola lo miró. Él lo hacía un poco más arriba.

—¿Estás intentando comunicarte con el altísimo? —Negó con la cabeza.

—No, comisaria, estoy viendo esos pedazos de nubarrones y me da a mí que ese guarda tenía toda la razón, se avecina tormenta, va a ser divertida la noche. Me da que será mejor que apuremos con esa charla porque por mucha carpa que tengamos esto no tiene buena pinta. —Le dio a la cabeza y le sonrió. —Ir con usted a cualquier sitio es aventura segura. Vacaciones con Paola. —Le dio una colleja.

—Venga, pasa para dentro anda, te voy a dar yo a ti aventura. —Un relámpago iluminó el cielo orensano y de nuevo se fue la luz en Santo Estevo de Ribas do Sil. Las tinieblas se hicieron visibles antes sus ojos, como una visión. *Rompe co tabaco*, pensó Costoya.

—No gano para sustos, no gano para vicios, así nunca llegará la jubilación.

II. LA TORMENTA PERFECTA

Paola volvió a subir al estrado y empezó a llamar la atención de la gente que se arremolinaba en torno al claustro. Además, Costoya fue a avisar al resto a la cafetería, que en ese momento estaba a todo trapo. En cuanto se fueron acercando comenzó a hablar.

—Primero, quiero pedirles calma a todos. Ha habido un ataque en la zona de la sacristía, nada grave, pero el que lo ha hecho sigue entre nosotros. Por eso les vamos a pedir dos cosas, la primera, que vigilen todos sus enseres y vean si les falta algo y la segunda, que en cuanto terminemos suban a sus habitaciones y revisen a conciencia. Si les falta algo, les ruego nos lo comuniquen al inspector Costoya o a mí. —Empezó a llover sobre la carpa instalada en el claustro de Os Cabaleiros. Paola miró al cielo, sólo veía oscuridad. —Esta noche nadie podrá salir del recinto salvo emergencia mayor, y cualquier cosa estamos aquí para atenderles. —Diluviaba de tal manera que la gente se movió instintivamente hacia los pasillos. Caían sillas, botellas, por un momento a Paola le recordó a la imagen de aquel video de *Guns N' Roses* en el que se escenificaba una boda convertida en tragedia. Vio a Costoya subir al estrado y como le echaba la cazadora por encima. Se estaba empapando y ni se había dado cuenta. Bajó las escaleras y la luz se fue de nuevo. La oscuridad, unida a la descarga eléctrica en aquel paraíso de la Ribeira Sacra, era una imagen no apta para enfermos del corazón. Se acercaron a la cafetería, que estaba justo detrás del estrado, mientras veían como el resto de los invitados subían rápido a sus habitaciones. Paola miró a Costoya.

—Al menos son *guiadiños*.

—En cuanto dijiste lo de las pertenencias a más de uno le hicieron los ojos chiribitas.

—Es que estamos hablando de una gala, aquí hay gente con mucha pasta. Famosetes, políticos, artistas...

—Y justo cuando te están dando el premio a ti se produce la agresión. Simple casualidad, ¿o no?

—Espero que sólo sea casualidad, Costoya. No me jodas, que ni un premio puedo recibir en paz.

—Tu vida no está hecha para la tranquilidad, asúmelo, y vivirás más años. —Lo miró sonriente. Pidieron dos cafés dobles, necesitaban estar despiertos. La noche no había hecho más que comenzar. La luz volvió a irse. El camarero exclamó un exabrupto. Era un ir y venir continuo. Se iluminaron con el móvil.

—Para el ladrón no hay mejor hábitat que este, rodeado de oscuridad, cortes de luz, misterio...

—De repente un hombre entró corriendo y los buscó con la mirada.

—Disculpen la interrupción, me llamo Demetrio Luna y necesito hablar con ustedes. —A pesar de la oscuridad, las balizas de emergencia hacían que se pudiera andar y comunicarse entre

tinieblas.

—Siéntese, Demetrio y cuéntenos, ¿qué ha ocurrido? —Se sentó y con él, otra vez, volvió la luz.

—He subido a la habitación, tal y como dijeron, y cuando estaba a punto de entrar en el pasillo he visto a un monje salir de ella, le grité, pero salió corriendo hacia el otro lado.

—¿Un monje? Pero aquí ya no hay monjes. —Afirmó.

—Por eso me extrañó, y supuse que podía ser ese hombre que estaban ustedes buscando, el que atacó al chico. —Paola miró extrañada a Costoya. Éste tomó la iniciativa.

—Subiré a echar un vistazo, déjeme la tarjeta de la habitación. —Paola afirmó con la cabeza mientras seguía el interrogatorio.

—¿Le vio la cara, algo que pueda decirme?

—No, iba encapuchado y llevaba un hábito antiguo, de una pieza con un cinturón de cuerda. — Paola se quedó pensando donde había visto antes aquella figura del monje.

—¿Ha revisado la habitación por si le faltaba algo?

—Sí, la maleta estaba toda revuelta, pero no falta nada. Estoy seguro.

—¿Qué podría querer de usted, señor Luna?

—Es que no tengo ni idea, comisaria. Verá, yo soy actor y como usted, venía aquí a recibir el premio de gallego del año, no sé, ¿cómo no buscara dinero pensando que los actores ganamos una pasta?

—Pero no es así...

—No, ni por asomo, cuando trabajamos todo va bien, pero luego nos pasamos muchas épocas de ostracismo y, o guardas, o no tienes. Así que dinero, el justo y en la maleta sólo traía ropa para cambiarme, había pensado en hacer una ruta por los cañones del Sil mañana, nada extraño.

—Lo que no entiendo, señor Luna es que, si las habitaciones son de tarjeta, ¿cómo ha entrado ese hombre? —Luna se encogió de hombros. El camarero trajo los dos cafés y se disculpó por la tardanza. Costoya bajaba en ese momento.

—Nada de nada. A simple vista. Necesitaríamos analizar huellas y demás, pero claro, la cosa está difícil. —Paola lo miró.

—Pero no imposible. —Cogió el teléfono y salió un momento de la cafetería. Costoya se quedó a solas con Demetrio Luna.

—Le va bien con el personaje ese de Román. —Costoya se había hecho un máster en cinco minutos de la filmografía del joven actor. Él sonrió, halagado.

—Sí, inspector, me alegro de que le guste. Nunca había hecho de malo, la verdad, pero para ser actor hay que hacer de todo.

—¿Y esto? —Demetrio se puso rojo como un tomate y Costoya supo que acababa de descubrir su mayor secreto.

—No diga nada, por favor, es que este es un mundo difícil y bueno, sólo son para estar activo.

—Pastillas para estar activo, ya. Drogas. —Demetrio se pasó las manos por la cabeza, avergonzado. —Pues se ve que nuestro monje no es muy de «activarse» porque las dejó dónde estaban escondidas, y dudo que si estaba buscando algo no las viera. ¿Algo más que nos oculte?

—No, se lo juro. No tengo ni idea de que buscaba ese hombre en mi habitación.

—¿Ha venido solo?

—Sí, no tengo pareja así que preferí venirme solo y ya conocería gente. —Paola volvió a la mesa.

—Será mejor que vuelva a su habitación y permanezca allí, si vuelve a ver u oír algo raro, háganoslo saber. —Demetrio Luna afirmó y salió por el pasillo en dirección a las escaleras. Paola

vio la bolsita en la mesa y la señaló.

—¿Drogas? —Costoya afirmó. Lo miró alejarse y negó con la cabeza.

—Una pena que necesiten estas cosas. Son jóvenes, deberían estar repletos de energías. ¿Por el resto nada?

—Es un pobre diablo, no sé qué buscaba ese monje allí, pero debió equivocarse de habitación.

—Eso, o está buscando algo que no sabe dónde está, así que va a ciegas.

—Habrá que estar atentos, comisaria.

—Tengo una buena noticia, hay una persona que, si consigue superar la tormenta, estará con nosotros esta noche.

—¿Quién? No me dejes con la incertidumbre.

—Milo, nuestro forense del Guardián de las Flores. Está trabajando en el hospital de Ourense. He hablado con él y con Palau y han dado el okey, ahora sólo queda que llegue.

—Eso es un notición, aunque fuera sólo por verlo y darle un abrazo, ¡hay que celebrarlo! —Costoya llamó al camarero y pidió dos 1906. Paola le puso cara de circunstancias. Aún no había acabado el café. Él le pellizcó un moflete. —La vida se lleva mejor si es con un poco de felicidad.

—Si tú lo dices, inspector, tu experiencia vital te avala.

—¿Me estás llamando viejo?

—¿Yo? ¡Válgame, Dios! Nunca haría una cosa así. —Rieron, brindaron, quizá sería el último momento de tranquilidad que tendrían.

—¿Te has dado cuenta de que ese chico, Demetrio, no es trigo limpio? —Costoya la miró y a la vez lo hizo a la bolsita que seguía encima de la mesa.

—No, no por eso, su primera frase ha sido referida al hombre que buscamos diciendo: *por el ataque al chico ese*. —Costoya encendió la luz de su cerebro. Tenía razón. —Yo en ningún momento dije que fuera un chico. Y dudo que le diera tiempo a hablar con nadie.

—Pudo ser simple casualidad.

—Puede, o no. Pero no dejemos de investigarlo. Por el momento he pedido a Alba que me mande un informe.

—Yo sólo he visitado la Wikipedia. —Paola se rio.

—Hay que informarse, como sea. Anda, acaba esa cerveza que tenemos que ir a ver al director y ver si hay novedades.

—A sus órdenes, jefa.

El cielo seguía chispeando y el agua arreciaba cada vez con mayor fuerza, al menos parecía que los cortes de luz estaban solucionados, por ahora.

III. MILO

Los servicios de emergencia estaban trasladando a Emilio, el sacristán. El director, se acercó a ellos.

—Las llaves estaban en su sitio, o lo que es lo mismo, las que faltan son las de que tenían Emilio y Don Afonso. El chico sigue inconsciente. Lo llevan al CHOU.

—¿Hay algo de valor que alguien podría querer robar en el monasterio?

—¿Algo? Supongo que tantas casas. —Se llevó la mano a la barbilla. —Pero en particular, así, a lo bestia, no se me ocurre.

—El plan es que al menos hasta mañana nadie salga de aquí. Espero que no haya ningún lugar por el que se pueda escapar sin ser visto.

—No que yo sepa, al menos sin ser un suicida. Ventanas hay, comisaria.

—Uno de los invitados dice que ha visto a un monje pulular por los pasillos, ¿le dice algo?

—¿Un monje? Hace siglos que no están aquí, será alguno de la gala, disfrazado. —Paola torció el gesto y miró a la puerta de la iglesia pensando que ya podían cerrarla, cuando vio venir una cara conocida hacia ella. No pudo reprimir ir corriendo a su encuentro. El abrazo fue fraternal.

—¡Milo! ¡Cuánto tiempo! —Volvió a abrazarlo, justo cuando Costoya se acercaba. Se abrazaron también.

—Así da gusto que te reciban. Se os ve estupendos. —Miró a Costoya. —Bueno, a ti lento como siempre, pero por lo demás... —Le cogió del hombro mientras sonreía abiertamente.

—Veo que traes compañía.

—Sí, os presento. Matilde es mi ayudanta y la verdad es que no sabría que hacer sin ella, así que me la traje. Si me permitís, tuve que traerme el laboratorio móvil. No sé si hay algún lugar adecuado...—Casiano, que los miraba a cierta distancia, pero oía perfectamente, intervino.

—Por supuesto, yo mismo les puedo indicar una sala pequeña que tenemos de reuniones y allí pueden instalarse. Casiano, director, para servirle.

—Pues muchas gracias, Milo, forense, a su servicio. ¿Y dónde ha sido el ataque? —Lo condujeron al lugar exacto, marcado por Costoya, donde había estado el cuerpo de Emilio.

—¿Ha muerto?

—No, está inconsciente, pero sobrevivirá.

—Bien, así podrá decirnos algo, ¿suponemos que ese cáliz es el arma con el que han atacado al herido?

—Supones bien, Milo.

—Bien, dadme un rato, me instalo, analizo la escena y os digo algo. A simple vista no parece que vaya a sacar mucho, pero lo intentaré.

—Gracias, Milo. —Matilde llegaba con Costoya, cargada ya de bultos. Casiano, les indicó la dirección de la sala de juntas. Milo, se dirigió a Paola.

—¿Tienes alguna idea, o alguna intuición? —Lo miró, recordando cuánto lo había echado de menos.

—Mi intuición es que no ha matado porque no ha tenido esa necesidad, así que supongo que el pobre sacristán no nos podrá decir quién es. Lo que sí creo es que aquí hay gente que está escondiendo algo, o más bien, hay mucha gente escondiendo muchas cosas y vamos a tener que escarbar para encontrar al agresor. —En ese momento los guardas cerraron la puerta de la iglesia. —Y desde este momento estamos totalmente encerrados, nadie puede salir ni entrar. Así que los buenos y los malos dormiremos bajo la misma tormenta.

—Nunca mejor dicho, la carretera estaba peligrosa, la van a cortar, así que lo difícil será salir, al menos motorizado. —En un ataque de amor volvió a abrazarla.

—Te fuiste así, tan de repente, yo no contaba con no verte cuándo volví a la unidad.

—No quise molestarte, sabía que lo estabas pasando mal con lo del Guardián. La realidad es que para mí fue un caso estresante, y luego había una vacante en el CHOU, mi familia vive aquí, no es fácil estar lejos de tu mujer, de tu hija. A veces hay que apostar por la familia.

—Me alegro por ti. De verdad. —Costoya y Matilde volvieron con lo justo para hacer la inspección. —Bueno, os dejamos hacer vuestro trabajo. Nosotros estaremos de guardia, pero lo primero que vamos a hacer es cambiarnos de ropa, al menos yo, no me siento muy a gusto así. —Costoya, frunció el ceño.

—Yo creo que está usted muy guapa, jefa, yo me quedo como estoy. Ya habrá tiempo para cambiar de estilo.

Mientras Paola, subía a cambiarse, el inspector jefe Costoya se decidió a conocer un poco más a fondo el entorno en el que se encontraban. No era muy fan de la historia, como sí lo eran Modesto y Portela. Los echaba de menos. Eran una familia.

Cruzó directamente al segundo de los claustros, llamado de los Bispos, lo supo porque había una inscripción en la que explicaba algo sobre nueve obispos o algo así. No tenía las gafas y le era muy difícil leer nada que no fuera lo suficientemente grande.

Poco después de las escaleras, llegó al más pequeño de los claustros. El de Viveiro, creyó leer. Miró hacia arriba admirando como caía la lluvia, pero también lo distintos que eran cada uno de aquellos escenarios dentro del mismo recinto.

Había también, una serie de estancias privadas de las que salía un olor especialmente atractivo. Supuso que allí estaba la cocina. Y supuso bien, porque a unos metros estaba nuevamente al otro lado de la cafetería. Desde allí dio la vuelta y nuevamente pasó lateralmente por el primer claustro, el de Os Cabaleiros. Era inmenso, y visto desde fuera impresionaba.

En los pisos superiores se encontraban las setenta y siete habitaciones que, según el director, estaban ocupadas en más del ochenta por ciento de su capacidad. Cuarenta y tres de ellas destinadas a los organizadores, presentadores y asistentes a la gala. Iba a ser un trabajo duro. Pensó que lo primero que podía hacer, era pedir información sobre todos y cada uno de los huéspedes, y poner a trabajar a la célula de la Jefatura Provincial de A Coruña. Se acercó a la recepción y vio a Casiano con cara de estar realmente jodido. Le dio pena.

—Al menos, aún no se ha muerto nadie, señor director, piénselo así. —Casiano le sonrió desde el otro lado de la recepción y afirmó con la cabeza. —Verá, me preguntaba si podría darme un listado de los huéspedes. Si, como suponemos, uno de ellos ha de ser el que buscamos el primer

paso será investigarlos. —El director, sonrió. Costoya miró para atrás y vio a Paola vestida con su clásico traje de chaqueta y pantalón negro.

—Se le han adelantado, inspector. Su jefa me lo pidió antes de subir.

—Si es que somos clavados hasta para eso. —Le dio un papel a Casiano.

—Hágame el favor, mándele una copia también a esta dirección de correo electrónico. —Cogió el listado, aunque no le dio demasiado tiempo a repasarlo.

IV. FÁTIMA ANDRADE

Fátima Andrade, era una de las presentadoras más famosas de la Televisión de Galicia. Ella conducía, junto a Gayoso, el programa líder de la noche de los viernes. Le habían dado el premio a mejor comunicadora del año. Ella estaba encantada de haberse conocido, no era para menos. Tenía sólo veinticinco años y ya vestía ropa cara, tenía un coche de cuarenta mil euros y una cuenta de Instagram con miles de seguidores. Costoya la miró de arriba abajo y no pudo dejar de admirar su belleza exterior, pero aquella mirada de desdén eliminaba todo lo bueno que la genética le había dado. Bajaba sola por las escaleras despotricando hacia la recepción. Pasó a su lado sin mirarlos a la cara.

—Señor director, me da igual los problemas que tenga, pero yo mañana a las dos de la tarde tengo que estar en San Marcos, ya me dirá como lo arreglamos. —El director la miró entre ofendido y preocupado, el cliente siempre tenía la razón.

—Señorita, disculpe las molestias. Ahora mismo sólo puedo decirle que los accesos están cortados y hasta mañana no sabremos cuándo se volverán a abrir. Además, como bien sabe hay una investigación abierta y nadie puede salir del recinto. —Paola, se dio la vuelta y se quedó mirándola, como hace alguien a otro de la misma especie, pero al que no reconoce como a un igual. Fátima se giró hacia ella, se colocó bien la pañoleta morada que llevaba al cuello y empezó a hablar con muy poca educación.

—Y ustedes a ver si hacen algo, mientras me duchaba alguien ha entrado en la habitación y lo han revuelto todo. Vaya disgusto. —Paola se acercó despacio, con calma.

—¿Y usted es? —Ella la miró con cara de cómo era posible que no la conociera.

—Fátima Andrade, presentadora de televisión. —Estiró su mano, Costoya pensó si lo hacía para que se la besara. Paola la miró y le contestó.

—Y yo soy Paola Gómez, comisaria y la autoridad aquí. —Siguió observándola en silencio, marcando bien el territorio. —¿Y dice que alguien ha entrado en su cuarto?

—Efectivamente, comisaria, he subido, me he dado una ducha y cuando salí, estaba todo revuelto. Espero que no me hayan hecho fotos o algo peor. —Paola, hizo un gesto de hastío y miró a Costoya.

—Acompaña a la señorita a la habitación y haz una inspección ocular. Con lo que sea bajas y me cuentas. —Miró a Fátima. —Señorita, indíquele a mi compañero su habitación. Más tarde, sería buena idea, que tuviéramos una conversación. —Pasó a su lado con desdén, otra vez, sin mirarle a la cara. Paola se giró hacia el director, que sudaba tras el mostrador.

—Casiano, necesito algo más. Aparte del listado de huéspedes, me haría falta otro de empleados y si hace el favor me gustaría saber dónde está cada uno situado dentro del hotel, sobre todo

aquellos que tenían que pernoctar aquí. —Asintió con la cabeza.

—Se lo prepararé, toda la gente del turno de tarde se ha tenido que quedar, les hemos ido asignando las habitaciones libres, algunos ya la habían reservado, al no poder volver a sus domicilios después de la gala. En un momento se lo pasaré.

—Muchas gracias, y cualquier cosa, me avisa. —Él le sonrió, parecía trigo limpio. Anduvo hacia la sala de juntas donde estaban Milo y Matilde, esperando que ya tuvieran algún resultado que compartir con ella. Se acercó y le tocó el hombro, él le sonrió. Se ajustó las gafas y anotó algo en su libreta de cuadrícula.

—El cáliz tenía algunas huellas, dudo que sean del agresor, pero tenemos que comprobarlo, me he traído este aparato, pero tal y como están las redes con la tormenta nos es casi imposible acceder a la base de datos, creo que la cosa se nos complica por momentos.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, había varios pelos de mujer, pero puede ser de cualquier feligresa que se haya pasado estos días por la sacristía.

—Tengo los datos de todos los asistentes a la gala y próximamente los del personal, ¿crees que te servirían de algo? —Fruunció el ceño. No lo veía claro.

—Creo que tenemos poco, Paola, ya me dijo Costoya lo del hombre ese al que le han entrado en la habitación...

—Ya son dos, acaba de bajar otra chica con la misma historia. —Milo se quedó pensativo.

—Vaya, dos son multitud, en un rato subimos y analizamos huellas, por el momento que no toquen nada.

—No se preocupe, creo que eso ha quedado claro.

—Estamos un poco perdidos, me temo.

—¿Sólo un poco? No tengo ni idea de por dónde tirar. —Un enorme relámpago seguido de un trueno terrible, los sorprendió repentinamente.

—¡Madre mía! Eso ha sido aquí al lado, seguro. —Paola se agarró a Milo. El silencio fue absoluto a la espera del siguiente.

—La cosa cada vez se pone más fea, me temo. —Desde fuera vio como una chica de no más de veinte años pululaba por los pasillos, parecía buscar a alguien, pensó que ya era hora de conocer personas normales aquella noche, ¿o no?

V. GUADALUPE ANTÓN

—¿Buscaba algo, señorita? —Ella la miró, confirmando lo que Paola sospechaba, la estaba buscando a ella.

—Buenas noches, comisaria, mi nombre es Guadalupe Antón, estaba entre las invitadas junto a usted. —Entonces la recordó, llevaba un vestido estampado precioso. —El caso es que tengo algo que quizá le interese ver.

—¿Algo como qué?

—Cuándo usted subió la grabé, soy muy admiradora suya, y en el momento en el que se fue la luz y se escuchó el grito, seguí grabando planos y creo que alguna cosa sí le interesará. —Le pasó el móvil y Paola le dio al play. No es que Guadalupe tuviera muy buen pulso, pero se veía, exactamente, toda la escena, y efectivamente había algo que no encajaba en todo aquello. En el momento justo en el que se veía a Costoya correr hacia el fondo del claustro se apreciaban las figuras de dos personas apurando el paso hacia la recepción. Eran Demetrio Luna y Fátima Andrade. —Paola, se quedó pensativa mientras veía el video otra vez. Se habían tenido que ir antes de que se fuese la luz, seguramente cuando ella se subió al estrado, pero era algo muy extraño teniendo en cuenta que los dos estaban premiados y no tardarían en subir. Aquello cada vez se enmarañaba más. En la grabación se les veía avanzar por el pasillo en dirección a las escaleras, justo al lado contrario del lugar de donde había provenido el grito. Miró a Guadalupe. La invitó a sentarse en la cafetería que estaba a escasos metros de ellas.

—¿Usted también estaba nominada?

—Sí, a la deportista del año, soy corredora de larga distancia, maratones, medias...

—Me canso sólo de pensarlo. ¿Conocía de algo a estos dos? ¿Sabe si tenían alguna relación?

—No, que yo sepa, pero bueno, una es presentadora de la televisión gallega y el otro actor de la misma cadena, podrían conocerse.

—Lo extraño, es que no nos hayan dicho nada. —La miró, era una chica guapa y parecía más mayor, al menos expresándose, de lo que decía su carné de identidad.

—Yo eso lo dejo para ustedes, como dijo que si había algo raro se lo dijéramos me pareció lógico enseñárselo.

—Si es tan amable, mándemelo a esta dirección, por favor. Y no comente esto con nadie. —El camarero, con cara de llevar allí todo el día, las atendió. —Corredora de fondo, ¡qué barbaridad!

—Bueno, la mayoría tiran hacia la velocidad, pero a mí siempre me gustó más la distancia. Mi tío, de joven, ya era maratoniano así que eso era lo que yo vivía, al final como sabe, te dejás llevar por la marea.

—Siento no estar al día, la verdad, pero es que, en nuestro trabajo ni deportes, ni series, ni programas de televisión, en el fondo, como ve, nos hace unos incultos.

—Hacen ustedes un gran trabajo. Espero que lo de esta noche quede en un susto, aunque esa persona a la que han atacado...

—En principio sobrevivirá, que es la mejor noticia, ahora recemos para que esto quede así pero mi experiencia... —Vio bajar a Costoya solo y le presentó a Guadalupe.

—Guada para los amigos.

—La conozco, enhorabuena por la clasificación para los juegos.

—Muchas gracias, inspector. —Paola lo miró asombrada, estaba en todo, y le constaba que trabajaba tantas o más horas que ella misma. —Yo voy a subir ya, a ver si consigo dormir. Con un poco de suerte, mañana podremos salir de aquí.

—Muchas gracias por su ayuda y cualquier cosa póngase en contacto de nuevo. —Esperó a que saliera rumbo al ascensor y miró a Costoya, le hizo un gesto con la cara y este empezó a contarle lo que había visto en la habitación de Fátima Andrade.

—Muy parecido a lo de Demetrio, pero sin bolsita de drogas, todo revuelto, pero no se habían llevado nada.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, algo más, o el agua de Santo Estevo se evapora sola, o Fátima Andrade nos miente. La ducha estaba seca, sin utilizar. —Paola, bajó las cejas y juntó los labios.

—¿Por qué mentirnos de esa manera tan absurda?

—Entre tú y yo, esconde algo. Alguna razón de peso tendrá. Vete tú a saber.

—O sea, que tenemos dos supuestos ataques y en ambos casos los dos testigos parecen mentirnos, o al menos ocultarnos algo y además está esto... —Paola le enseñó el video que acababa de pasarle Guadalupe Antón.

—Joder, está claro que esos dos se conocían, y que algo tramaban.

—A lo mejor, sólo querían echar un polvo.

—Sí, y se va la luz, se escucha un grito y ellos ni se inmutan.

—El grito pudieron no escucharlo, y cuando el deseo aprieta...

—Voto porque ocultan algo y no es personal.

—Tendremos que hacer un careo con ambos, y ver que nos están ocultando. Hablaré con Casiano para saber dónde tienen cámaras y conseguir las grabaciones.

—Ya le he preguntado. En los claustros, en el pasillo de la zona de recepción y en la zona de la habitaciones. Ya ha solicitado todas las grabaciones, pero tardarán en mandarlas.

—Esta vez has sido más rápido.

—Uno a uno, comisaria. No te voy a dejar ganar siempre.

Su teléfono y aquella melodía del Sweet child o' mine empezó a sonar a toda pastilla. Era Alba.

—Dime, corazón, ¿qué tienes?

—Te mando ahora todo lo reseñable sobre el listado de personas del hotel, te llevará tiempo, tómalo con calma.

Tenían tiempo, al menos tanto como lo que tardara aquel extraño monje en volver a hacer acto de presencia.

VI. AFONSO, EL CURA

Las campanas anunciaban que eran ya las nueve de la noche. Paola escuchó cada tañido como un golpe en su corazón y extrañamente, empezó a estar intranquila moviéndose de un lado al otro. Con el eco del último gong le pareció ver una sombra entrando en la zona común, donde se encontraban las escaleras. Fue corriendo hasta allí. Aparentemente, no vio nada. Subió el primer tramo. Otro relámpago cruzó el cielo y los volvió a dejar a oscuras, a expensas de la señalización de emergencia. Estaba en el penúltimo escalón, llegando al primer piso. Cogió la linterna en una mano y la pistola en la otra. Una puerta se abrió de repente. Era Fátima. Gritó. Paola la mandó callar y la empujó a su habitación. Dudó si continuar y dar toda la vuelta alrededor del claustro. Algo le decía que siguiera adelante. Giró a la izquierda, dejó atrás la gran cristalera frontal. A lo lejos cruzando la otra esquina vio una sombra. Corrió todo lo rápido que pudo. Estaba paralela a uno de los laterales del Claustro dos Cabaleiros. Sus arcos de media punta y el inequívoco estilo renacentista lo definían. Al cruzar la esquina donde había visto la sombra sólo la recibió la oscuridad, estaba encima de la entrada principal del monasterio, ya no veía nada. Cruzó hasta el final. Al fondo podía intuir que estaban de nuevo las escaleras, pero prefirió echar un ojo a la zona del Claustro dos Bispos. Se asomó a una planta rectangular mucho más austera, no sabría decir si de carácter románica o gótica. Ante la falta de luz sólo veía sombras. Le pareció intuir algo en uno de los laterales, el que daba justo a la puerta de la iglesia. Era algo inmóvil. Corrió hacia las escaleras, se cruzó con Costoya que la estaba buscando. A duras penas la siguió, tenían que bajar un piso, cruzar el pasillo y estarían allí.

Al llegar a la planta baja del claustro lo vio. Era Afonso, el cura. Tenía la boca abierta. El brazo derecho extendido, apoyado en una de las ventanas, como si estuviera pidiendo la vez. El izquierdo paralelo al cuerpo. Se acercaron más. Tenía una terrible mueca de sufrimiento y marcas en el cuello. Sangraba por a través del hábito. Estaba muerto.

—¡Mierda, joder. Mierda! —Costoya ya no recordaba lo expresiva que se ponía su jefa ante la mortandad. Le quitó la mano del cuello justo en el momento en el que la luz volvía a Santo Estevo. ¿Era una casualidad? Nada era al azar.

—Es el párroco, Afonso. —Le señaló la puerta de la iglesia que comunicaba con el claustro y que estaba abierta. —Ese cabronazo tiene acceso total al recinto al tener las llaves. Ahora mismo podría estar en cualquier lugar. —Paola se asomó a la iglesia y vio al guarda que custodiaba la puerta exterior que venía hacia ellos.

—¿No ha escuchado nada?

—No, estaba en la puerta cuando se fue la luz, escuché el estruendo del trueno y poco más. —Se asomó al claustro y vio el cuerpo del párroco.

—¡Mierda! —Paola miró a Costoya.

—Ves, no soy la única, aquí el de la sangre fría eres tú. —El guarda estaba en shock, seguramente era el primer cadáver que veía en su vida.

—No me lo puedo creer, hablé con él hace menos de media hora, se estaba quejando de la tormenta, de no poder volver a casa, y ahora mírenlo, ¿está muerto? —Paola, afirmó con la cabeza. El guarda se tiró de rodillas junto al cadáver, parecía muy afectado.

—Entiendo que estaba alojado en alguna de las habitaciones. —Preguntó, Costoya.

—Sí, me dijo que le habían dado la junior suite.

—Suertudo el cura. —Cambió de opinión al ver su mueca de dolor. —Bueno, no le valió de mucho.

—Llame al director para que venga. Costoya, vete a avisar a Milo, lo necesitamos.

—¿Usted se llama?

—Edelmiro Gallego, puede llamarme Edel.

—Vuelva a su puesto Edel, pero necesitaré hablar con usted más tarde, si no le importa. —Paola sospechaba de todo el mundo, pero la manera de comportarse del guarda no lo hacía para nada sospechoso. Además, no se correspondía con la sombra que había visto en el pasillo y la que había descrito Demetrio. Su hombre era de carácter atlético y más alto. O mujer, pensó. Tendría que hablar con Alba y con el resto del equipo para que le dieran opinión. Le estaba empezando a doler la cabeza. Casiano apareció con las manos en la cabeza.

—¡Mierda, no puede ser! —Paola miró a Costoya, y bajó la cabeza en señal de afirmación. Le sonrió. Ya habían cruzado el umbral de la muerte, o al menos de sufrir por las muertes ajenas. Era su trabajo.

—No toque nada, por favor, estamos esperando a que venga Milo. Él tendrá que hacer el reconocimiento del cadáver. —Lo vio llegar corriendo junto a Matilde.

—¿Sabemos qué ha pasado?

—No, pero está muerto. Todo parece indicar que acuchillado.

—¿Algún mensaje en el entorno, algo que deba saber? —Ni lo había pensado. Paola, negó con la cabeza y se acercó a Costoya.

—Esperó a las nueve para atacar, eso debe tener algún significado para él. —Costoya puso cara de estar hasta cierto lugar innombrable.

—Vamos a ver, no seamos paranoicos, que no todos los asesinos van dejando mensajes por ahí... —Paola puso cara de duda.

—Por si acaso tengámoslo en cuenta. Vamos, necesito hablar con el equipo. Milo, en cuánto tengas la mínima novedad avísanos. Estaremos en la cafetería. Espero que esta vez el wifi funcione, necesitamos ayuda.

—A la orden, jefa. Cuando termine te aviso. —Paola miró a Casiano.

—El guarda de la puerta exterior, Edelmiro, luego hablaré con él. Pero necesito un informe completo, haga el favor. —Casiano, aún en shock confirmó con la cabeza.

—Se lo pasaré junto al reparto de habitaciones y personal que tenemos en el monasterio en este momento. —Comenzaron a cruzar aquel pasillo, otra vez, hacia las escaleras y giraron de nuevo a la izquierda para adentrarse en su «habitación», aquella noche: la cafetería.

—Dos 1906, por favor, vamos a tener que estar inspirados esta noche, no se me ocurre otra forma.

—Costoya, dime una cosa, ¿los problemas nos buscan o somos nosotros los que los buscamos a ellos?

—Es una cuestión de simbiosis, jefa, pura y dura simbiosis, el mal y usted son enemigos íntimos.

VII. LA LEYENDA DE LOS NUEVE BISPOS

Nueve anillos para los hombres mortales. Nueve anillos para nueve obispos. Esta es la historia del Monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil:

«Júpiter se enamoró de aquellos paraísos y decidió hacerlos suyos atravesándolos con un río y transformándose él en agua para mecer cada centímetro de aquel lugar.

Entre los siglos X y XI, el Monasterio había sido reedificado por el Abad Franquila según privilegio de reconstrucción, firmado por el Rey de Galicia Ordoño II, sobre unos cenobios que aún continuaban en pie de los siglos VI y VII relacionados con San Martín Dumiense, el llamado «Apóstol de los Suevos».

Poco después de su construcción, llegaron los nueve obispos que huían de las persecuciones musulmanes del sur. Eran Isaura, Vimarasio, Gonzalo Osorio, Fraolengo, Servando, Vitiulfo, Pelayo, Afonso y Pedro. La única riqueza que traían eran sus anillos episcopales. Cuando iban falleciendo, estos anillos se depositaban en un cofre que descansaba a los pies del altar de la iglesia de Santo Estevo.

Al morir todos, los nueve anillos se juntaron en aquel cofre, los peregrinos comenzaron a extender el rumor de que aquella arqueta tenía poderes mágicos. Se contaban historias de cómo con sus anillos, aún en vida, conseguían expulsar a los demonios en poseídos, curaciones milagrosas y cómo la sola presencia del cofre con los nueve anillos podía conceder deseos y obrar milagros.

«Los fieles empezaron a dejar numerosas limosnas con las que se construyó el claustro de los Bispos. Los restos de los nueve descansan cinco a un lado del altar y cuatro a otro, sin embargo, el cofre lleva desaparecido desde el siglo XVII». —Alba terminó de recitar a la vez que las voces de Modesto y Portela se oían de fondo.

—A mí esto me suena un poco al señor de los anillos. Portela y yo nos pedimos ser Merry y Pippin. —Todos rieron.

—Venga, necesito que os pongáis las pilas. Parece que todo está relacionado. La hora de la muerte fue exactamente a las nueve, como dándonos una pista. El cura se llama Afonso, como uno de los bispos.

—¿Crees que ese loco está buscando ese cofre? —Paola contestó rápida.

—Me estoy acostumbrando a creer que lo más enrevesado suele ser real. A las pruebas me remito.

—Si fuera así, tendría que buscar a alguien que se llamara igual que alguno de los otros obispos.

—O buscar a quien puede tener esa arqueta. Lo primero que ha hecho es ir directamente a por el sacristán y el párroco. Los que más podían estar relacionados con ese cofre. —Portela, intervino.

—Pero vamos a ver, ese cofre lleva desaparecido desde el siglo XVII, ¿por qué motivo deberíamos creer que alguien sabe dónde está?

—Porque no tenemos otra hipótesis, mi querido Portela.

—También puede ser que esa sea la verdadera intención del asesino, es decir, hacernos creer que busca eso cuando está buscando algo más terrenal.

—Tendremos que poner los cinco sentidos. Aun así, necesito que os devanéis los sesos como si estuvierais aquí. Necesitamos vuestra ayuda.

—¿Seguís incomunicados?

—Sí, y parece que la cosa va para rato. No va a ser fácil salir de aquí. —Modesto estaba preocupado.

—Extremar la seguridad, si hay un loco suelto estará camuflado entre toda esa gente que asiste a la gala, no será fácil saber quién es. Intentaremos buscar un perfil entre todos los expedientes que nos mandaste, pero no va a ser fácil ni definitivo.

—Bien, Modesto, me alegro de que ya estés al cien por cien. No hay mejor noticia.

—Gracias, jefa, me cuidan mucho, sobre todo aquí los becarios. —Al fondo pudo ver la imagen de Rafa y Marina junto a Ana. Un relámpago le recorrió esta vez el alma. Ana, Modesto, María. Un día y ya los echaba de menos. Fue esta última la que intervino.

—Hola, chicos. De todos modos, yo salgo ahora para allá, seguramente a Luintra. Estoy en contacto con la guardia civil y la policía local de Nogueira de Ramuín y en cuanto podamos, entraremos.

—Seguramente con ellos os será más fácil. Toda ayuda se agradecerá, pero espero que esto se resuelva antes de mañana o se me formará un motín. Por cierto, Anita, hazme un perfil del cura, a ver que podemos sacar de ahí. Necesito información de todos, incluido el director, aquí el más tonto hace relojes.

—Vale, estamos en contacto, si te parece en cuanto tengamos algo interesante, hablamos.

—Espero que la wifi se mantenga en pie, sino estamos jodidos. Corto y cierro. —Costoya la miró sonriendo.

—La época del walkie ya pasó hace años, comisaria, está usted anclada en el pasado y luego me llama viejo a mí. Si es que no hay derecho. Estaban en aquella cafetería que era como su gran puesto de mando. Al fondo de todo, para molestar lo menos posible, habían juntado unas mesas y montado todo el operativo de caza a aquel monje sin nombre.

—Mientras estaba arriba, persiguiéndolo, Fátima salió de la habitación, asustada, supongo que por el apagón...

—Eso quiere decir que tenemos que desecharla como sospechosa.

—O eso o es lo que nos quiere hacer creer.

—Es igual, no puede estar en dos sitios.

—Pero si puede ser cómplice.

—Todo es posible, jefa. No podemos descartar a nadie.

—Deberíamos registrar todas las habitaciones en busca del hábito de monje. Quien sea lo debe tener a mano.

—Puede ocultarlo en cualquier lugar. Esto es muy grande. —Cada alternativa tenía un pero. No estaban encontrando la luz, más bien estaban totalmente perdidos. Necesitaban descansar un poco, aunque fuera un par de horas para salir de aquel embotellamiento, pero Paola prefirió esperar hasta tener noticias de Milo y de la escena del crimen. Todo se podía solucionar a base de sobredosis de café o cerveza.

VIII. CASIANO

Mandó a Costoya a descansar. Le costó convencer al inspector, pero sabía que era lo mejor. En ese momento sólo podían esperar. Esperar por los resultados, esperar por las investigaciones de sus compañeros, esperar a que se le encendiera alguna luz. Pero era mejor turnarse para estar en plenitud de condiciones. Aquella noche tenía toda la pinta de que iba a ser inmensamente larga. Vio venir a Casiano cariacontecido hacia ella. Pensó que aún estaba afectado por la muerte de Afonso. Paró en la barra y pidió un gin tonic. Se sentó. La miró con los ojos aún humedecidos.

—Afonso era mi amigo. Lejos de ser párroco y yo ateo, había muchas cosas que nos unían y, sobre todo, muchos años juntos. A veces las personas no se unen por ideas ni por afinidad, sino por necesidad. Eso éramos Afonso y yo, el uno para el otro. Una bonita necesidad. Demasiadas horas aquí y él siempre dispuesto a confesarte, pero de forma terrenal. Lo que le ha pasado es...

—Terrible, lo sé. No crea que no lo entiendo. —Casiano la miró y le clavó su tristeza en el interior. Hizo una pausa que a Paola se le hizo tremendamente larga.

—Le contaré algo. Algo que prometí no le contaría a nadie. Pero ahora, tras su muerte, supongo que me lo perdonará. Afonso era el párroco ya, cuando se hizo la reforma para convertir esto en parador. Yo llegué un poco más tarde, antes de la inauguración. Encontraron algo en aquellas obras. Algo de lo que sólo él y Edelmiro sabían de su existencia. Los obreros pensaron que sería cualquier chorrada de curas así que no le dieron importancia, pero él, en cuanto lo vio lo identificó. Era la arqueta con los nueve anillos episcopales de los nueve obispos. ¿Quién lo diría?, pues por fuera estaba destrozada, pero al abrirla brillaban cómo si aún estuviesen realmente vivos. Los dos guardaron el secreto y creyeron que lo mejor era esconderlo en un sitio seguro. Eran buenas personas, comisaria. No querían lucrarse, sólo conservar algo en lo que creían. Y los años pasaron y la vida les iba bien a ellos, al parador, parecía que un rayo de luz había entrado por la ventana. Ellos pensaron que era por esa arqueta que cómo sabe, dicen que tiene poderes de todo tipo. —Le dio un sorbo al gin-tonic.

—No lo entiendo, podían haber hecho el negocio de sus vidas, y aun así prefirieron mantenerlo oculto.

—Le repito, comisaria, eran buenas personas, gente de aldea, con creencias, supersticiones, e hicieron ese trato entre ellos y juraron cumplirlo y sólo transmitirlo en caso de peligro.

—Y entiendo que algo de eso ocurrió. —La miró otra vez a los ojos, veía el dolor corroerle por dentro.

—Edelmiro perdió a su mujer, más bien ella le dejó. Empezó a beber y a renegar de su suerte, a decir burradas en los bares, nadie le hacía caso hasta que alguien si lo hizo.

—Y le ofreció dinero a cambio de la arqueta.

—Eso es, mucho dinero. A Edelmiro aquello le tentó mucho, así que habló con Afonso, que se dio cuenta de que era su perdición. No llegaron a un acuerdo, pero quién quiera que fuese sabía de la existencia de la arqueta y si no se la vendían por las buenas, seguramente podrían conseguirla por las malas. El martes pasado, Afonso vino a verme y me dijo que tenía algo importante que contarme.

—Y le contó la historia.

—Me dijo algo más importante, dónde estaba la arqueta. La había cambiado de sitio y sólo él lo sabía. Desconfiaba de Edelmiro después de haberse ido de la lengua. Así que la escondió. Fue la última vez que lo vi antes de esta noche. Lo mataron por una maldita reliquia.

—¿Y tiene usted la arqueta? —Negó con la cabeza.

—Ya no estaba allí. —Paola, notó un gesto extraño en el movimiento de ojos de Casiano.

—¿Cree que la han robado?

—Eso o el propio Afonso la volvió a cambiar de sitio al ver como se estaban poniendo las cosas.

—Pues me temo que él no nos va a aclarar mucho. Esto es muy retorcido. ¿Por qué matar por algo así? —Casiano movió la cabeza de un lado a otro.

—Tendría muchas opciones. Locos religiosos sobran. Coleccionistas ni le cuento. En el mercado negro podría tener un valor incalculable. Y si hiciera los milagros que dicen que hacía, ya apaga y vámonos.

—Le agradezco mucho que me lo cuente. Esto supone un gran avance en la investigación. Tendremos que hablar con Edelmiro y saber quiénes eran esos compradores, quizá con eso podamos sacar algo de esto.

—Lo dudo, suelen ser matones contratados por grandes grupos empresariales que se dedican a eso, ya sabe usted. Está claro que pudo ser alguno de los asistentes y, aunque me pese, alguno de nuestros trabajadores. El que haya sido está aquí dentro.

—Descanse un rato, será una noche larga. Y a base de gin-tonics no creo que recupere. —Casiano miró para el vaso, casi sin líquido y pensó que aquella mujer tenía razón. Sería mejor retirarse, al menos, durante un rato.

—Muchas gracias comisaria, nos vemos pronto. —Paola, asintió con la cabeza, mientras lo veía desaparecer tras la puerta. Era todo un personaje, el director del parador. No parecía sospechoso, pero a esas alturas ella ya no se fiaba de nadie y la situación de Casiano no era la mejor. En el fondo era, junto a Edelmiro, Afonso y el aquel maldito monje, los únicos que parecían saber el secreto y existencia de aquella reliquia.

Salió a la fría noche de febrero en el monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil. En aquel momento la lluvia les había dado una tregua, la necesitaban. Sintió el aire fresco pegarle en la cara. Pensó, si no estaba tentando demasiado al diablo juntándose con tanto loco, si realmente aquello era lo que quería hacer. Se sentó sobre el estrado dónde hacía poco más de dos horas había estado dando un discurso, ese que tantas veces había ensayado, ese que tantas veces había cambiado y que al final no pudo terminar. Lo sabía de memoria. Ainize Barea, Modesto, Milo, el Guardián, todos eran daños colaterales que habían pasado o aún estaban en su vida. No pudo reprimir esa sensación de tristeza que te invade en un segundo y se pega a tu piel como si fuera súper glue. Empezó a tener frío. No tenía ni una mísera chaqueta, por tener no tenía ni tiempo de ir a comprarse ropa. Le gustaban aquellos momentos de soledad, degustarlos como quien lo hace con un buen café, dándole bandazos de lado a lado, pero siempre sin derramarlo. Miró a la luna, estaba menguando, como su fe, como su paciencia, como su poder.

Por un momento volvió a admirar la inmensidad que la rodeaba. Aquel sitio parecía sacado de una película. Nunca pensó que en aquel lugar tan recóndito podía haber algo tan maravilloso. Pero lo había. Y de eso trataba la vida. De sorprender. De encontrar cuando menos te lo esperas. De los milagros. De que alguien te recoja cuando estás a punto de caer. De los domingos de sofá, peli y manta. De la libertad de querer sin sentirte obligado. De sentir plenamente, aunque sea por una vez en la vida.

Volvió a recordar aquel video de los Guns y revivió el final. No quería acabar así. No quería darle un disgusto a su madre, ni hacer venir a su padre desde Bulgaria. No quería hacer sufrir a los suyos como había visto sufrir a Ainize. No quería ser una más. Pero sabía que algún día ese podía ser su final. Como el final de November Rain.

Y entonces apareció ante ella. En camisa y con la chaqueta en una mano. No supo que era lo que estaba haciendo, hasta que notó cómo la cubría con ella. Le sonrió. Creyó que lo conocía de toda la vida, aunque en realidad no lo conocía de nada. Pero aquella conexión comenzó en aquel mismo instante. Las luces chispearon por momentos antes de que rompiera la magia con aquella melodiosa voz.

—Disculpe la intromisión, soy Gonzalo Lantes, la he visto desde la recepción y no he podido evitar acercarme por si le pasaba algo. —Ella lo miró curiosa.

—¿Es usted de esos hombres que creen que una mujer no puede estar sola sin dar explicaciones, sin parecer una rara?

—No es eso, y mucho menos si esa mujer es Paola Gómez, pero ya desde allí me pareció verla tiritar y es que el frío de febrero es traicionero. Si yo fuera usted, saldría más abrigada. —Ella asintió con la cabeza. —Claro que quizá no se ha traído más ropa que esa.

—Algo así, señor Lantes, digamos que venía preparada para dar un discurso, pasar una noche tranquila y a la mañana siguiente, marcharme para casa. —Señaló su ropa.

—Pero, sin embargo, sí se trajo su ropa de faena. —La miró de reojo.

—¿Esto? Sí, vaya a dónde vaya viene conmigo. Una es comisaria las veinticuatro horas del día.

—Creo que en eso nos parecemos, yo soy doctor y a veces el horario no existe, sobre todo cuando hay alguna desgracia u operaciones urgentes. Pero es lo que escogimos.

—Exactamente. —Pensó si aquel hombre sabía leer la mente de las personas.

—La verdad es que también quería presentarme voluntario por si necesitan mis servicios. Estoy especializado en temas de corazón, pero puedo tocar todos los palos. Y esto es como la guerra, estamos en estado de sitio. —Paola miró al cielo.

—Sí, al menos hasta que pase la tormenta y aparezca el culpable. —Gonzalo se sentó sobre el escenario al lado de Paola. Notó su calor. No se sentía para nada incómoda a su lado. Emanaba una energía especial. Él miró al horizonte.

—Me encanta este lugar. Soy un enamorado de la Ribeira sacra.

—Nunca había estado, la verdad, y de momento no he visto mucho.

—Tiene que darse un paseo por el catamarán.

—Soy más de monte que de agua.

—Pues aquí tiene montes y senderos preciosos. —Ella afirmó con la cabeza.

—Seguro, pero como no cojamos a ese loco no tendré tiempo para verlo.

—Siempre puede volver de vacaciones. —Puso cara de duda.

—No le digo que sea imposible, pero como usted decía antes somos lo que somos y elegimos lo que elegimos, lo hacemos a sabiendas y realmente me siento a gusto haciéndolo, aunque a veces los daños colaterales me superen. —Dejó correr un silencio pausado, gota a gota.

—Quizá no ha encontrado la persona adecuada con quién compartirlo.

—Y quizá nunca lo encuentre. —Le sonrió sinceramente.

—Eso lo sabrá, el cuerpo emite multitud de mensajes que nosotros tendemos a ignorar.

—¿Usted cree? ¿Y qué mensaje cree que irradió yo?

—Antes de que yo llegara estoy seguro de que estaba usted pensando en algo muy profundo, pues expresaba irrealidad, estar en otro mundo. Ahora es una mezcla de curiosidad y desconfianza. —Asintió.

—No se equivoca mucho, no sé cómo lo hace, ¿Es usted mago?

—Sí a salvar vidas se le puede llamar hacer magia sí, eso soy. Pero terrenal, nada de alegorías religiosas, que la veo venir.

—Pues como tenga una urgencia hoy va a tener que salir volando.

—No sería la primera vez, comisaria, no se crea, pero hoy estoy bien cubierto, tengo compañeros magníficos.

—¿A usted también le daban un premio hoy?

—No, a mí me lo dieron el año pasado, este año lo entregaba.

—¿Sí, y qué premio?

—Pues el único que no se sabía de antemano. —Paola, recordó que se lo había contado la organización, aparte de darles un premio a cada uno en su especialidad habría un premio mayor, como el mejor de los mejores. En ningún momento pensó que era candidata así que lo borró de su mente.

—Y no me va a decir a quién se lo iban a dar.

—No, primero porque confío en que mañana podamos concluir lo que hoy empezamos y segundo porque si no, vaya puta mierda de sorpresa. —Le guiñó un ojo. Rieron. Se sentía cómoda a su lado. Pensó que eso ya era algo imposible. Con el corazón roto, recordó que la última vez que había estado así de cómoda con alguien había sido con Modesto en Sanabria, pero también con Ana en Rianxo. El corazón se le encogió por momentos. Él lo notó. —Pero si se me va a poner a llorar por eso confieso, lo juro.

—¡No! —Rio e instintivamente le puso la mano en el hombro. —Espero estar aquí para verlo.

—Sólo se lo perdonaría si sé que está usted en O Pé do Home.

—¿Y eso qué es?

—Eso también se lo enseñaré si me deja. No está lejos de aquí. —Ella lo miró. Iban demasiado rápido pero aquel tren era imparable. Recordó aquel fatídico de Angrois y un oscuro retortijón le recorrió el estómago.

—Le tomo la palabra, ahora ya me dirá cómo hacemos para dejar a Costoya entretenido, porque rutas de montaña le aseguro yo, que ni arrolando. —El teléfono de Paola empezó a sonar, era Alba. Gonzalo Lantes se despidió indicándole que estaría en la cafetería. Paola no era capaz de quitarse aquella sonrisa boba de la boca, pero en el fondo desconfiaba de él, desconfiaba de todos.

IX. EL SECRETO

—¿Qué quieres decir con que estaba a la venta? —Paola lo entendía, pero no sabía si quería entenderlo.

—Lo que oyes Paola, tengo un amigo que estudia todo este rollo de las reliquias y está metido en foros y blogs de lo más extraño, y me acaba de confirmar que en varios de ellos existió una oferta de venta de nuestro cofre con los anillos de los nueve obispos.

—Pero vamos a ver, si aún no está muy claro que lo tengan, ¿cómo podían estar vendiéndolo?

—Digamos que en este mundo también se vende mucho a demanda. Es decir, alguien lo encarga, otro lo roba y se lo vende, pero en este caso se trata de ofertas directas.

—Y me vas a decir que tuvo postores...

—Eso se hace todo por mensaje directo, aquí como mucho se venden bolígrafos, comisaria. No va a ser fácil dar con los vendedores, pero tengo a tres personas trabajando en ello.

—Se me ocurre una cosa. ¿Por qué no intentamos pujar por el cofre? —El silencio se hizo al otro lado de la línea durante unos segundos.

—Se puede, pero es peligroso, esta gente no se anda con bromas. Dame unas horas y hablo con ellos que se saben mover y veo cómo podemos hacerlo con seguridad. —Se escuchó por detrás a Rafa ofrecerse voluntario para hacer la transacción.

—Vale, hazlo y mándame de todas maneras esos foros, quiero echarles un vistazo.

—Te paso a Ana, comisaria.

—Ponlo en manos libres, así os oigo a todos. A ver Anita, ¿qué tienes de estos dos personajes?

—En cuanto a Afonso, el párroco, lleva aquí un mundo de tiempo, desde la reforma. Era toda una institución. Respecto a su vida privada prácticamente nada extraño, y su cuenta bancaria está limpia.

—Hay algo que me contó Casiano hace un rato, parece ser que Afonso y Edelmiro, el guarda, sabían de la existencia del cofre con los nueve anillos porque unos trabajadores lo encontraron durante las obras. En lugar de informar o lucrarse con el hallazgo lo guardaron durante años, mientras todo iba bien no hubo problema, pero Edelmiro acabó divorciándose y empezó a presionar a Afonso para sacarlo a la luz y venderlo. Afonso no lo hizo y cambió el cofre de sitio, a un lugar donde sólo él y Casiano, al que confesó el secreto, sabían. Tras la muerte del párroco, Casiano ha ido a buscar la reliquia, pero ya no estaba. —Modesto habló por primera vez.

—Una buena historia, ¿pero estamos seguros de que nadie nos miente? ¿O realmente no creéis que parece que todo el mundo lo hace? —Paola pensó que su querido amigo tenía razón.

—Es una posibilidad, todos tienen algo que perder. Si la historia es cierta, todo apunta a Edelmiro, así que lo interrogaremos en cuanto vuelva Costoya. Seguro que él nos dará otros datos

interesantes para la investigación. ¿De Casiano hay algo reseñable, querida? —Ana le contestó.

—Una persona plana, comisaria. Todo lo que le rodea es de un hombre de clase media. Tiene mujer y dos hijos, viven en Ourense a media hora del Parador. Los niños van a un colegio público, su mujer trabaja como administrativa, no tienen problemas de dinero, pero tampoco nadan en él, cuentan con una hipoteca moderada. Es socio del Ourense C.F. y tiene *Amazon Prime*, *Netflix* y una suscripción a la revista *muy interesante*. Nada más. A simple vista diría que no esconde nada, pero vete tú a saber. —La comisaria se quedó pensativa, intentado hacer una radiografía mental de todas aquellas personas que acababa de conocer y no era fácil: Casiano, Edelmiro, Afonso, Emilio, Gonzalo Lantes, Fátima Andrade, Demetrio Luna, Guadalupe Antón...e intuía que no serían los últimos. Prefirió pasar página, se le estaba embotando el cerebro.

—Vale, chicos, seguid trabajando, cualquier dato de los huéspedes del hotel será bienvenido, sobre todo de los que ya os hablé y de otro nuevo, se llama Gonzalo Lantes. En cuanto hayamos hablado con Edelmiro os llamo. —Colgó y vio que no tenía nada que llevarse a la boca. El camarero estaba medio dormido en la barra, se levantó y le pidió otro café. Él se desperezó y le contestó.

—Haré otro para mí que así no llego a la mañana. —Paola, se acercó a la barra. El camarero le sirvió el café y empezó a preparar el suyo. La miró. No venía mal algo de conversación a aquellas horas de la noche. Terminó de echar la espumita de la leche en el café y se situó frente a ella.

—¿Sabe? Era un secreto a voces. —Paola lo miró seria y a la vez curiosa. —Lo de las reliquias. Todos los que trabajamos aquí sabíamos que estaban en el monasterio.

—¿Quiere decir qué sabían que las guardaba Afonso? —El camarero puso cara de obviedad.

—Nadie lo decía, pero todos los sabíamos. ¿Quién ocultaría algo así? ¿Algo que le podría dar muchísimo dinero?

—También podría haberlo entregado a patrimonio.

—¿Para qué, para que se lo lleven al Prado, al Thyssen? No, señorita, eso es nuestro, de todos los gallegos, de los orensanos y sobre todo de los de Santo Estevo. Nadie se tiene que llevar lo que nos pertenece.

—Entonces estabas de acuerdo con lo que hacía Afonso.

—Sí, claro, pero como le decía lo ideal hubiera sido poder traer a mis hijos un día y enseñárselo y contarles esa historia, la de sus milagros, y no tener que verlo en los libros de texto. Eso es algo que no entienden las instituciones ni los políticos, ellos no entienden de sentimientos. Y todos sabemos que en el momento que saliera por esa puerta no lo volveríamos a ver. —Paola se sorprendió con un razonamiento que no había tenido en cuenta en ningún momento.

—Discúlpeme, ¿y usted es?

—Carlos, Carlos Turnes para servirla. —Se rio señalando el café.

—Encantado Carlos, el café buenísimo.

—Gracias, se hace lo que se puede, son muchos años ya tras esta barra.

—Dígame una cosa Carlos, ¿esto se veía venir?

—¿La muerte de Afonso? —Se encogió de hombros. —Nunca piensas que llegaría a tanto, pero la codicia del hombre es infinita así que sí, claro. Imagínese usted, Dios no lo quiera, que mi hija enferma, y que para eso tengo que conseguir una cantidad ingente de dinero porque la operación tiene que hacerse en Pernambuco. Bien, ¿usted qué haría?

—Intentar conseguir el dinero.

—Usted no me vale, es policía, así que me dirá que lo intentaría conseguir de forma lícita. Yo no lo soy, así que le diré que cuando las vías lícitas se acaban te buscas lo que sea, todo con tal de

conseguir salvar a tu hija. Y esto es un ejemplo, lo que quiero hacerle entender es que los motivos para que una persona haga según qué cosas sólo están en su interior, sin conocerlo no deberíamos juzgarlo y todos en un determinado momento podríamos cometer locuras. La sociedad está hecha así.

Carlos Turnes, no miraba directamente a los ojos, lo hacía siempre hacia un lateral, eso la ponía muy nerviosa, no le daba confianza. Sin embargo, aquel camarero podía haberle dado una de las claves del misterio. El sentimiento de pertenencia, de ser de algo y que algo sea tuyo, esos poderes ocultos que son, a veces, más potentes que el dinero, aunque parezca increíble. Vio venir a Milo directo hacia ella y cogió lo que quedaba de su café.

—Uno muy cargado para mí, por favor. ¿Nos sentamos? —Paola afirmó con la cabeza y volvieron a su mesa de operaciones.

—¿Qué tenemos, Milo? Dime que algo sí. —Puso cara de misterio y empezó a hablar sólo parando ante la presencia de Turnes y su café negro.

—Nuestro Afonso era una caja de sorpresas por dentro, comisaria. Se estaba muriendo y por lo que yo entiendo en fase terminal. Tenía cáncer de pulmón. Y estando como estaba por dentro, era un auténtico milagro que siguiera por ahí como si tal cosa. A veces el ser humano tiene una capacidad de superación fuera de lugar. Su muerte, a pesar de esto, no se debió a causas naturales. Entiendo que primero lo acuchillaron bajo el corazón, eso lo fue desangrando, pero no lo mató, el cura debió rebelarse por el derramamiento de sangre que había en el claustro y el animal ese le partió el cuello. Ahí terminó la vida del bueno de Afonso.

—Dos cosas, la primera, ¿podemos entender que el cuerpo está en posición antinatural?

—Desde luego, sería imposible que estuviese así por él mismo. El brazo derecho está, en la foto puede verlo mejor, aquí, levantado en exceso como pidiendo un taxi. El izquierdo, sin embargo, está rígido pegado al cuerpo. Imposible, oponiendo resistencia. Súmele usted que eran las nueve en punto y esos son todos los datos que nos deja el cadáver. No presenta ningún otro tipo de marcas ni de muestras.

—Bien, y lo segundo y sé que le sonará a locura, pero ¿es posible que ese cofre tenga algún tipo de efecto curativo o milagroso? —Milo abrió mucho los ojos.

—Es mucho decir, comisaria, ese hombre estaba muy enfermo, de ahí a decir que sus síntomas no le afectaban por esa cajita me parece desproporcionado, de todas maneras, sería buena idea enterarse de que es lo que sabían las personas cercanas a él sobre la enfermedad, si es que lo sabían.

—Me lo apunto, Milo. Tema huellas, entiendo que nada.

—En absoluto. Sólo encontramos pelos. Y curiosamente son largos, pero sin raíz desgraciadamente.

—Podemos pensar en una mujer.

—O en un heavy melenudo. Vaya usted a saber. Hoy en día no podemos fiarnos de nada. —Paola se quedó pensativa. Si era una mujer acababa de demostrar su fuerza, aunque Afonso no era precisamente un rival duro en el cuerpo a cuerpo. El modus operandi no era muy femenino pero todo eso estaba cambiando, cada día las cosas estaban más igualadas también a la hora de matar.

—Muy interesante, mi querido Milo, igual era buena idea que echaran una cabezadita aprovechando la calma de estas horas.

—Pues no le diría que no, eso sí, a la mínima me llamas. Y deja de tratarme de usted que parece que no me quieres ya. —Paola lo abrazó.

—Es por respeto, Milo, lo sabes. Te eché muchísimo de menos.

—Y yo a ti, Paola, eres una persona que deja huella. —Le sonrió. —Y ahora me voy antes de ponerme tierno y me utilices de osito. —Se tocó las lorzás.

—Nos vemos en un rato, Milo. Y gracias.

Volvió la vista a la barra, donde Carlos Turnes seguía dándole vueltas al café mirando hacia un lado. La torció hacia la ventana y pudo ver el Claustro dos Cabaleiros y su iluminación ya a pleno gas de funcionamiento y el cielo encapotado que no daba un respiro. ¿Qué más le esperaba aquella noche?

X. EDELMIRO GALLEGO

En cuanto Costoya bajó tras un sueño reparador, aunque inútil viendo su cara de cansancio, se dirigieron en busca de Edelmiro Gallego, que seguía de guarda en la puerta de la iglesia. Supuso que se lo encontraría durmiendo en cualquier esquina, pero no, él estaba allí, al pie del cañón, rígido y esperando cualquier señal para actuar. Eso hizo al escucharlos entrar, pero se relajó en cuanto comprobó que eran ellos. Paola prefirió la tranquilidad de la iglesia para aquel interrogatorio informal, creía que dándole ese toque místico podía sacar algo más de Edelmiro.

—Señor Gallego, disculpe que lo abordemos así, pero nos gustaría hablar un rato con usted. — Paola le señaló el último banco del flanco derecho de la nave central. Allí se sentaron juntos, mientras Costoya daba vueltas alrededor del templo, como buen investigador. Apenas lo notó tranquilo, Paola empezó a hablar. —Casiano nos ha contado la historia. —Lo miró a los ojos. Vio la tristeza anidar en ellos. —Sabemos lo que encontraron hace unos años en las obras de remodelación del monasterio. —Edelmiro apretó los labios y afirmó.

—Sí, señora Gómez, está en lo cierto. Yo le fallé a Afonso. Y ahora está muerto.

—Me gustaría escuchar la historia con sus propias palabras. —Hizo una pausa, miró a la alta cúpula y empezó.

—Fue de rebote. Eran finales de los noventa, trabajaban a destajo para llegar a tiempo a la inauguración. Aquellos obreros estaban más preocupados en no perderse el partido del sábado por la tarde que de ninguna reliquia. El caso es que ya en esas obras hubo multitud de milagros. No se lo imagina. Trabajaban tantas horas que las medidas de seguridad eran mínimas, y a veces las prisas provocaban que fueran inexistentes. Varios obreros cayeron al vacío desde alturas que ni usted ni yo sobreviviríamos y sin embargo acababan con unas costillas rotas, unos moratones y para casa. Yo siempre fui muy creyente y más, al ser de aquí, de la leyenda de la arqueta de los nueve obispos. Así que cuando finalmente los obreros encontraron la cajita, fui el primero que la tuve en las manos, les dije que siguieran trabajando y que aquello era propiedad de la iglesia. Era sábado por la mañana, había prisa, y más de uno debió pensar que aquello sólo podía traerle problemas. Así que me vine a la iglesia junto a mi tesoro. Y busqué a Afonso. Nos llevábamos muy bien, en realidad nos conocíamos desde niños, del colegio. Tenía que verle la cara cuando le entregué la arqueta, y la de los dos cuando consiguió abrirla. Aquellos anillos brillaban como por arte de magia. —La cara de Edelmiro era como la de un niño que acaba de ver a Papá Noel. —Y decidimos ocultarla. Si la entregábamos sabíamos que se la llevarían de aquí. Y ni por un momento nos planteamos venderla.

—Y así estuvieron casi veinte años. —El guarda sonrió recordándolo.

—Y ocurrieron tantas cosas buenas que pensábamos que aquella arqueta estaba detrás de todo. El parador fue un éxito, a mí me hicieron contrato fijo, nacieron mis hijos. Nos tocó la lotería de Navidad después de haber acariciado con aquellos décimos con la arqueta. Todo eran buenas noticias. Hasta que un día no muy lejano dejaron de serlo. Al menos para mí.

—Su mujer. —Asintió, pensando en cómo hacía aquella mujer para enterarse de todo.

—Sí, comisaria, ella me dejó. Dejé de creer en la suerte y me tiré a la bebida. No tenía a nadie más que a Afonso y él siempre me decía palabras bonitas, pero yo no era capaz de verlo. Y un día me fui de la lengua. Seguramente en el lugar y momento equivocado. Mientras seguía despotricando en la barra, una mujer se acercó a mí y me pidió el teléfono. Me dijo que estaba dispuesta a pagarme mucho dinero por el cofre. Y que nadie tenía por qué enterarse. Pero yo no era capaz de traicionar a Afonso, así que intenté hacerlo partícipe de mi nueva fortuna. Él se negó en redondo a venderlo, me llamó loco, me dijo que estaba trastornado y lo peor de todo es que tenía razón. Me fui enfadado y cuando les llamé, les contesté que no había trato, que no quería hacerlo, pero insistieron. Doblaron su puja. Empezaron a decirme cosas sobre mis hijos y entonces me asusté.

—Y decidió usted robar la arqueta. —Edelmiro la miró a los ojos, casi llorando.

—Cuando llegué al lugar donde la habíamos ocultado me di cuenta de que ya no estaba allí. Esto fue el miércoles. Les convencí de que no les mentía, pero eso no les iba a parar. Así que me obligaron a hacer la vista gorda esta noche cuando entró el monje. Tenían a un infiltrado en la fiesta, pero yo tenía que dejar pasar al chungo, al que haría el trabajo sucio. Y eso hice. Con eso me aseguraba que liberaban a mi hija.

—¿La tenían secuestrada? —El guarda empezó a llorar.

—Sí, comisaria, por eso no podía decirles nada hasta saber que ella estaba a salvo. —Paola se dio cuenta de la dimensión que estaba tomando aquello. No era uno, sino dos los asesinos, y uno de ellos pasaría totalmente desapercibido al estar integrado en la fiesta. Eran un grupo organizado porque habían tenido secuestrada a la hija de Edelmiro, mientras no habían tenido la seguridad de entrar en el monasterio.

—Necesito saber más datos, de ellos, quiénes son, cuántos, a quién conoce...

—Es que en persona sólo hablé con esa chica, y estaba tan borracho que casi ni la recuerdo, era una chica normal, morena, mediana edad, no sé qué más decirle. A partir de aquí nuestro contacto fue telefónico y por mail, nunca en persona.

—¿Y su hija? Algo habrá visto.

—Tiene siete años, comisaria. Lo único que le ha dicho a su madre es que alguien la llevó a tomar un colacao a su casa y después la trajo de vuelta. Pueden preguntarle, pero dudo que consigan nada.

—Lo que haremos será, primero darles protección y mandar a un psicólogo que intente hablar con ella. Deme la dirección y avise a su ex, es urgente. —Edelmiro marcó el número y tras un par de minutos de discusiones colgó y le escribió la dirección en la libreta. Paola, llamó a Alba para que iniciara el proceso. Pero aún no había acabado con él. —¿Sabía que Afonso estaba muy enfermo? —La cara de asombro de Edelmiro era indisimulable.

—¿Cómo? ¿Afonso enfermo? Está usted de broma, comisaria. —Ella negó con la cabeza.

—No, en la autopsia es lo que acaba de confirmar nuestro forense, sostiene que tenía un cáncer que estaba totalmente extendido.

—Señora, Afonso era un tío atlético, participaba todos los años en el Trail Ribeira Sacra, se hacía caminatas de más de veinte kilómetros todas las semanas por el monte. Estaba sanísimo, más

que usted, más que yo, y tenía una vitalidad infinita. Se han equivocado de cadáver, ese no puede ser Afonso. —Paola pensó que aquello era médicamente imposible.

—Pues esa es la realidad, sufriría en silencio. No se me ocurre otra cosa.

—¿Y no notar nada? Es imposible, es cosa del milagro, de la arqueta, seguro que pidió curarse y eso ocurrió.

—Curado no estaba, se lo aseguro.

—Pues milagrosamente seguía viviendo así que ya me contará.

—¿Sabe si iba al médico o a revisión? —El guarda se quedó pensando por un momento.

—Es cierto que hace un par de semanas fue a Ourense a una revisión, dijo que era algo rutinario. Y puede ser que hace un par de meses me contara algo parecido.

—Bien, tendremos que investigar a que médico iba a ver. ¿Sabe quiénes eran las personas de confianza de Afonso?

—Aparte de mí y Casiano, sólo Emilio, que yo sepa. Él vivía en una casa, no lejos de aquí, y la limpieza se la hacía la madre de Casiano, creo. Sus padres murieron hace años, ya de mayores y nunca le conocí amigos aparte de nosotros.

—Bien, intentaremos tirar por ahí. No es un delito ser un bocazas, pero sí lo es querer vender algo de patrimonio. Por esta vez intentaremos pasarlo por alto, siempre y cuando colabore con nosotros. Si se ponen en contacto con usted háganoslo saber de inmediato. ¿Y dice que el que entró era un monje?

—Sí, no le vi la cara, mediría metro ochenta más o menos, complexión atlética. Vestía el clásico atuendo de monje con la cuerda a la cintura y botas. —Exactamente el hombre al que había perseguido Paola por los pasillos del primer piso. Miró a Costoya y este le hizo un gesto de «estamos jodidos». Y vaya si lo estaban. Con el enemigo viviendo dentro de casa.

XI. APARICIONES

Paola subió a la habitación a descansar. Necesitaba darse una ducha, meterse un rato en la cama y ordenar sus ideas, aunque si hacía eso sabía que le costaría dormir. No quería tardar mucho, no más allá de la medianoche. Miró el reloj, eran casi las once. Abrió el agua y la reguló hasta alcanzar el punto justo de temperatura. Como en cada investigación, era una de las pocas cosas que se podía permitir y que le daban algo de placer. Era de las que se ponían a pensar en la ducha, así que empezó a darle vueltas al galimatías y partió de lo que aún tenía pendiente.

Tenía los datos sobre la revisión de todos y cada uno de los expedientes, aunque Alba estaba en ello, debería echarles un ojo y utilizar su intuición. La familia de Edelmiro ya estaba a salvo, pero la psicóloga no hablaría con la niña hasta mañana, así que por ahí no conseguirían nada. Lo importante era sacar algo de la puja que se estaba haciendo sobre el cofre, presentar una oferta y cogerlos, sólo así podrían llegar al culpable. Era eso o averiguar entre casi cien personas quién era el infiltrado, o dar con el monje. Supuso que éste se escondería en la habitación del topo, tenía toda la lógica.

Tuvo una idea. Podía ser buena. Después de enjabonarse y aclararse a fondo, salió, se secó y llamó a Costoya. Le explicó lo que se le acababa de ocurrir, al inspector le pareció que podía funcionar, necesitaría la ayuda de Edelmiro y de Casiano, estaba segura de que no habría problema. También necesitarían de ayuda exterior, pero para eso tenía a Alba.

Se tiró en la cama y cerró los ojos. Pensó que su plan se iría al garete si había alguna muerte en el transcurso de esos minutos, pero era jugar con la suerte, así que intentó relajarse y descansar. Teniendo un plan no necesitaba darle vueltas a nada más. Ya habría tiempo.

Costoya fue a buscar a Casiano a la recepción, pero no lo encontró. «Está dando vueltas por el monasterio, meditando», le dijeron. Así que empezó dando una vuelta completa por el piso inferior, pasó por la cafetería, donde sólo había dos personas desconocidas y el bueno de Carlos Turnes, que no paraba de bostezar. Siguió girando alrededor del Claustro hasta llegar a la puerta de entrada, que estaba cerrada a cal y canto, era imposible de abrir. De allí al Claustro dos Bispos y a la Iglesia. Escuchó voces y allí los encontró, sentados en el mismo banco en el que Paola había interrogado a Edelmiro. Como dos buenos amigos, charlando de la vida, del tiempo, de fútbol, de política, aunque ellos charlaban de muerte y arquetas milagrosas.

—Señores, los estaba buscando. Los necesito a los dos. —Lo miraron curiosos y asintieron. Costoya les explicó el plan hasta el último detalle. La hora sería a las doce en punto, cuando la campana diese los doce tañidos. La suerte estaba echada.

Volvió a la cafetería, estaba tan acostumbrado a Paola que se le hacía rara la soledad. Carlos Turnes seguía bostezando mientras aquellas dos personas seguían allí. Miró el reloj, aún no eran

ni las once y media. Pidió otro café.

—¿Tenéis algo para comer? —Turnes miró a un lado y al otro y le indicó una tortilla bastante hecha.

—Y si quiere algún bocata de fiambre aún tengo pan de esta mañana.

—Métame esa tortilla en el pan, ¿No tiene cebolla verdad?

—No, inspector, chorizo y bien rico.

—Perfecto, pues toda para mí, que estoy famélico. —Llamó a Alba para comentar los puntos de la operación, aunque estaba seguro de que ya lo había hablado con Paola. Ella, había encontrado algunos hilos por los que podían tirar.

—Una cosa, inspector, algo que sí es muy curioso es que entre los asistentes a la gala hay una Isaura, un Pedro, un Gonzalo al que ya conocíamos, y un Pelayo.

—¿Crees qué tiene alguna relación?

—Podría ser, pero mi instinto me dice que sí. Y yo no soy investigadora como vosotros. —Costoya pensó que Alba podía estar en lo cierto y pensó también que podían ser varios, y no uno, los que estuviesen buscando aquella reliquia. Si era así estaban en franca desventaja, al menos hasta que María y Portela consiguieran sortear las dificultades y llegar allí.

—Me lo apunto, Albiña, estáis en todo. Seguid trabajando, y sobre todo a estas personas a las que consideramos sospechosas, estudiad hasta la letra del DNI, todo lo que os llame la atención puede ser importante.

Entonces se percató de que en la barra había una mujer de mediana edad, morena, que estaba hablando con el camarero y señalaba su bocata de tortilla. Se levantó a recogerlo junto al café y no pudo evitar observarla. Ella lo miró y sonrió.

—Vaya, parece que ha tenido usted suerte. —Dijo, señalando al bocata.

—No me diga que... —Costoya hizo un gesto de compartir.

—...No, por favor, me va a preparar uno de chorizo y queso este chico tan amable. —Le guiñó un ojo a Carlos Turnes.

—Me sabe mal. Soy el inspector Costoya. Puede acompañarme si lo desea. —Dudó, pero acabó aceptando.

—Isaura Dumiense, encantada. —Por un momento aquella conjugación de sujeto y predicado le sonaba de algo, pero el aroma que destilaba lo embriagó de tal forma que abandonó la idea.

—Y bien, Isaura, ¿qué hacía usted por aquí esta noche? —Ella lo miró, asustada.

—No me diga que me va a interrogar. —Costoya rio.

—Lo llevo en la sangre, tendrá que perdonarme.

—Le disculpo y lo entiendo. Pues venía a recoger un premio, el de arte. Soy arqueóloga.

—Venga, ¿En serio? Es algo que me apasiona.

—Pues sí, mi madre también lo era, y antes mi abuelo y así llegaríamos a la prehistoria. Me viene de familia.

—Así que le han dado el título de gallega del año.

—Sí, la verdad que me hacía mucha ilusión, pena que se haya estropeado.

—¿Y está trabajando en algo en concreto?

—Estuvimos hace poco en el dolmen de Dombate, y ahora estamos regenerando una serie de Castros en Iria Flavia, creo que los conoce.

—No me fastidie. Así que se han decidido a restaurarlos.

—Bueno, no se le debe llamar así. Digamos que han puesto fondos para su conservación y el estudio de estos. Mi empresa se encarga de todo lo que tenga que ver con la arqueología, la

restauración, el estudio.

—Suenan fascinante.

—Lo es, aunque económicamente es estresante, porque o vas cogiendo alguna subvención, o te las ves para sobrevivir. —Costoya asintió.

—Entiendo, no deber ser fácil.

—Pero una debe intentar trabajar en lo que le gusta, ¿no es así?

—Así debería ser, pero creo que se cumple en un tanto por ciento mínimo en nuestra sociedad, a lo mejor por eso hay tanto infeliz. Pero contentarlos a todos, sería casi imposible.

—Usted es feliz con lo que hace. —Costoya torció la cabeza.

—Yo soy feliz con los que me rodean. Soy feliz con mi gente. A estas edades uno ya está más en la jubilación que en otra cosa.

—Pero aún le queda para eso.

—Eso es un halago viniendo de usted, y en realidad para la prejubilación sólo tres o cuatro años y teniendo mi pierna muerta, ya sabe usted, todas las recomendaciones son que me la coja. Nunca mejor dicho. —Isaura rio, tenía una sonrisa preciosa.

—Tiene planes para ese momento. —La miró con aire melancólico.

—Tengo una hija a la que conozco poco. Pero seguramente será tarde. Poco más. Mis amigos están aquí, en el cuerpo. Mis hobbies también, sé que será difícil, pero habrá que adaptarse.

—Bueno, siempre puede apurarla un poco más y teniendo en cuenta la fama de su grupo de investigación...

—Gracias por el cumplido, pero verá, esto no es como la arqueología, aquí hay muchos malos y el día menos pensado, fallamos y nos cierran el garito, nos mandan a freír puñetas a todos y se acabaron los amigos. No debería encariñarme tanto con la gente sabiendo todo esto, pero soy así. Y luego me llevo unos palos tremendos.

—No se crea, hay malos en todos lados. Donde hay dinero, donde hay algo que se pueda vender, revender, robar, ahí están los malos. —Aquella afirmación no le pasó de largo a Costoya, que la apuntó en su pequeña tarjeta de memoria mental.

—Quiere decir que también hay corrupción en su mundo. —Isaura asintió dolida.

—Y tanto, desde las instituciones a la hora de otorgar un concurso, hasta que te saboteen tu trabajo en busca de algo de valor, pasando por amenazas varias. A veces te dan ganas de mandar todo a la mierda.

—Pero no lo hace. —Lo miró a los ojos.

—No podría, esto es lo que sé hacer. ¿Qué me quedaría en la vida? ¿Qué sería de mí? Esto es lo que se espera de una Dumiense y tengo que estar a la altura.

—Creo entrever algo de queja en el trasfondo de esas palabras.

—La hay, inspector, pero es lo que me ha tocado vivir, como a usted ser policía y toca sobrevivir con ello. Y hacerlo lo mejor que sabes. —Costoya le dio el último mordisco a aquel bocata de tortilla y pensó en lo bonito que es a veces compartir momentos con personas desconocidas, cuánto se aprendía escuchando, dejando que otros iguales, expresaran sus sentimientos.

—Mi historia es parecida a la suya. Mi padre y mi abuelo también fueron inspectores y en una época bastante peor que la mía, así que no me quejo, aunque estos cabrones se dediquen a darme donde más duele. —Señaló su maltrecha pierna.

—Es usted muy característico, inspector, con esa voz, la cojera, su gabardina. —Miró a su nueva compañera negra y sonrió.

—Tenía que ver la antigua, me duró casi diez años.

¡Tenía una de pelotillas!, menos mal que mi hija siempre se acuerda de mis cumpleaños. Al menos, últimamente. —Isaura miró el reloj y rebuscó en su cartera. Costoya le hizo un gesto negativo.

—No, por favor, aún por encima que me ha alegrado esta hora de soledad. Permítame que la invite.

—Se lo agradezco, inspector. Voy a subir, a ver si puedo descansar un rato. Encantada de conocerlo.

—Igualmente. —Se fue, dejando atrás un aroma que al inspector le parecía gloria bendita. Ojalá no estuviera tan viejo, ni tan acabado, ni tan gastado. Sus dotes para el amor las tenía guardadas en un armario y había perdido la llave. Isaura era una aparición. Saboreó las últimas gotas del café en su paladar y cerró los ojos. No todo tenía por qué ser mala aquella noche en Santo Estevo de Ribas do Sil.

XII. LA TRAMPA

La idea era hacer creer a todo el mundo que se había perpetrado otra muerte. Para ello, y tras los doce tañidos que marcaban el cambio de día, Casiano, Paola y Costoya se dirigirían nuevamente a la iglesia donde, supuestamente, encontrarían muerto a Edelmiro. Propagarían la noticia con el boca a boca entre empleados y clientes, de eso se encargaría Casiano. En el exterior se emitiría un comunicado de la situación de excepción del monasterio y las dos muertes ya confirmadas. Si conseguían que aquella información llegara a los asesinos, sabían que provocarían algún tipo de reacción en ellos. La experiencia, le decía a Paola, que no se resistirían a dejarse ver y confirmar que realmente habían matado a Edelmiro. La confusión se apoderaría de ellos, y también la desconfianza. Eso era lo que necesitaba, que dieran un paso en falso o uno adelante para desenmascararlos. A Edelmiro lo encerraron a dormir la mona donde nadie podría encontrarlo. Él, una vez confirmado que su familia estaba bien, colaboró en todo, aun así, lo dejaron incomunicado, toda precaución era poca.

—¿Crees que funcionará? —Paola miró el reloj, contando los minutos que tardarían en dejarse ver. En ese mismo momento llegaban Milo y Matilde. Si alguien observaba sus movimientos desde las habitaciones o el pasillo, no podía haber nada que les hiciera pensar que aquello era una farsa.

—Creo que sí. Me costaría entender que se quedasen en las habitaciones como si tal cosa. Me encantaría estar en sus cabezas y saber qué está pasando en este momento por ellas.

—¿Y si no se enteran?

—Se enterarán, tú tranquilo, si no es por dentro, será por fuera y si no alguien del exterior se lo hará saber. ¿No creerás que esta gente trabaja para ellos mismos?

—Me ha dicho Alba que el anzuelo de la puja por los nueve anillos está lanzado. Ahora toca esperar a que se pongan en contacto. Será peligroso. —Paola lo miró.

—Lo sé, y con Portela aquí y Modesto a medio gas tendrán que ir Ana o Rafa. Espero que salga bien. —Se pasó una mano por la cara. Miró a Milo. —Chicos, os pasamos el testigo del paripé. Calcular el tiempo necesario. Casiano os ha preparado eso. —Señalaba algo parecido a un cadáver que en la camilla móvil disimularía magníficamente. —En cuánto salgáis, os encerráis en la sala y esperamos. Por cierto, ¿con las huellas de las habitaciones tenemos algo?

—No, comisaria, nada en la base de datos. Son profesionales.

—De eso ya me había dado cuenta. Estaremos en la cafetería. Casiano y los suyos se encargarán de hacernos saber si alguien pulula por los pasillos, pero la lógica es que bajen al bar, al menos en mi país. —Sonrió.

—Os veo ahora. Que haya suerte.

Paola y Costoya entraron en la cafetería, y aparte de Carlos Turnes se encontraron un par de sorpresas. Allí estaban Gonzalo Lantes, Demetrio Luna y Fátima Andrade, junto a otras dos chicas que no tardó en identificar. Eran gemelas. Aroa y Esther Yáñez. Saludaron a todos y se sentaron en su mesa, la última del establecimiento, y desde la que podían controlar a todo el mundo. Costoya le habló, sin mirarla.

—¿Crees qué puede ser alguno de estos? ¿No se han dado demasiada prisa?

—Puede ser, inspector, pero por si acaso nos mantendremos atentos. Yo seguiré haciendo que trabajo y tú mantente en observación. Si alguno de ellos es el asesino, intentará confirmar la muerte de Edelmiro por todos los medios.

—¿Qué te parece si doy una vuelta, entro y salgo?

—Me parece perfecto, sabes hacer eso mucho mejor que nadie. —Lo miró y le sonrió mientras se levantaba. Sabía que, como buenos machitos, se acercarían a ella viéndola desvalida y sola. Nunca cambiarían. El primero en acercarse fue el que menos se esperaba: Carlos Turnes, y su cara era de estar muy jodido.

—Aquí tiene, comisaria. ¿Es verdad lo que dicen de Edelmiro? —Paola lo miró sin saber muy bien qué hacer. No lo consideraba sospechoso y también le parecía muy cruel mentirle así, si era su amigo. ¿Pero y si se equivocaba y aquel pobre desgraciado estaba también metido hasta las cejas? Prefirió no arriesgar. Asintió con la cabeza. Carlos se puso la bandeja en la cara y empezó a retroceder camino de la barra, estaba afectado y mucho. O disimulaba de maravilla o no era su hombre. En ese momento, Paola se sintió mal, muy mal. Odiaba mentir. Hacer daño. No era capaz de desearle el mal ni a aquellos que se lo merecían. Echó el azúcar en el café, y vio como Costoya estaba dando la vuelta por la parte lateral del claustro. El segundo en acercarse no fue otro que Gonzalo Lantes. Pensó que, si seguía creyendo que todos eran inocentes, jamás cogería el culpable. No podía dejarse llevar por la primera impresión, pero es que aquel hombre era un mago de las palabras.

—Señorita Gómez, veo que el señor inspector la ha dejado sola.

—Digamos que estamos en un momento difícil de la investigación.

—Ah, disculpe, no quería molestar. Mejor me vuelvo a...

—No, por favor, siéntese. Cinco minutos de calma no vienen mal.

—¿Pero ha pasado algo?

—No lo sabe. ¿Usted en qué mundo vive? —La miró asombrado.

—En el mío. Normalmente estoy en la inopia.

—Ha muerto otra persona. Hace tan solo unos minutos.

—¿En serio? —Paola asintió de nuevo. —¿Pero por qué matan a la gente? ¿Qué clase de locos hay aquí dentro? ¿Necesitan mi ayuda como médico?

—No, muchas gracias, pero no hay duda de que está fiambre, el forense ya está con él y sí, son unos locos muy peligrosos así que, ándese con cuidado. Cualquiera puede ser el próximo.

—Pero ¿qué es lo que buscan? Yo no llevo ni dinero encima así que...

—Ellos saben perfectamente lo que buscan y el que lo tiene sabe perfectamente que lo tiene. —Lo miró y vio una extraña luz en sus ojos. Le dio unas vueltas a su café y contestó.

—Sé que su trabajo es creer que todos somos culpables, pero yo que usted no les quitaría el ojo a aquellos dos de la mesa. —Se refería a Demetrio Luna y Fátima Andrade.

—Ya no lo hago, ni a ellos, ni a usted, ni al camarero, pero dígame, ¿ha visto algo extraño?

—Estaban cuchicheando y discutiendo, nerviosos. No me gustan.

—Yo creo que eso se debe a que tienen algún tipo de relación sentimental, que en estos

momentos no transcurre como a uno de ellos le gustaría. ¿No será la primera vez que ve una discusión de amantes en una cafetería? Son fáciles de identificar. Mírelos. Ella está a punto de llorar, y él mira para los lados intentando que nadie se dé cuenta. Cuando habla lo hace agachando la cabeza casi a la altura de la mesa y ella lo mira, ¿no ve usted cómo lo mira? Si es que somos infinitamente tontas.

—Perdone, señorita Gómez, pero yo me he visto en la situación contraria en varias ocasiones. Que lo dejen es una putada, y también he tenido varias agarradas en cafeterías y sí, tiene usted razón, podría ser sólo una riña de enamorados. —Se dio la vuelta y le sonrió. —No ve, si yo para policía no valdría, mi intuición es una mierda.

—Cada uno vale para lo que vale. Si a mí me ponen un cuerpo que tengo que abrir en canal y que dependa de mi psicomotricidad fina para su subsistencia, apaga y vámonos. Cada uno a lo suyo. —Costoya volvía de su paseo y Paola se lo presentó.

—Encantado, yo me iba ya, subo a seguir su sabio consejo. Intentaré no bajar más, pero no duermo muy bien, y aprovechando que hoy la cafetería no cierra, habrá que tirarse a ello. Nos vemos, señores. —En cuanto se fue, Costoya puso una mueca desagradable.

—¿De dónde sale este dandy?

—Del CHUAC creo, o al menos eso me ha contado, es médico especialista en el corazón.

—Ahora que lo mencionas me suena. —Paola se sorprendió.

—Pero Costoya, tío, te conoces a todo el mundo. Me dejas de piedra.

—Hombre, es que yo aparte de esto no tengo mucho más que hacer.

—Ni yo, pero no me llegan las horas.

—Usted duerme, jefa, y yo con esta edad y mi pierna no paso de cuatro horas diarias, aunque usted se empeñe en decir que ronco.

—Deja de tratarme de usted, me haces vieja y parece que estamos enfadados.

—Muy bien Paola, querida, eso haré. El caso es que no me gusta un pelo, parece de los que la matan callando. Seguro que quería saber algo del caso.

—No puso mucho interés, la verdad.

—Esos son los peores. Los mosquitos muertos.

—Cualquiera diría que estás celoso.

—¿Celoso, yo? Por Dios, que soy como tu padre, lo que pasa es que los veo venir zumbando como los mosquitos. —Miró a los dos de la mesa y le hizo un gesto con la cabeza a Paola. —¿Y a esos que les pasa?

—Parece una pelea de enamorados, pero fíate tú. Yo no sé qué pensar, también te digo una cosa, montar ese espectáculo a sabiendas de que estamos aquí, es absurdo si eres el asesino.

—Total que de cuatro cero sospechosos. ¿Y las gemelitas?

—Por ahora sin movimientos. Parecen de lo más normal.

—Joder con las gemelitas.

—¡Costoya!

—Uno tiene ojos, comisaria, que quieres que haga, ¿qué me los extirpe?

—No, simplemente no lo exteriorices, te lo guardas para ti. —Volvió a mirarlas. —Pues algo habrá que hacer para conocerlas mejor. —Se levantó y se dirigió a su mesa. Paola con la boca abierta, lo vio acercarse y sentarse con ellas. Desde allí le guiñó un ojo. Era incorregible.

XIII. VAYA PAR DE GEMELAS

Aroa y Esther, Esther y Aroa, si fueran vestidas iguales nadie sabría reconocerlas. Eran de ascendencia cubana y el color de piel inconfundible. Hablaban un castellano perfecto, pues se habían venido de muy pequeñas para Galicia. Si tenían algo que esconder sólo ellas lo sabían. Si en algo se diferenciaban, es que Aroa era charlatana y Esther calladita, y así se presentaron ante Costoya.

—Bueno, chicas, esto no es un interrogatorio formal ni mucho menos, pero como sabéis, están ocurriendo cosas en esta noche de tormenta que, mi compañera y yo, intentamos aclarar. —Costoya sacó su libreta, mientras las gemelas miraban a la vez a la comisaria Gómez, que estaba ya enfrascada en sus propios mundos y fantasmas. —Veamos, en el momento del apagón ustedes estaban en la gala, ¿me equivoco? —Aroa, contestó.

—Efectivamente, inspector, estábamos en la parte de atrás, en el gallinero, escuchamos el grito y vimos a su compañera correr hacia allí. Nos quedamos esperando, mientras no empezó a arreciar la lluvia. —Costoya se quedó mirándola y giró la vista hacia Esther.

—¿En qué momento subieron a sus habitaciones? —No sonó la flauta, Esther lo miraba, pero no hablaba, la que contestó fue Aroa.

—En cuanto la comisaria se puso a hablar y explicar la situación, empezó a llover a manos llenas y subimos.

—Entiendo que no observaron nada raro, ni fuera de lo común.

—Nada, inspector. Allí estuvimos hasta hace cinco minutos, que decidimos bajar a tomar un café. —Costoya miró el reloj, eran las doce y cuarto. —Aroa puso cara de conformidad e hizo un gesto hacia su hermana.

—Tarde, sí, pero es que Esther tiene insomnio, y no la podía dejar bajar sola.

—Ya, y la señorita no habla. —Esther lo miró fijamente, había algo oscuro tras aquellos ojos castaños, podía notarlo.

—Soy de pocas palabras, para dicharachera ya tengo a mi hermana.

—¿Por qué razón estaban invitadas?

—Directamente por el organizador, el Colebras.

—¿El Colebras? ¿Y ese quién coño es?

—Pues eso, el que organiza el evento. Se llama Pedro, no sé el apellido.

—Me lo apunto. Y decís que él fue el que montó todo el sarao. Bien. ¿Había mucha gente como vosotras, invitadas?

—No creo, la verdad, Pedro nos lo consiguió en plan sorpresa, sabía que mi hermana era súper fan del actor ese. —Señaló a la mesa donde estaba Demetrio Luna, y un brillo especial se reflejó

en los ojos de Esther.

—Hablares con él para contrastar todo esto. Muchas gracias por colaborar y cualquier cosa no dudéis en decírnoslo.

—Hay una cosa más, inspector. —Era Esther la que hablaba, Costoya volvió a sentarse y la miró. —Esa reliquia, la que buscan, tiene multitud de acreedores, téngalo en cuenta.

—¿Por qué lo dice?, ¿qué es lo que sabe de ella? —Esther se quedó muda nuevamente, y su hermana intentó salir al paso.

—Ella es de pocas palabras. Si nosotras sabíamos que esa reliquia estaría aquí, y que posiblemente habría una puja por ella, ¿qué no sabrían los que se mueven en esos círculos? Piénselo, inspector, no había mejor tapadera que la gala. Pero algo salió mal. O alguien se salió del guion.

—¿Y quiénes son esos otros?

—No somos policías, sólo unas simples gemelas con buen oído, eso ya lo tendréis que descubrir vosotros. —Costoya se dio por vencido, sabía que no sacaría nada más en claro, al menos por ahora. Les dio las gracias y volvió junto a Paola. Ella lo miró. Le interrogó abriendo mucho los ojos y subiendo la frente.

—Poca cosa creo, salvo este nombre, un tal Pedro, el organizador del sarao, alias, el Colebras, habrá que preguntarle a Casiano sobre él. Las gemelas saben más de lo que dicen. Pero no nos lo van a contar a no ser que sea estrictamente necesario para una de ellas.

—¿Qué te han dicho?

—Que mucha gente estaba detrás de esa reliquia y que había organizada una puja en el interior del monasterio, aprovechando la gala. —Paola se quedó pensando.

—A la gala asistía mucha gente de pasta, así que lo organizaron para hacer una especie de subasta...

—Pero algo salió mal, alguno quiso robarla en lugar de asistir a esa puja...

—Y ahora entiendo que están todos acojonados.

—El monje puede ser el que quiere robar las reliquias.

—O es una especie de vengador. —Costoya se echó las manos a la cabeza y la agarró por los hombros.

—A ver, Paola, reacciona, el mundo no se mueve sólo por venganza, la mayoría de las veces lo hace sólo por dinero. —Ella lo miró con cariño.

—Tenemos que barajar todas las hipótesis, inspector, y a mí no me parece del todo descabellada. —Se dio por vencido, sabía que era como pelear contra molinos de viento.

—Tú ganas, pero ya me darás la razón. No tiene sentido que un ángel vengador quiera recuperar a toda costa ese cofre.

—Tú lo has dicho, Costoya, recuperar, de eso se trata. No de robarla, sino de recuperarla.

—¿Recuperarla para qué?

—Para quién, más bien. Para sus legítimos dueños, por ejemplo. —Costoya se derrumbó en la silla. Le hizo un gesto a Turnes para que le trajera otro café. La cabeza estaba a punto de estallarle, entre tantas hipótesis, tantas conversaciones estériles, e interrogatorios de barra de bar, pero sabía que aquella era su forma de trabajar, la que los había llevado hasta allí.

XIV. EL COLEBRAS

Ante ellos, con un pijama de tela horrible, a rayas azules y blancas, tenían a un hombre de mediana estatura, sobre un metro setenta, más bien fuerte, y con los ojos muy azules, los más azules que Paola había visto en su vida. Se trataba del Colebras, bien llamado Pedro Vidal.

—Buenas noches, sentimos molestar, somos...—Los interrumpió.

—Sé quiénes son, yo organizaba la gala, sé el nombre de todos y cada uno de los que estaban allí. —La comisaria pensó que aquel hombre podría resultarles incluso útil.

—Estamos aquí porque necesitamos hablar con usted, no sé si... —Paola lo miró de arriba abajo, y él mismo se dio cuenta de lo que quería decirle.

—Esperen aquí un momento y enseguida salgo. —A Paola le dio tiempo a intuir una figura en la cama, pero era imposible saber de quién se trataba. A los dos minutos salió el Colebras, vestido con un vaquero azul marino y una americana negra. ¡Si era así de rápido para todo!... Fueron en silencio hasta llegar al bar y se sentaron. Pidieron tres cafés y Paola lo miró. No parecía nervioso. Pero visto así, nadie parecía sospechoso.

—Dígame, usted estaba a cargo de la organización del evento, ¿no es así?

—Sí, bueno, la empresa que yo dirijo, en casos como el de hoy me gusta venir en persona.

—Dígame una cosa, ¿tenían indicios de qué algo raro podía pasar? —Dudó y esa duda quedó flotando en el aire. Pero al menos miraba a los ojos.

—En cualquier evento que organizamos se realiza un estudio para parametrizar los riesgos a los que nos enfrentamos. Lógicamente, en Santo Estevo, había algunos especiales.

—Entre ellos, el tema de las reliquias.

—No le voy a engañar, comisaria. Sabíamos que esas reliquias existían, como lo sabía mucha gente, pero no donde estaban, ni mucho menos sabíamos que se preparaba ninguna subasta ilegal con ellos.

—¿Y cómo se enteraron? —El colebras se dio cuenta de que se acababa de meter, él solito, en un jardín. Se recostó en la silla y pensó que lo mejor era decir la verdad.

—Me ofrecieron entrar en la puja.

—¿Quién se lo ofreció, señor Vidal?

—Es que no debería decírselo. Tengo mujer e hijos... —Paola recordó lo visto en la habitación, y no creía que aquella fuera su mujer.

—Si le oculta pruebas a la policía, podemos acusarlo, es más fácil colaborar.

—El cura. Él fue el que me lo ofreció. Ayer, cuando llegamos para el montaje. Me dijo que seríamos al menos seis, siete conmigo. Sabía que yo era coleccionista de arte.

—Coleccionista de arte robado. —El Colebras se sorprendió.

—No, comisaria, no hay un tachón en mi expediente, puede comprobarlo. Siempre de manera legal.

—¿Me quiere hacer creer que Afonso, el cura, después de veinte años teniendo en su poder esa arqueta decide, de repente, ponerla en subasta?

—Así es, yo fui el último en enterarme, pero el resto eran personas de un mundo al que yo no pertenezco.

—Y por casualidad no sabrá sus nombres.

—No tengo ni idea, comisaria. Le juro que no me muevo en esos ambientes, pueden comprobarlo, yo sólo recibí esa oferta y la deseché. Le di las gracias a Afonso, me pareció un buen hombre, pero no me pareció ni correcto ni interesante, y tampoco me sobra el dinero.

—Pero no vino a contárnoslo. —Pedro Vidal puso la mano en la sien.

—Mire, comisaria, una cosa es que yo no transite por esos ámbitos, y otra muy distinta que no sepa qué clase de mafia son, así que cuanto menos se sepa de mí, mejor. Contándole esto, sólo estoy poniendo una diana en mi cabeza, ¿sabe? Y justo eso era lo último que quería. Sé que ustedes hacen su trabajo, pero no pida que nos juguemos la vida. —Paola le pasó el listado de invitados a la gala, su situación en las habitaciones. Colebras lo miró y Costoya aprovechó para entrar en la conversación.

—¿Por qué le llaman el Colebras? —Pedro Vidal miró al cielo, pensando: "¿qué he hecho yo para merecer esto!"

—Era un apodo de chaval, me gustaban las víboras, ya sabe, no les tenía miedo, así que me quedó el mote, en vez de culebras el colebras porque no sabía pronunciar bien la u y hasta hoy. Ahora me hace gracia, pero toda la vida con eso encima llega un momento en que cansa. Pedro Vidal, y el colebras para los capullos. —Rieron, al menos era el primer momento distendido de la conversación, eso lo hacía muy bien el inspector.

—¿Qué es lo que puede decirme?

—Tendría que estudiarlo bien, no sé, es complicado.

—Tenemos tiempo, Pedro. No se apure. Buscamos a posibles sospechosos de estar en esa timba. Uno de ellos tiene que ser el que mató a Afonso.

—O no, comisaria. Y si yo lo hubiera hecho, piénselo, me lo ofrece, le digo que me la enseñe para asegurarme, lo hace y lo mato allí mismo. Mi nombre no estaría en esa lista. Por lo tanto, es como buscar una aguja en un pajar, aquí hay hombres y mujeres de mucho dinero, con muchos intereses, con muchos motivos para robar esa reliquia.

Paola se levantó, Pedro Vidal tenía razón, el motivo, siempre era el dilema, sin saberlo, era difícil llegar al corazón del asunto, y mucho menos a quien lo estaba organizando todo. Salió al claustro. Necesitaba respirar otro rato, mientras Costoya se quedaba con el Colebras. Estaba lloviendo, pero no a cántaros. Aún no habían recogido todo aquel desastre. Quizá ni lo recogieran. Aquella investigación también tendía al desastre, estaba en ese momento en el que nada es lo que parece y todo el mundo miente. ¿O quizá no fuera así? Quizás su cabeza ya estaba adaptada a aquel ritmo frenético de comisaria, lo desplegabá en su vida, en su día a día. Miró al cielo y las gotas le cayeron directamente sobre la cara, provocando una frescura inesperada, varias lo hicieron en su boca y saboreó la lluvia en su interior. Se ató el pelo con una goma y suspiró. Se apoyó en aquel estrado otra vez. Miró a los lados, no tenía ganas de ver a nadie. Sabía que aquellos momentos de soledad eran inmensamente necesarios para ella. Vio como Costoya la miraba desde dentro, y le dedicaba media sonrisa. Él era el que mejor la comprendía, incluso en los malos momentos. Volvió a la parte interior del claustro, pero por el lado contrario a la

cafetería. Aquella puerta seguía cerrada a cal y canto, y entonces vio a Casiano salir disparado desde la recepción. Apretó el paso. Lo vio correr y corrió. Le gritó. Él la vio y le hizo un gesto enérgico para que la siguiera, estaba casi en las escaleras para subir a las habitaciones. En cuanto llegó arriba vio gente alrededor de una de las habitaciones. Les pidió, no muy amablemente, que cada uno volviera a las suyas. Entraron. Sobre la cama, atada por las manos, con la mirada llena de horror, les recibía el cuerpo de una mujer a la que no conocía. Costoya y el Colebras entraron justo detrás de ella.

—Es Maruxa Amil. —Casiano, asintió con la cabeza confirmando las palabras de Pedro Vidal. Paola miró a Costoya. En ese momento, y al menos como autores materiales tenían que descartar a Carlos Turnes, Fátima Andrade, Gonzalo Lantes, Demetrio Luna y a el Colebras. Podrían ser cómplices, pero nunca ejecutores. Cuando no podías sumar, era bueno poder restar. Entonces se dio cuenta de que esta vez sí había un mensaje sobre la mesilla. Miró su reloj, eran las doce y media de la noche del último día de aquel fatídico mes de febrero.

XV. MARUXA AMIL

Inició la llamada al cuartel general. Sabía que todos estarían despiertos, trabajando. Alba, como siempre, le contestó.

—Pon en modo video, necesito veros a todos. —En unos segundos pudo ver la cara de Ana, Rafa, Marina y Modesto. Todos los que quedaban. Los saludó. —Veamos, ahora sí tenemos la segunda muerte. Y era alguien que no conocíamos, su nombre es Maruxa Amil. Necesito que alguien se encargué de elaborar un perfil completo, incluidos los submundos. Mucho me temo que esta mujer era una de las pujadoras del cofre, y por eso está muerta. Es sólo una hipótesis, lo sé, pero necesito que me ayudéis a encontrar otras. —Ana tomó la palabra.

—A Maruxa ya la tenía entre mis sospechosas. No pintaba nada en la gala, a no ser que la invitaran exprofeso, quiero decir que ni estaba nominada, ni entregaba ningún premio. Tiene antecedentes en estafa documental y robos sin fuerza. No tenía acompañante, al menos no reconocido.

—Supongamos que Maruxa vino aquí atraída por la venta o robo de ese cofre, eso no explicaría su muerte. —Modesto rebatió a Paola.

—Puede ser que ella lo deseara como lo deseaban los demás, y por lo que sea llegó a sus oídos lo de la puja o incluso era ella la que lo tenía en su poder y otra persona se lo arrebató.

—Para eso no hacía falta que la matara, no lo hicieron con el sacristán. No me cuadra, Modesto. Nada. Esta gente se tenía que conocer de algo, eso, o se nos están escapando muchos datos. —Costoya, intervino.

—La muerte de Maruxa parece tener el sello del mismo que mató a Afonso, marcas en el cuello y un navajazo bajo el corazón. Y esta vez no tenían la mano derecha levantada, sino las dos atadas a la cama.

—Y tenemos el primer mensaje. —Paola hizo una pausa larga mientras sus interlocutores la miraban. Se puso el guante y volvió a leer en alto aquellos versos que ya tenía memorizados:

*«Nacido en Panonia, atravesando bastos mares
Impelido por sinais divinos para o seo de Galiza,
Sagrado bispo nesta túa igrexa, oh Martiño confesor,
Nela instituiu o culto e a celebración da misa.
Téndote seguido, oh patrono, eu, o teu siervo Martiño,
Iguar en nome que non en mérito, repouso agora aquí
Na paz de Cristo».*

Se hizo el silencio, roto de nuevo por Paola.

—Lo que no tengo muy claro es si con estos versos intenta identificar a su víctima o su propia identidad. —Alba pidió la vez.

—Entiendo que la de su próxima víctima, porque en realidad se trata de las últimas palabras antes de morir de un tal Martiño. —Ana completó la frase.

—Y no hay ningún Martiño en esa lista. —Paola afirmó.

—No, no lo hay, así que estamos jodidos, tenemos que intentar descifrar esos versos, saber quién puede ser su autor y sólo así, quizá, sepamos a quién se refiere el asesino. Sabemos que en la puja al menos hay seis personas implicadas, o eso nos confesó el Colebras, puede estar mintiéndonos, pero supongamos que no es así y nos dice la verdad. Afonso habría organizado todo y dudo que lo hiciera solo. Buscaría a los compradores por ese anuncio de Internet, del que entiendo, aún no os han contestado...

—Si lo han hecho jefa, pero dándonos largas y desde una dirección IP encubierta, de la China...

—...Como suponía, así que con la muerte de Maruxa nos quedan cinco pujadores y no sabemos cuántos organizadores. Mi instinto me dice que más de uno.

—¿Pero y el secuestro de la hija de Edelmiro?

—Fácilmente pueden ser grupos distintos, todos quieren llevarse el cofre, unos mediante el robo y la extorsión, otros mediante la puja...o simplemente pudo tratarse de un señuelo.

—¿Quieres decir que pudo fingirse? —Paola, afirmó.

—No por parte de la niña, pero sí por parte de su padre si lo que pensaba era sacarse un buen dinero y de esa forma se quitaba de encima nuestra presión, porque a partir de ese secuestro creeríamos que él era inocente. —Costoya le hizo un gesto a Paola.

—Sería bueno ir a ver si sigue donde lo dejamos.

—Lo utilizamos para simular la segunda muerte, que no nos ha servido de nada, para él no era más que la manera de seguir pareciendo inocente, le quitamos el móvil, pero si estamos en lo cierto dudo que esté incomunicado.

—Es una posibilidad.

—Ese es el problema, chicos, que tenemos demasiadas probabilidades abiertas y sobre todo demasiadas personas en nuestro punto de mira, y al menos cinco de ellas están en peligro de muerte. Hay que intentar por todos los medios dar con el autor de ese mensaje, yo se lo pasaré a Milo para que compruebe huellas, aunque será inútil, como siempre, puto CSI. —Rieron. —Hablamos en un rato.

Cortó la comunicación. Miró para la barra, Carlos Turnes seguía con la cabeza apoyada, la mirada triste y ausente, sabía que le había dado un disgusto vacío, que no había servido de nada. Pero seguía sin fiarse de nadie. Vio volver a Costoya, solo. Le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni rastro de él, jefa. Ni de él ni de nadie guardando esa puerta.

—Me parece que tendremos que hablar con Casiano. Algo no encaja. Se comprometió a mantenerlo vigilado.

—Hombre, hablando del rey de Roma... —Casiano aparecía en ese mismo momento por la puerta de la cafetería, y parecía que buscándolos a ellos.

Comisaria, tengo que hablar con usted—se acercó—. Se trata de Edelmiro. Ha desaparecido.

—Nos hemos dado cuenta, Casiano. Pero creía que había dejado a alguien a su cuidado. —Empezó a sudar.

—Y eso hice, pero se quedó dormido el muy inútil, y Edel debió aprovechar para escaparse.

—¿Escaparse? ¿A dónde? Porque tampoco hay muchos sitios a donde escapar. ¿Tenía habitación

asignada? —Casiano afirmó.

—Sí, la segunda planta, habitación 209.

—Subamos a ver con qué sorpresa nos encontramos.

Después de dos sesiones rápidas de escaleras, llegaron al segundo piso y llamaron a la puerta. Ante la ausencia de respuesta, Casiano utilizó la llave maestra. Entraron. No había nada especial a simple vista. La habitación parecía que no se había utilizado. Paola fue directa al armario. No se equivocaba. Colgados, planchados y ordenados encontró varios hábitos de monje con su cuerda atada a la cintura.

XVI. ACUSADOS

Casiano la miraba con cara de no estar entendiendo nada, nada en absoluto. A su lado, Edelmiro Gallego, sólo lo hacía a la mesa que separaba a los acusados de sus acusadores. Costoya trajo cuatro cafés, para intentar darle algo de vitalidad a aquel interrogatorio improvisado en el interior de Santo Estevo de Ribas do Sil. Paola puso la carpeta con los apuntes encima de la mesa, se sentó y los miró.

—¿Quién va a empezar a contar la historia? —Señaló a Edelmiro. —¿Tú? ¿O más bien tú, Casiano? —Puso en marcha su reloj. —Tenéis un minuto para empezar a cantar, el primero que lo haga se llevará el premio a la colaboración con la policía, así de fácil os lo pongo.

Se llevó el café a la boca y le dio un sorbo profundo, estaba en su punto, como a ella le gustaba, ni muy frío ni muy caliente. Los dos acusados se miraban mutuamente, haciendo gestos de no entender, balbuceos varios. Al final Casiano tomó la palabra. Se puso la mano en la cara, suspiró y empezó.

—Fue hace más o menos un mes, no mucho más. Afonso estaba en la iglesia preparando no sé qué de ánimas y, Edelmiro, hacía la ronda de las ocho, yo me acerqué a ellos, estaban hablando...

—¿Qué hacéis ahí parados desgraciados? ¡Poneos a trabajar! —Me reí al instante, para que no pensaran que lo decía en serio. Afonso me miró con aquella cara de bueno que tenía, que Dios lo tenga en su gloria.

—¿Qué se te ha perdido en la casa de Dios? No me digas que habéis vuelto a perder. —Era cierto, me conocía muy bien así que tomé asiento al lado de ellos y, como buenos amigos, ellos se sentaron al mío. Empecé a contarles.

—Las cosas no van bien, chicos. Ni para el parador, ni en casa, y mucho menos con el Ourense. —Afonso me puso una mano en el cuello.

—Problemas terrenales, querido amigo, hay que intentar relativizarlos. —Asentí, pero sabía que no era tan fácil.

—El caso es que como no consigamos pronto una vía de financiación se nos acaba el tiempo. — Edelmiro intervino.

—¿Pero tan mal está la cosa?

—Peor. Sólo este año llevamos perdidos doce mil euros. No habrá otro más si no somos capaces de acabar con la sangría. —Casiano miró a la comisaria a los ojos y volvió al presente.

—En ese momento se hizo un silencio incómodo. Yo sabía lo de la reliquia. Edelmiro me lo había contado, pero Afonso no sabía que yo lo sabía, el caso es que ese día no pasó de ahí la cosa. —Edelmiro tomó la palabra.

—Al día siguiente yo volví a la iglesia y hablé con Afonso. Al principio casi me mata con la mirada. Se puso a la defensiva, no quería saber nada. Yo le expliqué que había mirado en foros de internet y lo mínimo que podíamos sacar era en torno a los cien mil euros, de ahí para arriba. Con ese dinero ayudaríamos a levantar el parador, siempre y cuando pudiéramos invertir en él, y nos quedaría dinero para vivir, para nuestras familias. Él era muy reticente porque no le importaba el dinero...

—¿Para qué quiero yo veinte mil euros? —Yo intentaba convencerlo.

—Te compras un coche, o un capricho para tus sobrinos. —Eran la luz de sus ojos, y al nombrárselos su mirada cambió, empezó a entender que aquello podía ser algo bueno para todos.

—¿Y cómo lo haríamos?

—Pues yo tengo una buena amiga que sabe algo de eso, le diré que nos guíe, todo legal. —Me miró con cara de perdonarme la vida.

—Legal, legal, ya sabemos que no es, así que prefiero que no me lo recuerdes. No sé cómo me dejo liar por ti, y también lo hago porque Casiano me da mucha pena. —Miró al parador. —Y este lugar es como mi casa, me dolería mucho que os tuvierais que ir de aquí, en el fondo sois mi familia. —Me miró, serio. —Pero no queráis hacerme tonto. Es un delito en toda regla, y miedo me da como se entere la policía.

—No lo hará, confíe en mí. Sé a quién acudir. —Le puse una mano en el hombro a Afonso, y puse en marcha un plan infalible.

O eso pensaba yo, en mi bisoñez. El caso es que contacté con María Velandi, era una antigua amiga y sabía que estaba metida en el rollo del arte, en fin, quedé con ella una tarde en un bar en la Plaza del Possío en Ourense. Le conté lo que teníamos, le brillaron los ojos, le dije lo que queríamos hacer. Una puja dentro de la propia iglesia para gente top. A los dos días me llamó y me dijo que lo había puesto en marcha, por Internet, con altas medidas de seguridad, para que nadie pudiera localizarla, y a nosotros con ella. El plan ya estaba en marcha, el siguiente paso era saber cómo lo haríamos, ahí Casiano tuvo la idea... —El director del parador se tomó unos segundos para continuar el relato de su amigo.

—...En principio, pensé que hacerlo coincidir con la entrega de premios era lo mejor. Mucho ruido y poca atención puesta en nosotros. Además, esa gente podría ser invitada, ya que yo tenía mano con el Colebras y no levantaríamos sospecha, y eso hicimos. Cerramos la convocatoria y había seis personas interesadas, curiosamente, algunas estaban ya nominadas o invitadas a los premios, el resto las invitamos exprofeso.

—Necesito sus nombres. —Casiano la miró.

—Maruxa Amil, Esther Yáñez, Isaura Dumienne, Gonzalo Lantes, Demetrio Luna y María Velandi, que representaba a alguien cuyo nombre no sabíamos y que no podía acudir a la puja.

—¿Y el monje?

—En cuanto empezaron a surgir las primeras historias sobre él, nos inventamos lo del secuestro y lo de la entrada del monje, era la manera de que no sospecharais de Edelmiro y que no se fuera al traste el plan.

—¿Y por qué matasteis a Afonso? —Casiano la miró, serio.

—No, señora, eso sí que no, nosotros montamos la timba, es cierto, nos puede acusar de lo que quiera, pero no somos asesinos y mucho menos de un amigo.

—Pero golpeasteis al sacristán, ¿qué quieres que piense? —Miró a Edelmiro.

—No quise darle tan fuerte, discutimos, no sé si se enteró por Afonso o si nos escuchó hablar de ello, el caso es que intentó chantajearme, y si no se lo contaría a la policía. Nos alteramos, nos

peleamos y le aticé con el cáliz. —Paola miró los guantes del guarda, y entendió por qué no había dejado ninguna huella a pesar de ser algo meramente accidental. —Pero Afonso era mi amigo, jamás le haría daño.

—¿Y cómo me explicáis esto? —Paola les enseñó la foto del armario de la habitación 209, donde se podían ver los hábitos de monje. —El guarda puso cara de no entender nada. —Estaban en su habitación, Edelmiro, o al menos la que tenía otorgada en este listado.

—¿Mi habitación? Está de coña, no he pasado por allí en toda la noche. Saben de sobra que no me moví de la puerta de la Iglesia hasta que ustedes idearon el plan de simular mi muerte, y después de eso me encerrasteis, me fui, sí, estaba aburrido y tenía que ir al servicio y no había nadie en la puerta, pero no subí a la habitación para nada. —Parecía creíble. Miró a Costoya.

—Según esta historia a dúo que acabáis de relatar, vosotros tres, incluido Afonso, y con la ayuda de una tal María montasteis la puja por el cofre con los anillos de los nueve obispos. Vuestra intención era venderlo al mejor postor durante esta noche. Las seis personas que iban a intervenir estaban dentro del monasterio y le robasteis las llaves al sacristán para tener acceso a esta puerta y así no incriminar al parador. —Casiano intervino.

—Yo no robé las llaves, inspector, era absurdo, teníamos las del parador, nos daban igual las de la Iglesia.

—¿Pero Emilio no las llevaba encima cuando lo atacó? —Edelmiro negó con la cabeza.

—No, en ningún momento, esa copia la tenía Afonso a buen recaudo.

—¿Pero ustedes dejaron que pensáramos que alguien las había robado!

—Era la manera de que sus pesquisas se alejaran de la iglesia, y se centraran en el parador. — Paola miró a Casiano.

—Recuerdo perfectamente que fue usted el que nos dijo lo de las llaves. Buena táctica de distracción. —Casiano adelantó las manos.

—Encarcélenos por eso, por mentir, por la timba, pero nosotros no hemos matado a nadie, y mucho menos a nuestro amigo. Y mientras estamos aquí ese monje loco sigue suelto. Nosotros sólo queríamos salvar el parador, y sí, también lucrarnos un poco, no los voy a engañar, pero si hubiéramos sabido que esto acabaría así, nunca lo habríamos hecho. —Paola los miró a los dos.

—Quiero ver a esa tal María Velandi y que me confirme punto por punto la historia, si es así les creeré, aunque pagarán por lo que intentaron hacer. —Hizo una pausa. —Una última cosa, ¿dónde está el cofre? —Casiano miró a Edelmiro, Edelmiro miró a Casiano.

—No lo sabemos, comisaria, el que mató a Afonso es el único que puede saberlo, y esta vez sí, sea quien sea, tiene las llaves del Reino así que puede entrar y salir sin llamar la atención.

—No, si tenemos vigilancia en todas las puertas, sólo son dos, así que eso lo dejo en sus manos. Y ahora llévenme con María. —Se levantaron de aquel interrogatorio improvisado, casi, con más dudas que antes de empezarlo.

XVII. MARÍA VELANDI

María era una mujer de mediana edad, morena, estatura media y atractiva. Su mirada, era la de una mujer segura de lo que hacía, y de no estar para nada intimidada ante aquella visita policial a intempestivas horas.

—Ustedes dirán. Siéntense. —Ella lo hizo sobre la cama.

—Verá, María, queríamos que nos confirmara la historia de la timba. Desde que Edelmiro se reunió con usted, hasta ahora mismo. —Afirmó con la cabeza, pensando en cómo los habrían pillado.

—Está bien. Edelmiro era un viejo amigo, conocido más bien. Me llamó y quedamos en el Rubí en Ourense. Me contó la historia del cofre. Era un puntazo, así que no me costó encontrar a los compradores. En dos días lo tenía cerrado. Ellos organizaron la quedada, haciéndola coincidir con la entrega de premios. Yo le di el nombre de las personas. Y todo empezó a torcerse.

—De todas las personas menos una. A la que usted representa. —Aquello no se lo esperaba. Era un golpe bajo. Tardó en responder.

—Verá, esa persona prefiere conservar el anonimato y de momento no ha cometido delito alguno. No puedo decírselo.

—Estamos en una investigación y todos corren peligro. Cuánto más sepamos, más fácil será atrapar al que está haciendo esto.

—Yo no les puedo ayudar más, me tienen a mí, soy su representante y reconozco que iba a asistir a esa puja. Pueden acusarme de eso y de organizarla junto a Casiano, Afonso y Edelmiro, pero eso no hará que les diga a quién represento, al menos mientras no haya una denuncia formal. —Paola comprendió que perdía el tiempo con ella, ya le había confirmado la historia de aquellos pobres desgraciados y ni con tortura sería capaz de quitarle el nombre de su benefactor, supuso que o movía mucho dinero, o era alguien realmente conocido. No le gustaba, pero su ojo de halcón, últimamente, le estaba fallando.

—¿No tiene usted nada que ver con el monje que pulula por el monasterio? —Rio.

—Perdone que me ría, comisaria, pero dicho así... No, la verdad es que no lo he visto, aunque he escuchado hablar de él, y espero tardar mucho en verlo. Si viene a matarme, no dude que sabré defenderme. —Daba fe. Se despidió molesta, fastidiada, sabiendo que no había sido capaz de quitarle a aquella mujer todo lo que sabía, y que en todo momento ella había dominado la conversación. A veces, había que saber perder. Bajaron de nuevo hacia la sala de operaciones.

—¿Qué piensa, jefa? —Costoya le puso la mano en el hombro. Ella se paró.

—Pienso que no tenemos ni puta idea de quién es ese puto monje y mucho menos de quién le manda. Sabemos el nombre de los pujadores, sí, pero ni siquiera tenemos suficiente personal para

defenderlos. Tampoco me apetece demasiado separarme de ti, así que tendremos que hablar con Casiano. —De repente, escuchó unos golpes en la puerta exterior. Corrieron hacia allí, después de encontrarse con Casiano, que ya se dirigía hacia ella. La sorpresa fue tan grande que los abrazó como si no los hubiese visto en años. Eran María y Portela.

XVIII. CERQUEIROS, CASTAÑOS, ROBLES Y BANCALES

Costoya pidió en la barra, mientras Portela y María contaban, cómo, a duras penas, habían conseguido superar los obstáculos y llegar hasta allí.

—Conduce como una loca, inspector, imagínese: Por un camino por el que escasamente cabe un coche, lleno de ramas, lloviendo a mares y la tía a ochenta. Nunca vi la muerte tan cerca.

—La clave era venir por carreteras muy secundarias, sabía que si estaban cortadas sería por elementos naturales, pero si pasábamos podríamos llegar. Conozco la zona, estuve aquí varias veces. —Paola la miró.

—Eres una caja de sorpresas, no daba un duro porque llegarais. Os la jugasteis.

—Brindemos por ello. Por los amigos siempre merece la pena. —Levantaron las cervezas que acababa de traerle un taciturno Carlos Turnes y bebieron.

—Chicos, tengo un apuro, voy al servicio, os veo ahora. —Paola, salió al pasillo que separaba la cafetería de los baños, cuando al fondo vio una sombra correr hacia la puerta exterior. No lo dudó. Empezó a patear como una bestia. Escuchó como la puerta se cerraba. Pasó por la recepción y les gritó.

—¡Las llaves, vamos, las llaves! ¿Por qué coño no había vigilancia en la puerta? ¡Joder! —La cara de los empleados de la recepción era un poema. En lo que tardaron en dárselas, apareció Casiano y Paola le puso cara de asesinato en primer grado. Corrió hacia la puerta, la abrió, y vio al monje correr escaleras arriba. Se fijó en sus pies, llevaba unas zapatillas que parecían de tipo senderismo. La lluvia la cogió por sorpresa. Caía con ganas. Mojaba. Notó la purificación de su alma, mientras dejaba atrás el cementerio para subir, palmo a palmo, aquellas escaleras infernales. Al llegar arriba lo vio al fondo del camino. El hijo de puta corría como una bestia. Ella no tenía el calzado adecuado, ni la ropa adecuada, nada era adecuado en realidad. Aquella cuesta era matadora, llegó arriba con la lengua afuera. Lo vio pararse al fondo de la carretera y coger un desvío a la izquierda. Paola maldijo para sus adentros. Otro asesino amante de la naturaleza. Hasta los huevos la tenían. Debía tener las pulsaciones por las nubes. Se apartó como pudo el pelo de la cara. Llegó a la altura del camino y sólo tras unas zancadas, se dio cuenta de que bajaba vertiginosamente entre robles, castaños, alcornoques y madroños. Aquel bosque benedictino le daba las buenas noches. La luz de las farolas se había evaporado, así que sólo tenía a su linterna mágica, se la puso en la frente gracias a su correa elástica y al menos disponía de las dos manos en caso de caer al vacío. Lo único malo es que lo había perdido, o al menos no lo veía. A los pocos metros intuyó una luz a unos cien metros delante de ella. La bajada era mortal. Cayó de culo varias veces. Se arañó las manos, la manicura a la mierda, pensó. Se le estaba haciendo eterno y

no paraba de arrollar. Pusiera donde pusiera el pie resbalaba, así que no lo quedó más remedio que apoyar el culo cerca del suelo, e ir prácticamente a cuatro patas con las manos atrás, apoyándose donde podía y con los pies, arrastrándose. Se dio cuenta de que, pese a su escaso ritmo, el monje no la dejaba atrás. Eso significaba que también le estaba costando bajar. ¿A dónde llevaba aquel camino? Supuso que, por la orientación, tenía que ser cerca del río Sil. Por un momento se preguntó si sería capaz de encontrar el camino de vuelta. Pensó que sí. De repente, en plena bajada suicida, el sendero empezó a hacer eses. Al menos, eso significó que pudiese levantar un poco su centro de gravedad y dejarse llevar, aunque no supiera hacia dónde. En aquel circuito en caída libre ya no veía la luz del asesino, porque ya no se veía más que el principio de cada nueva curva. Al quinto giro, el camino se hizo más ancho, y aunque seguía bajando era capaz hasta de correr. Empezó a recortar distancia al monje, que parecía agotado. Debían llevar, al menos, dos kilómetros de persecución cuando llegaron a una vieja carretera. Intentó orientarse. Dedujo que era la que bordeaba el río. El monje se dejó caer un tramo, hasta que se metió a la derecha, por un sendero que subía serpenteante. Si algo tenía claro, era que aquel hombre se sabía aquellos caminos como la palma de su mano. La subida era mucho menos peligrosa que la bajada, pero el calzado hacía que resbalara. La pendiente era pronunciada, creyó que prácticamente estaban subiendo, paralelamente, a lo que acababan de bajar. De repente, emergieron ante ella una especie de ruinas. Con la luz intentó alumbrar la estructura, parecía un viejo molino abandonado. No tuvo mucho tiempo a admirarlo. Una sombra le cayó encima, salida de la nada. Rodaron por el suelo camino abajo. Descendieron a una cuneta. Paola le dio un golpe rápido en la boca del estómago. Notó el contorno de su figura, no tenía duda, era una mujer. Vio la navaja pasarle rozando la cara, rodó rápida y al volverse le asestó una patada en el costado haciendo que se retorciera por unos segundos. Buscó su pistola, pero se dio cuenta que en la refriega se le tenía que haber caído del cinto. Quiso darle otra patada voladora, pero ella reaccionó rápido, la esquivó y la agarró provocando que cayera, dándose un golpe en la cabeza. Siempre perdía las batallas a campo abierto. Pero sabía que era sólo una batalla. Vio cómo se perdía de vuelta camino abajo, mientras el mundo para ella se tornaba en pura tiniebla.

Despertó mojada, demasiado. Al abrir los ojos se dio cuenta de que tenía delante a María y a Portela. Como pudo, intentó incorporarse.

—Tranquila, no te atolondres, Paola, te has tenido que dar un buen golpe. —Se agarró la cabeza, tenía sangre. Le dolía.

—Esto no es nada. ¿La habéis visto? —Negaron con la cabeza. Entonces le dolió más.

—Hemos tardado en encontrarte porque te perdimos la pista en la bajada, y al llegar a la carretera no sabíamos qué dirección tomar así que optamos por el ensayo error. Nos costó, pero con la ayuda de Alba y gracias a que tenías activado el GPS del móvil pudimos encontrarte.

—Joder. Esta vez estuve a punto de pillarla, pero en el último golpe reaccionó rapidísimo, cogió mi pierna al vuelo y me tiró. —Portela, sonrió.

—No vas a ser buena en todo, jefa, anda, levanta, tenemos que intentar salir de aquí, el chófer está a punto de llegar, si no se ha perdido por el camino. —María, intervino.

—Lo estoy llamando, pero no me lo coge, debe estar llegando. Bajemos al camino para que nos vean. —Paola vio su pistola, y a duras penas la recogió. La luz de su cabeza seguía encendida, al menos algo había resistido los golpes.

—Apóyate en mí, al menos, para bajar. —Volvió a mirar a aquel molino en ruinas, a aquel bosque milenario y silencioso, como si estuviera rezando por los siglos de los siglos. Cuando

estaban a punto de llegar al borde del camino, vieron venir unas luces. Distinguió su coche y dentro estaban Costoya y Casiano. El inspector se bajó.

—Tuve que traerme chófer, que no llegaba aquí ni de broma. ¿Cómo estás, Paola? —La agarró del brazo, y se dio cuenta de que estaba más tocada moral que físicamente. —Venga, sube al coche, no hay nada que un baño caliente y el calor de unos amigos y unas cervecitas no pueda curar. —Paola se agarró a él y le hizo darse la vuelta para mirar a aquella luz cegadora.

—Es una mujer, y no una mujer cualquiera. No puede ser tan difícil encontrarla, tiene que ser de por aquí, se sabe cada camino, atlética, delgada, y estoy segura de que tiene que saber kickboxing o algo parecido. —Costoya, afirmó.

—La cogemos, jefa, ahora lo importante es que no pilles una pulmonía. —Volvieron entre cerqueiros, castaños, robles y bancales. El imponente Monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil los esperaba de nuevo.

XIX. MARTIÑO DUMIENSE

Con una mano en la nuca, Paola se paseaba por aquella cafetería que siempre quedaría en su memoria. Al menos, sabía que sus chicos tenían algo con respecto al mensaje, que el asesino había dejado junto al cadáver de Maruxa Amil. Era Alba, al otro lado del portátil, la que hablaba.

—San Martiño de Dumio nació en Panonia, la actual Hungría, cerca del año quinientos, y murió en Braga sobre el quinientos ochenta. También era llamado Martiño Dumiense y fue un religioso cristiano del siglo VI. A él pertenecen estos versos. Está considerado el apóstol de los suevos y es el responsable de la conversión del arrianismo al catolicismo. Ese mensaje es parte de su obra literaria. Fue obispo de Dumio y de Braga.

No se conoce muy bien la razón, pero decide trasladarse a Gallaecia, que era un reino cristiano independiente en esos momentos, y en cuyos escritos llama Finis Terrae. Su llegada se puede deber a que la clase dirigente en aquel siglo era principalmente arriana.

Llega a Gallaecia sobre el año quinientos cincuenta, lo hace a Bracara Augusta, que será la capital del Reino Suevo. Aquí funda el monasterio de Dumio y varias iglesias más. Pronto, este monasterio se convierte en el principal centro de difusión de la cultura y la espiritualidad cristiana de origen oriental en el norte de la península, con él como abad. Fue un gran escritor y esos versos los dejó para su propio epitafio.

Martiño de Dumio fue uno de los precursores de la creación de los templos cristianos en la Ribeira Sacra, y entre ellos, las primeras piedras del templo sobre el que hoy emerge el monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil.

Y como ya todos habéis adivinado, nuestra amiga Isaura Dumiense es descendiente de este hombre después de decenas de generaciones. —En cuánto Alba terminó de hablar, Paola le dio las gracias e hizo, por una parte, un gesto a Portela para que la siguiera y otro a Costoya y María para que siguieran comunicados con el grupo. Pasaron por la recepción.

—¿Habitación de Isaura Dumiense? ¡Vamos, es urgente! —Los recepcionistas ya la tenían.

—Doscientos tres, comisaria, segunda planta. —Le hizo un gesto a Portela y subieron corriendo. Llegaron a la puerta y llamaron. No se oía nada. La puerta no se abría. Volvieron a llamar. Silencio. Paola le hizo un gesto para que se apartara, había que echar la puerta abajo. Casiano, salvador, llegó en ese momento.

—¡No, por Dios no me haga eso! —Puso la tarjeta sobre la puerta y esta se abrió. —Paola y Portela entraron en la habitación, como dos miuras. Casi matan del susto a Isaura Dumiense. Estaba en la cama, con los cascos puestos.

—¡Joder! Pero ¿qué hacen en mi habitación? —Isaura se había quitado los cascos y de fondo se escuchaba aquella canción de Camela:

«Sueño contigo, ¿qué me has dado? Sin tu cariño no me habría enamorado. Sueño contigo, ¿qué me has dado? Y es que te quiero y tú me estás olvidando...» —Paola guardó la pistola y juntó las manos.

—Disculpe, Isaura, pero acabamos de descifrar el mensaje que el asesino dejó junto al cadáver de Maruxa Amil y creemos que está usted en peligro. —Isaura miró a Portela, que puso cara de circunstancias.

—Pues se ve que no, señorita, menos mal que no estaba haciendo otra cosa.

—Tendrá que perdonarnos, pero como no contestaba a la puerta supusimos que...

—Ya, bueno, no pasa nada, déjeme que me ponga algo. —Fue al armario a coger una bata y lo cerró rápido. Casiano seguía fuera, esperando. Dio una voz.

—Todo bien, Casiano, puede bajar, muchas gracias. —En cuanto Isaura recuperó la respiración, Paola y Portela le contaron la historia y el mensaje.

—Efectivamente, Martiño Dumiense era antepasado mío, pero muy lejano. Sé que fue un gran hombre en su tiempo y sé también que estuvo por la Ribeira Sacra, pero lo de que él pusiera la primera piedra del templo anterior a este, no está realmente documentado. De todos modos, será difícil que lo sepamos. Para eso, desgraciadamente, tendría que desaparecer este templo y aparecer el otro bajo las ruinas o al menos sus vestigios, cosa que, Dios mediante, no ocurrirá nunca.

—Usted era otra de las personas que acudían a esa puja, pero no le dijo nada al inspector Costoya cuando habló con él. —Isaura levantó los hombros.

—Lo primero, comisaria, nuestra conversación fue algo informal, más como seres humanos que como inspector y posible sospechosa. En ese ámbito, no tenía nada que contarle. Además, sabía que podía ser un delito, y aún no habían ocurrido todas estas muertes, o sea, aún conservaba la esperanza de poder pujar por esa pieza.

—¿Y de dónde pensaba sacar el dinero?

—¿Eso importa? El caso es que lo tenía. No personalmente, pero si quien me avalase. Era una pieza muy codiciada y con mucha salida, sobre todo, por el tema milagroso.

—Pero usted es arqueóloga, y normalmente tienen una conciencia especial con el arte. ¿Por qué pujar por algo que sabía que era usurpado?

—Porque no quería que cayese en manos de los chinos o de los árabes, quería que continuara aquí con nosotros. Pero a estas alturas eso parece sólo una quimera.

—Dígame una cosa, Isaura, ¿tiene alguna idea de dónde puede estar ese cofre?

—Sólo le diré una cosa, si ese hombre sigue matando, es porque no lo ha conseguido. Tiene las llaves, puede salir, entrar, aunque ponga usted vigilantes, es más inteligente y fuerte que ellos, así que, si sigue aquí, en el monasterio, es porque no lo ha encontrado. No sabe quién lo tiene, pero no parará hasta encontrarlo.

—Gracias, Isaura, por el momento está usted en peligro, así que voy a dejar a Portela aquí en la puerta para que la proteja. —Le hizo un gesto, al que contestó con un leve movimiento de cabeza. —Siga usted...—Señaló los cascos y la miró, moviendo la cabeza hacia un lado y frunciendo el labio. —Siga usted con Camela. Buenas noches. —Salieron al hall y rieron. Portela, no podía aguantarse.

—Creo que hubiera sido mejor pillarla follando que dándolo todo escuchando a Camela. —Los dos intentaron contener la risa.

—No te despegues de ella, y lo que necesites me llamas.

—Está hecho, jefa. —Bajó, nuevamente, las escaleras y volvió junto a María y Costoya, que

esperaban ansiosos su vuelta.

—Falsa alarma, chicos, casi muere, pero del susto que le dimos, y yo casi muero al escuchar a Camela de fondo. —Rieron.

—¡Cuándo zarpa el amor! —Costoya empezó a cantar.

—No, inspector, ya llueve, no hace falta ayudar, gracias. El caso es que por ahora está segura, he dejado a Portela con ella.

—Espero que no se les dé por el Singstar o algo así.

—Tranquila, María, ya lo dejé fuera. Por si acaso. —Se sentó en la silla, y sonrió al ver a sus compañeros al otro lado de la pantalla, riendo también. Seguía dando palos de ciego, una y otra vez, era una bala perdida, pero al menos nunca les faltaba el buen humor. Decidió mandar a Costoya a vigilar el primer piso, aprovechando que Portela estaba ya vigilando el segundo. Ella y María harían lo propio con el piso inferior, recepción e Iglesia. Si ese monje quería volver a actuar, al menos, tenían que ponérselo lo más difícil posible.

Costoya aceptó de buen grado la tarea, aunque sabía que le costaría un mundo aguantarse el sueño, y eso que había descansado, pero estar allí de pie dando paseos se le haría interminable. Al final del pasillo había una ventana. Aquello le recordaba a su colegio. Rememoró aquellos años, desde una ventana como aquella, podía ver el gimnasio cubierto donde hacían educación física. Por un momento volvió a tener dieciséis años y aquel aire se le pegó a la piel como lo hace al pan el queso fundido.

Cerró los ojos y olvidó su tarea, al menos por un instante. Le gustaba una chica. Se llamaba Begoña, era de la otra clase. Nunca había hablado con ella, pero las miradas, a veces, decían mucho más que las palabras. Ella era guapa, con el pelo rizado castaño, morena de piel. Pasados un par de meses de indecisión se atrevió a dar el paso. Nunca olvidaría aquella escena. Él estaba con su grupito de amigos dentro del centro comercial, ella con el suyo, al llegar la hora de volver a clase, se quedó un poco atrás y se acercó a ella. Tendría que haberle preguntado cómo se llamaba, esas chorradas, pero no, directamente, sin haber hablado jamás con ella, le pidió salir. La respuesta era obvia. No fue la negativa lo que más le dolió. Fue como, estando junto a aquella ventana, vio venir a amigas y conocidas de ella a señalarlo, a marcarlo como un bicho raro. Entonces empezó a enroscarse. Fue su primera gran desilusión amorosa. Luego vendrían muchas más. Demasiadas, tantas que al final te rindes.

Se dio la vuelta, abrió los ojos de nuevo y la vio venir. No le dio tiempo a reaccionar ni a coger el móvil, una patada voladora arrasó aquel mar de recuerdos y lo empujó contra la ventana rebotando y cayendo al suelo. Vio como volvía a por él con los puños directos a su estómago. Rodó sobre sí mismo y consiguió igualar la situación. Se puso en guardia, no se dejaría vencer tan fácil. La miró a los ojos. Lo desafiaba. Atacó descuidando su flanco izquierdo, ella lo aprovechó quebrándolo y asestándole un golpe fatal en la pierna. Cayó redondo. No podía levantarse. Había sido una pelea desigual. Le metió algo en la boca y le puso cinta de carroceros. Lo cogió de los pies y comenzó a arrastrarlo. Parecía fuerte. Entraron en una habitación. Intentó ver el número, parecía la ciento dieciséis. Le ató las manos a la espalda. Lo metió en la bañera. Era ágil, rápida, pero un peso muerto de casi setenta kilos era mucho para cualquiera. Al caer se golpeó la nariz. Notó el sabor agrio de la sangre llegarle a la boca. Lo movió como pudo. Lo puso boca arriba y abrió el agua. Como decían aquí, estaba morna. Por un momento se olvidó de la situación, de que posiblemente aquella loca quería ahogarlo vivo, y empezó a notar el agua calentita cubrirle el cuerpo vestido. Ella puso la mano en el chorro y abrió un poco más la fría, al menos no quería matarlo con agua hirviendo. Era todo un privilegio. Vio cómo se iba hacia la habitación. Se quitó

el hábito y pudo ver sus piernas y su ropa interior. No sabía si lo hacía a propósito, o si todo le daba igual porque lo iba a matar. El agua le empezó a cubrir los brazos. Pronto la tendría en la barriga. Le pareció ver que tenía un tatuaje en una pierna. No era capaz de descifrarlo. Tuvo la suerte de que se agachara hacia delante y con ello estirase más la pierna izquierda. Era un dragón de tres cabezas. Era impresionante. El agua empezó a cubrirle el pecho. Pronto se ahogaría. Prefirió pensar en cosas bonitas. Cerró los ojos. Por su cabeza comenzaron a pasar sus padres, su ex, su hija, todos sus amigos, Paola, Modesto, Portela... Notó el agua en su cuello. Una lágrima de pena le cayó por la mejilla. Miró hacia arriba y sólo pudo ver sus ojos. Sabía que los había visto antes. El resto de la cara, escondida bajo una braga, y el cuerpo en otro hábito negro con un cordón ocre alrededor. Era la muerte, y había venido a buscarlo.

XX. GALLAECIA

Escuchó el grito desgarrado de una mujer, y corrió escaleras arriba. María la siguió a sólo unos pasos. En la puerta de una de las habitaciones estaba Fátima Andrade con las manos en la cara. Les indicó el interior. Lloraba desconsolada. Entraron. María Velandi estaba sentada en el sofá, con la pierna derecha levantada y apoyada sobre la cama. No le hizo falta acercarse demasiado para darse cuenta de que tenía la misma herida de arma blanca bajo el corazón y los moratones en el cuello. En la mesa, otra vez, un mensaje:

Gallaecia

*Imos silandeiros orela do vado
pra ver ô adolescente afogado.
Imos silandeiros veiriña do ar,
antes que ise río o leve pro mar.*

Súa i-alma choraba, ferida e pequena
embaixo os arumes de pinos e d'herbas
Agoa despenada baixaba da lúa
cobrindo de lirios a montana núa.
O vento deixaba camelias de soma
na lumieira murcha da súa triste boca.

¡Vinde mozos loiros do monte e do prado
pra ver o adoescente afogado!
¡Vinde xente escura do cume e do val
antes que ise río o leve pro mar!
O leve pro mar de curtiñas brancas
onde van e vên vellos bois de ágoa.
*¡Ay, cómo cantaban os albres do Sil
sobre a verde lúa, coma un tamboril!*
*¡Mozos, imos, vinde, aixiña, chegar
porque xa ise río m'o leva pra o mar!*

Paola miró a María, y se dio cuenta que ninguna de las dos lo entendía del todo. Tendrían que compartirlo con el resto del equipo para encontrar alguna razón a aquellas frases. Se pasó la mano por el pelo, justo en el momento en que aparecía Milo. Lo vio despeinado, supuso que lo habían cogido durmiendo. Le puso la mano en el brazo, mientras él le respondía con una mueca de fastidio, al ver el cadáver de María. Ella se acercó a Fátima que seguía en la puerta, sin entrar.

—¿Qué es lo que vio, señorita Andrade? —Ella empezó a balbucear hasta que encontró equilibrio en sus palabras.

—Salí de mi habitación, quería bajar a tomar un café. Vi la puerta abierta, me pareció extraño así que golpeé con los nudillos pero nadie contestó. Asomé la cabeza y entonces, ahí estaba ella.

—Casualmente tiene usted un don, lo digo porque no es la primera vez que sale de su habitación... —Paola, recordó cuando la había tenido que meter hacia dentro, mientras perseguía al monje por ese mismo piso.

—Sí, siempre me dijeron que era un poco jueves. No sé qué decirle. —Paola, pensó que en principio ella no podía ser el monje, pero como siempre le quedaba la duda si podía ser su cómplice. María le hizo el gesto de que bajaba, llevaba el mensaje en la mano. Paola asintió.

—Bien, señorita Andrade, le ruego por lo que más quiera que no salga de la habitación. Si necesitamos algo más de usted se lo haré saber. —Vio a Fátima dirigirse dos puertas más adelante. Era la ciento veintinueve. Llamó al teléfono de Costoya. No contestaba. Aquello no le olía nada bien. Al principio pensó que estaría en cualquier otra zona del primer piso. Era muy grande y difícil de vigilar para una persona sola, pero le extrañaba que no hubiese dado señales de vida. Se asomó al claustro. Vio a María en el piso inferior. La llamó.

—Oye, ¿sabes algo de Costoya?

—¿No está por ahí? Aquí ni rastro, Paola. —Intentó pensar en positivo. Seguramente habría salido detrás de aquel monje, o había ido a mear y se había quedado dormido por las esquinas. Negó con la cabeza. Sabía que aquello era imposible tratándose del inspector. Volvió a llamar y entonces lo escuchó. Cortó. La melodía se apagó. Volvió a marcar. Era su móvil, estaba segura, y salía de la habitación ciento dieciséis. La puerta estaba apoyada, pero no cerrada. La abrió lo más despacio que pudo. La luz estaba encendida. En la esquina del armario una flecha pintada a boli en un folio pegado, indicando el baño. El corazón empezó a irle a cien por hora. Los segundos se hicieron eternos, cuando vio a Costoya dentro de la bañera, con sólo una mínima parte de su cara en la superficie. Lo levantó y le gritó.

—¡Costoya, Costoya!

—Tenía los ojos cerrados. Le quitó la cinta de la boca y la espuma y vio cómo, repentinamente, resucitaba en sus brazos. Lo abrazó, mojándose con él. Por un momento pensó que lo iba a perder. Él abrió los ojos. Como pudo, habló.

—Paola, querida, Paola. Justo a tiempo. —El inspector miraba al grifo que goteaba a ritmo constante, dispuesto a matarlo sin prisa, pero sin pausa. Recordó como ella había bajado la presión del agua y había salido, supuso, dispuesta a matar, a cazar a su presa. Mientras, gota a gota, se había ido llenando más y más la bañera. Procuraba no moverse y así no provocar que el cambio de su peso corporal lo hundiera irremisiblemente. Tenía los músculos tensos intentando que estuviesen lo más altos posible. Sabía que no podía perder la consciencia, pues ese sería el primer paso hacia el ahogamiento. Pero poco a poco, notó como todo se iba apagando. El agua le subió del cuello hasta la barbilla, de allí a los labios y las orejas, empezó a caerle por las cuencas de los ojos y se despidió de aquella vida para siempre. Pero, entonces, apareció ella. Su ángel, su niña, su Paola. Y lo salvó.

Paola, llamó a María para que buscasen al Doctor Gonzalo Lantes. No tardaron en llegar, él y Portela. Lo sacaron de la bañera entre los tres y lo llevaron a la cama. Paola llamó a Alba, necesitaba saber quién estaba registrado en aquella habitación.

—No te va a gustar, Paola. Esa habitación era la de Casiano. —Paola, torció la boca y se dirigió al armario. Entonces le dio un vuelco el corazón. Allí estaban, pulcramente ordenados, los hábitos de monje.

XXI. FEDERICO GARCÍA LORCA

Daba vueltas a la habitación donde descansaba Costoya, con el portátil en video llamada, con María y Portela a su lado. No quería dejar al inspector al margen de nada, sabía que era de recuperación rápida y lo necesitaba. En ese momento estaba sentado sobre la cama, tal y como le había recomendado el doctor Lantes.

—Parece que ese monje nos está vacilando con cada movimiento que da. Nos engañó con la pista de Isaura Dumiense, nos engañó colocando los hábitos en la habitación de Edelmiro, ahora en la de Casiano... —Modesto, desde el otro lado de la línea, replicó.

—No sé, chicos, a lo mejor no nos está engañando, simplemente nosotros no sabemos interpretar lo que nos quiere decir. Dudo mucho que Isaura no esté metida en todo esto, sinceramente, y desde luego Casiano y Edelmiro sí lo están, o al menos lo estaban. Aquí lo difícil no es encontrar al culpable sino encontrar al inocente. —Alba, continuó.

—Al menos sabemos quién es el autor de tan bonita poesía. —Paola se paró y miró fijamente al ordenador esperando la respuesta.

—¿Y bien?

—Federico García Lorca. —La comisaria puso cara de no estar entendiendo nada.

—Pero vamos a ver, Lorca no era gallego, que yo sepa.

—No lo era, jefa, pero dejó para la historia seis poemas escritos en el idioma de Rosalía, del que era gran admirador, dicho sea de paso.

—¿Y por qué nos quiere llamar la atención sobre este poema, alguien tiene alguna idea? —Fue Portela el primero en contestar.

—El solo título, jefa, Gallaecia, llama bastante la atención. Así se llamaba Galicia y varias poblaciones limítrofes durante la invasión Romana. Dudo que no tenga significado ya en sí mismo. —Paola se puso la mano en el mentón. Alba, añadió.

—No es el título original del poema, que es *Noiturnio do adoescente morto*, así que si lo llamaron así, es por algo.

—Bien, Alba, recaba toda la información sobre grupos, reuniones, lo que sea que tenga que ver con Gallaecia, igual se trata de un nombre en clave, de algo organizado. No es mala idea. —Ana, intervino.

—Aparte del nombre y del autor, tenemos el contenido del poema y creo que por ahí nos está dando bastantes pistas. Un adolescente ahogado, el río que lleva al mar, nombra propiamente al Sil, todo hace pensar que está anunciando una nueva muerte.

—Sí, está bastante claro, pero también parecía estarlo con Isaura y sólo encontramos a Camela. —Rieron.

—Eso fue un daño colateral, jefa. —Era Costoya el que hablaba. —Yo creo que, sea o no de un grupo organizado, nos enfrentamos a alguien inteligente, bastante fuerte, como tú decías, con conocimientos en ciencias marciales y yo, que la pude ver casi desnuda, puedo decir que es joven, y lo más importante: tiene un tatuaje en la pierna izquierda con un dragón de tres cabezas, no sé si esto nos puede ayudar.

—Puede ser de ayuda, inspector, lo que no sé es como hiciste para verlo.

—Creo que ella quería que lo viera, no encuentro otra explicación.

—Ana, mira a ver que podemos encontrar con esos datos y, por otro lado, indagad entre los más jóvenes dentro del monasterio, supongo que lo de adolescente será una metáfora.

—Una cosa, jefa, no sé si os habéis dado cuenta, pero las muertes tienen una secuencia temporal.

—Dispara, porque al menos yo, ni lo había pensado.

—Afonso murió a las nueve, a las doce debía tener preparada la de Maruxa Amil y a las tres en punto María Velandi. Me temo, que me centraría en algo que puede pasar rondando las seis de la mañana.

—De todos modos, el río Sil es inmenso. No seríamos capaces de abarcarlo ni queriendo, y menos con este clima.

—La clave, posiblemente, siga estando en ese poema. —Paola pensó que Portela tenía razón, que lo lógico es que dijera algo más de lo que se podía ver a simple vista.

—Si lo que nos dice Ana es correcto, tenemos algo más de dos horas para encontrar el lugar donde va a ocurrir, pero si somos capaces de encontrar a la víctima antes de que se la lleven, habremos conseguido adelantarnos. De una manera o de otra, necesito vuestra ayuda. Ana y Modesto, dedicaros a ese poema en cuerpo y alma, barajéis lo que barajéis, necesito que me lo contéis. Portela, tú sigue vigilando el segundo piso, pero sin dejar de pensar en eso y quiero que les des vueltas a todo, hazte un croquis con los personajes, hay que encontrar al culpable o al menos, como decís, identificar a los inocentes y así ir descartando.

—A sus órdenes, jefa. —Miró a Costoya.

—Tú, descansa un rato, Portela seguirá en el segundo piso, María se quedará en el primero y yo en la parte de abajo, prefiero tenerte a tope cuando haya que intervenir.

—No puedo, Paola, ya me conoces, en un rato estaré abajo, un chute de café y estoy como nuevo. —Era incorregible y Paola lo sabía.

—Nos vemos ahora. Cualquier cosa pedir paso. —Paola desenchufó el portátil y miró al inspector jefe. Se acercó a él. —Te necesito, Costoya, enterito, no a cachos, hazle caso al doctor y descansa un rato, y así cuándo bajes estarás a tope. —Costoya le señaló la pierna.

—Eso ya es imposible, siempre voy a medio gas.

—La cabeza, inspector, la cabeza, eso es lo que me importa de ti y lo sabes. —Se acercó a él y le dio un beso fraternal. Más que todo lo que le había dicho, aquel gesto fue el que convenció a Costoya para quedarse en la cama, descansando.

Cuando llegó a la cafetería, el ambiente no había cambiado mucho. Carlos Turnes seguía enfadado con ella, y entre la fauna presente estaba su doctor, Gonzalo Lantes. Lo saludó con la mano y se acercó a él.

—Gracias por acudir a la llamada, doctor.

—Es mi trabajo, Paola, ya te dije antes, que soy médico veinticuatro horas al día. Y esto era una urgencia. Su inspector tuvo mucha suerte y habilidad para no ahogarse, eso y un ángel de la guarda. —La señaló.

—Le llamaría suerte, aunque me da el alma que ese monje sabía, perfectamente, que llegaría a

tiempo. Pudo evitarlo y no lo hizo, pudo matarlo de mil maneras y lo dejó vivir.

—Su intención no creo que sea matar por matar, sino matar a sus objetivos, está claro que ni usted ni el inspector están entre ellos. Ya me ha dicho Casiano lo de la persecución. ¿Me deja ver ese golpe en la cabeza? —Paola se dio la vuelta y frunció el ceño como una niña. Él observó el chichón y le pidió hielo a Carlos Turnes. Se lo puso con un paño sobre la herida. —Mantenga la mano ahí, por lo menos un rato, hay que bajar esa hinchazón. Parece que no hay herida.

—Soy cabezona, doctor, es difícil abrirmela.

—No lo dudo, comisaria, pero por si acaso no ande saliendo detrás de cualquiera, si hubiera querido, a usted también la habría matado.

—Pero no quiere, o al menos no por ahora. Y aunque no sepa por qué, tengo que aprovecharme de ello. En realidad, piense que podría ser cualquiera de vosotros y estar hablando aquí tan panchos y dentro de una hora estar matándonos a hostias, así es la vida.

—Los gallegos somos especiales, comisaria. Incluso para el mal. Tenemos otra forma de pensar, nuestras costumbres, nuestras tradiciones. Van intrínsecas a nosotros mismos. Lo llevamos en el ADN, insertado. Es como un olor corporal del que jamás te separas, eso es Galicia para los gallegos. Lo somos, vayamos dónde vayamos.

—He conocido a las personas más nobles aquí, en Galicia, pero por otro lado son personas a las que cuesta expresarse, o que al menos lo hacen de un modo extraño, se muestran ariscos, les cuesta ser cariñosos al principio.

—Somos toxos, comisaria, es la esencia. Pero luego, cuándo nos conoces, somos un cacho de pan. —Paola puso cara de duda.

—Algunos engañan, doctor, si yo le contara.

—Imagino que tiene mucho bagaje con malhechores.

—Sí, y con gente difícil también, es mi especialidad, no hace mucho, Costoya me lo dijo claro. El mal se me pega como si tuviera súper glue. —Lantes rio.

—Tiene toda la razón del mundo. Es usted una esponja porque al final los absorbe.

—Hasta ahora, pero dejo demasiados cadáveres en el camino, y ellos me persiguen en mis sueños nocturnos y no es fácil, doctor. Nada fácil.

—No debería pensar en ello, martirizarse.

—No lo hago, intento acostarme con la mente en blanco, o como hacía desde niña, inventando una historia bonita, algo que me encantaría que ocurriese, de ese modo me acabo quedando dormida. Pero los muertos reaparecen en mis sueños, no siempre, pero sí de vez en cuando, para que no me olvide de que ellos están ahí, siempre acechantes.

—Estoy seguro de que no le guardan ningún rencor. —Se hizo una pausa, Paola miró al infinito.

—Las personas a veces somos odiosas y egoístas, me he encontrado de todo, desde las que son súper agradecidas por haber cogido a asesinos de sus hijas o familiares, a otros echándome en cara no haberlo hecho antes y dejar morir a sus hijos. No es esta una profesión fácil. Cabreas a los malos, pero también a los buenos.

—Digamos que también hay un gran tanto por ciento de población que los admira. No en vano el premio que le iban a dar es más que merecido, y no había dudas. Usted y su equipo aúnan la astucia, la inteligencia, la valentía y mucha gente los quiere.

—No sé qué decirle, no digo que no lo demuestren ni que lo tengan que hacer, pero lo malo siempre resalta más, así que un comentario negativo en nuestra cabeza destruye cientos de comentarios positivos, cuando deberían juzgarse en igualdad de condiciones, pero es nuestra condición humana la que provoca esta contradicción y contra eso no podemos luchar. —Lo miró.

—No se tome esto como una queja, simplemente es una opinión, le pasará a muchísima gente y alguna bastante más expuesta que yo, ustedes mismos, o los profesores, todo lo que sea tratar con personas es difícil, porque lo somos, únicos, para lo bueno y para lo malo.

—Te acabas volviendo aséptico hasta a la muerte, aunque suene duro. Yo no lo llevaba nada bien, pero ahora ya estoy acostumbrado. Y es cierto, si de cien operaciones muere un paciente en la sala te quedas con ese y no con los otros noventa y nueve. Y, posiblemente, decírselo a los familiares te provocará una pena y una conmoción que no calmarán ninguna de las noventa y nueve buenas. Así de injusta es la vida. Pero nos queda la conciencia y creer en lo que hacemos y que es lo correcto, y seguir adelante siempre. —Gonzalo le dio un último sorbo al café y revisó el chichón de Paola. —Hágame un favor, déjese estar así un rato e intente no andar golpeándose la cabeza contra las piedras. —El doctor se levantó, tenía un hilo en el pantalón, Paola se lo quitó.

—Era un hilo, nada importante. —Lo iba a tirar, pero por alguna extraña razón lo guardó en su mano.

—Ya pago yo, comisaria. Espero que la próxima vez que nos veamos, sea para anunciar que todo esto ha concluido.

—Ojalá, Gonzalo. Ojalá. —Lo vio marcharse, y comprobó que aquel hilo color ocre, seguía en su poder. Sabía dónde había visto aquel color y no le gustaba ni un pelo.

XXII. EL HÁBITO.

Se acercó a Milo, que estudiaba algo pormenorizadamente con un microscopio. Él le hizo una señal para que se acercara. Miró, pero no vio nada, o al menos, nada que entendiera.

—Hemos encontrado un ADN distinto al de María Velandi en el cadáver.

—¿Quiere decir semen o algo así? —Milo la miró, sonriente.

—Digamos que sí, acababa de tener relaciones sexuales, estimo, máximo media hora antes de la muerte, pero hasta que tenga los resultados no podré comprobarlo. Y no ha sido fácil enviarlos.

—¿Y cómo vamos a saber a quién pertenece?

—No lo sabremos, a no ser que esté fichado, cosa más que dudosa, o que se atreva usted a hacer una prueba de ADN. O a conseguirla. Cosas que llevarían demasiado tiempo.

—¿Podríamos hacerla? —Milo le hizo un gesto hacia todos los aparatos que había traído.

—Para eso me he traído el equipo, por si hacía falta algo especial. Pero repito que es algo que lleva mucho tiempo, tengo que enviar, ya sabes, y teniendo en cuenta que aquí te despistas y te aparecer un fiambre...

—Deja que piense cómo hacerlo, mientras te llegan los resultados, pero eso tampoco significará que esa persona sea la asesina. Pudieron tener relaciones, antes y después, que otra persona la matara.

—Puede ser, pero puede ser que no. Piénsalo, Paola.

—Lo pensaré, mientras, necesito que me analices esto. —Le pasó el hilo de color ocre en una pequeña bolsita plástica.

—Tú y tus bolsitas, ¡cómo olvidarlo! Vale, ¿alguna sospecha?

—Intenta buscar analogías con partes de un hábito, como los que llevaban los monjes, como el que utiliza el nuestro. —Milo asintió intrigado, y siguió con su trabajo. Ella se marchó, pensando, hacia la zona de la cafetería, aquella que hacía de sede policial, y vio venir a Costoya directo hacia ella. Le puso cara de madre contrariada.

—¡Inspector, es usted incorregible!

—No podía dormir, y no tenía ganas de estar solo. —Paola lo miró, perdonándole la vida y le contó lo de las pruebas de ADN.

—Puede ser una buena idea, como dices, eso no demostraría nada, pero puede ser que el culpable se venga abajo al verse atrapado. Y ellos no saben qué, y qué no sabemos. En eso jugamos con ventaja.

—Dígame una cosa, inspector, sabe que confío en su instinto, más si cabe que en el mío, ahora mismo si tuviera que señalar un culpable, ¿con quién se quedaría?

—Puf, jefa, esa es la pregunta del millón.

—Imagínate que estás en uno de esos concursos en los que se te acaba el tiempo, tres, dos, uno y tienes que marcar una opción. —Costoya la miró y sonrió.

—Apostaría por el galán ese de Demetrio Luna como cabeza pensante, es mucho menos tonto de lo que parece y en su equipaje guardaba un libro muy curioso. A sangre fría, de Truman Capote. —Paola levantó las cejas, sorprendida.

—Parecía tonto, sí, pero la buena literatura está al alcance de muchos.

—¿Sabe usted de qué trata el susodicho libro?

—Muéstreme su sabiduría, mi querido inspector... —Costoya se irguió y empezó a hablar.

—Narra el brutal asesinato de los cuatro miembros de una familia de Kansas. Fue un hecho real. La sociedad estadounidense de esa época quedó conmocionada con aquel crimen. Dos adultos y dos adolescentes de quince y dieciséis años. Los asesinos eran unos convictos en libertad condicional. Capote hizo un trabajo de campo enorme para escribir esta novela y pasó años trabajando en ella junto a Harper Lee. Es una novela de no ficción, pero Capote mintió mucho sobre las familias de los asesinos, para intentar acercarlos al lector, e intentar que este los considerara inocentes.

—Juego psicológico en toda regla.

—Exacto, comisaria, no me extrañaría que estuviese jugando con nosotros. Para mí es el menos claro de todos. Y si tuviera que escoger a un monje me olvidaría de Isaura, si ha leído su expediente sabrá que ha superado un cáncer no hará más de un año, es casi imposible que hiciera lo que hizo y tampoco se corresponde con el cuerpo semidesnudo que, pese a mi cercano ahogamiento, pude vislumbrar desde la bañera.

—¿Deberíamos descartar entonces a las más mayores?

—No tiene por qué, pero no era ella, estoy seguro.

—Nos vale para descartar a alguien, al menos. Algo es algo.

—Del resto, tanto Fátima, Esther, Aroa, Guadalupe, no descartaría a ninguna, y piensa que puede ser alguien al que aún no conozcamos. —Paola puso cara de agobio.

—No soy capaz de quedarme con todos los que ya tenemos, me va a dar algo.

—Es como una partida de cartas, jefa, en la baraja hay cuarenta, nosotros tenemos diez, la suerte sería que la ganadora estuviese entre esas, pero a veces la tiene el contrario y pierdes la timba. —Cuánta razón tenía, pensó Paola. En ese momento vio entrar a Milo en dirección a ellos.

—Chicos, se trata de ese hilo que me trajiste...

—Sí, cuenta, ¿de qué se trata?

—No ibas por mal camino, se trata de uno de los hilos que forman una simple cuerda.

—Una cuerda como la que usa nuestro monje en su hábito. —Milo asintió.

—Sí, pero hay algo que Matilde, mi ayudanta, me ha dicho, y me parece importante. Los monjes benedictinos no vestían jamás con un cinturón de cuerda sino con uno de cuero. —Aquello dejó descolocado a Costoya y Paola.

—¿Quieres decir que no se correspondía con los antiguos monjes que aquí vivían?

—Exacto, pero sí con la orden de los Franciscanos. De los que no hay constancia escrita de su presencia, claro que, teniendo en cuenta que casi no hay documentos que hablen de Santo Estevo hasta el siglo XV tampoco es tan extraño. —Paola frunció el ceño intentando encontrar una explicación a todo aquello.

—Quizá sólo sea un maldito disfraz y no tenga ningún tipo de significado más allá. —intervino Costoya.

—O quizá sí. ¿Y de dónde sacó tal reliquia, comisaria?

—Estaba en el pantalón de nuestro doctor, Gonzalo Lantes. —Aquello no se lo esperaba. El silencio duró sólo unos segundos. Lo rompió Milo.

—Tendríamos que haber requisado alguno de esos hábitos y así, comparándolos, confirmaríamos que efectivamente pertenecían al mismo hábito, o al menos a un cordón exacto.

—Gracias Milo, acabas de abrírnos otra vía de investigación, no sé si darte las gracias o tirarme al río. —Milo puso cara de circunstancias.

—Yo voy a seguir a lo mío, os dejo con lo vuestro que bastante tenéis, en cuanto decida qué hacer, avíseme. —Paola pensó que tendría que jugársela y hablar directamente con Gonzalo Lantes, en el fondo él había sido cercano y agradable con ella, no sabía si con una oscura intención, pero creía que se lo debía. Dejó a Costoya a cargo del piso inferior y subió a la habitación del doctor, tenía una molesta intuición que le estaba golpeando en el costado, recuerdos de Rianxo.

XXIII. OH DOCTOR, MI DOCTOR

Subió, uno a uno, los peldaños de las escaleras que la separaban del segundo piso, en donde tenía su habitación Gonzalo Lantes. Se dio cuenta que llevaba obviando la existencia del ascensor desde que había llegado a Santo Estevo. Sonrió, al pensar en el pobre Costoya y lo mucho que le hacía andar. Llegó a la puerta. Era la doscientos seis. Llamó con los nudillos y esperó. A los pocos segundos vio a un sorprendido doctor.

—Comisaria, no la esperaba. —Abrió la puerta de par en par y le hizo una señal para que pasara. —Disculpe si esto no está muy...

—No importa, Gonzalo, sólo necesito hablar con usted. —Él la miró preocupado y le indicó la única silla que había en la habitación. Mientras, él se sentaba en la cama.

—Tú dirás. ¿Debería preocuparme?

—Te lo preguntaré directamente. ¿Tuviste relaciones sexuales con María antes de que la mataran? —Por la cara de Gonzalo, asomó un rayo de duda, pero ante la mirada inquisitiva de Paola fue asintiendo poco a poco y perdiendo la vista en el infinito.

—María y yo nos conocíamos de hace tiempo. Nunca oculté que me gustaba. Simplemente nos acostábamos cuando coincidíamos, sin más. No dije nada porque sabía que pasaría esto.

—¿Qué pasaría el qué?

—Que todos pensaríais que la había matado.

—¿Y no es así? —Dejó sus ensoñaciones y volvió a mirarla a los ojos.

—No, por supuesto que no, yo salvo vidas, Paola, no acabo con ellas.

—Pues ahora mismo eres el principal sospechoso, ya puedes esforzarte para que te crea. —Gonzalo rebuscó en su móvil. —Mira, estos son los mensajes que nos mandamos. —Paola, los revisó y efectivamente habían quedado en verse, y la cosa parecía ir subida de tono, sexualmente hablando.

—Eso no demuestra que no la mataras.

—Lo sé, pero demuestra que teníamos un encuentro convenido.

—En el que pudiste matarla al finalizarlo. —Miró de nuevo hacia un lado, contrariado.

—Joder, Paola, de verdad, no soy así. Y María me importaba.

—Pues antes disimulaste muy bien tu pena.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Algo de empatía no venía mal, la verdad tiene el camino recto y las mentiras las patitas cortas. ¿Puedo ver tu armario?

—¿Podría impedírtelo acaso? —Paola lo miró negando con los ojos. Abrió la puerta y encontró ropa aburrida de hombre elegante. Ni rastro del hábito. Prefirió guardarse la carta para otra

ocasión. Volvió a sentarse a su silla.

—No sé qué hacer contigo, Gonzalo, por el momento te mantendré bajo vigilancia, aunque tenga que confiar en los guardianes de medio pelo de Casiano, y espero que no me estés mintiendo ahora que empezabas a caerme bien.

—Te juro, comisaria que yo no maté a esa chica.

—¿Para qué viniste a la gala?

—Ya te lo conté, para dar ese premio especial.

—¿Nada más? Es tu momento para contarme lo que sepas, quizá así te pueda creer. —Se levantó, se sirvió un Glenfiddich y empezó a hablar.

—Le insistí al Colebras para que me invitara, así que él me designó la entrega de ese premio para que no extrañara mucho mi presencia. En realidad, venía a pujar por esa arqueta.

—¿Qué tiene de especial que todos la deseabais? —Le brillaban los ojos, el doctor parecía poseído.

—Es una reliquia y tiene poderes mágicos, siempre soñé con tenerla, desde que supe su historia. Mi madre, de pequeño, nos contaba las leyendas de esta tierra, éramos de aquí y ella se las sabía todas, entre ellas la de los nueve anillos de los nueve obispos. Imagínate lo que es eso en la imaginación de un niño. Crecí y me enamoré de la tierra de mi madre, sin embargo, por motivos profesionales mi destino era Coruña así que no podía venir con frecuencia. Ese cofre fue siempre una vieja obsesión, una fantasía, hasta que un día me enteré de la puja.

—Pero no lo entiendo, usted es médico, ¿Cómo podías mezclarte en ese mundo?

—Soy coleccionista también y aunque tengo pocas piezas había preguntado a mucha gente por ese cofre, así que sabían que lo quería. Una de las que lo sabía era María Velandi. Nos conocimos en la universidad, comisaria, y fuimos novios una temporada, éramos jóvenes, así que la vida nos llevó por caminos distintos, pero al final, por una cosa o por la otra, siempre terminábamos encontrándonos. De esa manera supe lo de la puja. Y venía dispuesto a darlo todo, pero se torció.

—¿Conocías al resto de pujadores?

—A algunos sí, a otros sólo de oídas. En esto nos conocemos casi todos: Isaura, Maruxa, María, Esther Yáñez. En realidad al único que no conocía personalmente era a Demetrio Luna, pero era imposible no conocerlo por la tele.

—¿A quién representaba María?

—Sinceramente no lo sé, y dudo que con ella muerta seamos capaces de enterarnos. No sé si Casiano o Edelmiro que, como sabes, eran los organizadores, sabían algo más.

—Esos no saben nada. Y una última cosa, doctor. ¿Sabes dónde pueden estar esos anillos? —
Rio.

—Ojalá lo supiera, comisaria. Si yo los tuviera no se lo diría, pero no los tengo, puede estar tranquila. Lo que está claro es que ese monje seguirá matando mientras no consiga lo que quiere.

—Intentaremos evitarlo.

—Yo sigo ofreciéndoles mi ayuda.

—Si nos hace falta te lo pediremos, mientras, no salgas de la habitación. —La acompañó a la salida. Antes de irse Paola se dio la vuelta y lo miró.

—Hubiera sido una historia bonita. —Lo dejó con la palabra en la boca y se marchó sonriendo hacia la recepción.

XIV. RAMÓN DE LLUL

Paola y Costoya tenían la mirada fija en aquel portátil, donde podían ver a sus compañeros: Ana, Alba, Modesto, Rafa, Marina y el jefe Palau. Nunca mejor dicho, parecía que ahora tenían un hilo del que tirar. Era la experta en informática, documentación y redes de la unidad, la que les contaba las últimas averiguaciones.

—Hay muchas cosas coincidentes, por un lado, está el cordón que era un símbolo únicamente franciscano, el gran símbolo, y dependiendo de los nudos que tuviera podríamos darle un significado u otro. —Paola intentó recordarlo, pero le fue totalmente imposible. —El caso es que existen varias organizaciones franciscanas en la sombra, digamos que no siguen la línea oficial y una de ellas se hace llamar Gallaecia. —A Paola se le iluminó el rostro.

—¿Podrían ser la que buscamos?

—Podrían, o no. No hay nada que los relacione con actos delictivos. Pero digamos que su literatura, sí, es algo subversiva. No se conforman con seguir los votos franciscanos, sino que buscan una ruptura con las viejas tradiciones siguiendo las enseñanzas apócrifas de un franciscano muy conocido: Ramón Llul.

—¿Y qué tiene que ver el bueno de Ramón Llul con todo esto?

—Eso es lo mejor, por eso lo guardaba para el final. Te pongo en contexto. Finales del siglo XIII, el cristianismo pese a la defensa encarnizada de los Templarios pierde San Juan de Acre y Arward. Las noticias no tardan en llegar y Ramón de Llul escribe *Quomodo Terra Sancta Recuperari potest*, elaborado con el pesar y la presión de la caída de estos reinos. La propuesta principal era la unificación de los templarios, hospitalarios, teutónicos y caballeros de la ordenes peninsulares bajo un mando único y la creación de una escuela de misioneros versados en lenguas orientales. En pocas palabras, una nueva cruzada.

—Entiendo que hablamos de un monje franciscano, no me cuadra.

—En realidad, Paola, Ramón Llul empezó siendo paje en la corte de Jaime I, medrando poco a poco y siendo uno más con todos los privilegios y oprobios que puedas imaginar. Pero no fue hasta 1267 cuando una serie de visiones, apariciones y sabe Dios qué más, causaron una profunda huella en él, que de allí en adelante se dedicó a cristianizar. —Costoya, intervino.

—Tenía entendido que este hombre había dejado una gran obra literaria detrás, más que como un profeta, pero está claro que si lo que quería era una cruzada hacia Oriente hablamos de guerra, conquista, muertes, sangre.

—Eso es, digamos que todo lo que dejó escrito, o al menos lo que se conserva está orientado hacia la reconquista de las tierras de Al Ándalus y más allá.

—Perfecto, hasta aquí lo entiendo, pero vuelvo a preguntar ¿qué tiene que ver Ramón Llul con este monasterio?

—Existe una leyenda, mi querida Paola, que sitúa a Llul en el monasterio de Santo Estevo y también en el de Santa Cristina, y dicen que aquí se inspiró para escribir ese tratado. Y no dicen sólo eso, sino que en sus visiones había visto un cofre con nueve anillos.

—Los nueve anillos de los nueve obispos.

—Eso es, o eso creen sus seguidores. Y Ramón Llul creía que, el poder de esos anillos, le conducirían a la reconquista de las tierras perdidas. Sería cómo el nuevo grial del cristianismo.

—Joder. —Paola se sentó, era mucha información nueva para digerir. —¿Lo que intentas decirme es que posiblemente ese grupo, Gallaecia, lo que quiere es recuperar el cofre con los anillos para iniciar una especie de guerra santa?

—Algo así. En sus escritos, la mayoría anónimos y firmados bajo el pseudónimo del grupo, hablan de una reconquista empezando por el norte de Portugal y limpiando hacia al sur.

—¿Cuándo dices limpiando...? —El jefe Palau, intervino.

—Sí, señores, parece que hablamos de un grupo al que no le importará utilizar la violencia contra los que no comulguen con sus ideas cristianas. Lo poco que he leído habla de profetizar en mezquitas para transformarlas en templos cristianos por las buenas y sí no, por las malas. Fanáticos religiosos. No creerían que sólo son los musulmanes los que tienen locos en sus filas. Todos los extremos son malos.

—Pero entiendo qué todo esto es palabrería, ¿no? No hay acción ninguna por su parte.

—¿Te parece poca la acción que tienes ahí, con tres cadáveres ya? Es el principio, Paola y, o los detenemos ahora, o tendremos un buen marrón encima y no hay nada más peligroso que los fanatismos. —Estaba de acuerdo.

—Y la pregunta del millón. ¿Cómo sabemos, quiénes, de toda esta amalgama de personajes que nos rodea es un Gallaecia?

—No lo sabemos. Sólo tenemos pequeños datos. No sabemos su dirección, aunque ya hemos mandado un par de patrullas a la sede franciscana en Ourense, si saben algo de ellos espero que colaboren. Estos grupos utilizan internet, los foros ocultos, eso que tan bien domina nuestra Alba. Ana y Modesto partan de inmediato para Ourense capital, creemos que el grupo tiene allí su epicentro, quizá si conseguimos encontrar el germen paremos esta sangría.

—De acuerdo, nosotros seguiremos investigando. ¿Algún dato más sobre el poema de García Lorca? —Fue Ana la que contestó.

—En la gala no hay nadie por debajo de los veinte años, los más jóvenes son Demetrio Luna, Fátima Andrade y Guadalupe Antón. El resto de treinta para arriba.

—Tendremos que centrarnos en ellos, pero también puede ser un simple señuelo. —El jefe Palau intervino.

—No lo creo, Paola, todos los indicios nos llevan a pensar que la siguiente muerte tendrá lugar allí, a orillas del Sil. —Paola miró el reloj, eran casi las cuatro y media de la mañana. Pensó que aún tenía al menos media hora por delante para preparar el operativo antes de bajar al río. Se dejó caer sobre la silla, mientras Costoya se despedía y cortaba la comunicación con sus compañeros. Volvió a repasar aquel poema del escritor granadino, y subrayó las palabras que le parecían más importantes: «Lirios en la Montaña», «Camelias», «Pinos», «Xente Escura», «Albores do Sil», «Un adolescente ahogado». Costoya hizo circulitos en las palabras que incluían referencias a la flora. Paola lo miró. Cogió el teléfono.

—Alba, cariño, necesito que busques a orillas del río Sil alguna zona donde abunden los lirios,

las camelias y los pinos. Tiene que ser una pista del lugar donde van a actuar.

—A sus órdenes, jefa, no va a ser fácil, pero me pongo con ello.

—Gracias, Alba. —Miró a Costoya. —No te da la impresión de que estamos en uno de esos vagones de una montaña rusa y de que cada vez vamos más y más rápido y que tienes miedo a salir volando por los aires. —Costoya tomó aire.

—Yo es que soy más de tierra firme jefa, nunca me montaría en un bicho que va en unas vías por el aire. Demasiado transgresor para mí. —Paola rio y se apoyó en su hombro, como hacía cuando necesitaba notar cerca el cariño del inspector.

XXV. TENSA ESPERA

Prácticamente todos dormían. La tranquilidad era máxima en Santo Estevo de Ribas do Sil. Quedaban escasos minutos para las cinco. Incluso Carlos Turnes estaba descansando en su habitación, y en su lugar un despistado Casiano intentaba atender a los pocos insomnes que aún quedaban en pie. Entre ellos, Paola y Costoya, que se repartían la vigilancia del piso inferior. Se acercó a la barra. Miró a Casiano. Este le devolvió una sonrisa.

—¿Un café doble, jefa? —Asintió con la cabeza.

—Mi abuela, si la tuviera, diría que vale usted para todo.

—Todo a medias, comisaria, el que mucho abarca, poco aprieta.

—Es cierto, pero uno debe hacer siempre lo que le gusta. —Casiano señaló la cafetera.

—Pues verás, aquí lo de servir el bar no es lo que más me gusta, pero alguien tenía que sustituir a ese pobre chico, que llevaba aquí más de doce horas.

—Lo que le gusta es mandar, Casiano, dirigir, organizar, es lo que quería decir. —Le sirvió el café, acomodó los codos en la barra y se acercó a ella.

—Verá, siento mucho haberle mentido. La cosa se fue enredando de esa manera y no supimos salir. Edelmiro, es un poco bruto y se le fue la mano con Emilio, no lo hizo con mala intención, sólo para defendernos, y luego la bola empezó a crecer, hasta que murió Afonso, y ya nos vimos en peligro. Si pudiera volver atrás cambiaría todo lo que hice, pero ahora ya es tarde.

—Lo hecho, hecho está, pero si le pido que colabore lo más posible, sólo así podré ayudarle para que no les acusen. Por eso mismo, no están detenidos.

—Lo sé, y no sabe cuánto se lo agradezco, comisaria. He mandado a mi mejor hombre a la puerta del señor Lantes. No se ha movido de su habitación, ni ha tosido.

—Mejor así, no me fío de nadie, Casiano. —Agachó la cabeza y abrió la boca, pero las palabras se resistían a salir. Paola se acercó y le prestó toda la atención de la que era capaz a aquellas horas inapropiadas.

—Verá, hay algo más. —Le costaba un mundo hablar.

—Vamos, Casiano, lo que sea, mejor ahora que cuando alguien más se muera.

—Hace unos meses tuvimos aquí una convención de Franciscanos. —Paola lo miró, seria. —Sí, los escuché hablar antes, lo siento, pero sé, como cualquiera que conozca un poco el rollo monjil, que ese hábito era franciscano y no benedictino, sólo que no le di la más mínima importancia hasta que bueno...

—Prosigue cotilla, anda, no me enfades más.

—La cosa es que era una convención por el tema del ochocientos aniversario del nacimiento o lo que sea, del tal San Francisco de Asís. Fue un fin de semana de noviembre, lo recuerdo bien.

Estaban muy interesados en todo, y cuando digo todo, pues digo todo, en el monasterio, en la iglesia, y sobre todo en la arqueta con los nueve anillos. Tanto, que tuve que llamarles varias veces la atención, porque andaban por ahí buscando y revolviendo. Yo aún no sabía que estaba a buen recaudo, gracias al trato de Edelmiro y Afonso. O sea, seguía pensando que esa reliquia estaba perdida.

—¿Hubo alguien que le llamara especialmente la atención?

—Lo hubo, sí. Varios, para ser más concreto. Había un grupito que andaba por libre. Eran un poco raros y el resto hablaba a sus espaldas.

—¿En qué sentido?

—Se reían de ellos, en plan flipados. Y eran los que más revolvió. Estaban obsesionados con encontrar documentación de un franciscano que pasó aquí una temporada.

—Ramón Llull. —Casiano torció la boca, con cara de duda.

—No sé su nombre, sólo que lo veneraban, a él y a los anillos, pero no los encontraron.

—¿Crees que pueden estar detrás de todo esto?

—Mira, Paola, no lo sé, fue María quién hizo la selección de personas que entraban en la puja, pero también fue la que dejó a alguna gente fuera de la misma.

—¿Por qué?, ¿qué más le daba?

—Hay gente muy peligrosa en este mundo, María era una profesional, pedía avales. Para entrar en la puja debías demostrar que disponías de cierto capital, el suficiente para pagar la reliquia, al menos el precio de salida.

—Cien mil euros. —Casiano asintió.

—Y ahora está muerta. En parte me siento responsable, no me imagino cómo estará Edelmiro. No ha salido de la habitación desde que se ha enterado.

—Eso significa que tiene la salida por la iglesia desguarnecida.

—Error, comisaria. Está un chico nuevo muy majete.

—¿Un chico nuevo? —Casiano rio.

—Mi hijo, comisaria. Es buen chaval. Empezó a trabajar con nosotros estas navidades, al cumplir los dieciocho... —No lo dejó terminar, un mal rollo le subió por las piernas directo al corazón, la cara se le desencajó y Casiano se dio cuenta de que algo iba mal. Paola salió corriendo hacia la iglesia, seguro que no era nada, seguro que estaba equivocada, pero era una corazonada... «*Vinde mozos loiros do monte e do prado, pra ver o adolescente afogado*», recordó. Costoya la vio correr, y detrás, persiguiéndola, a duras penas, Casiano. Desde el otro lado del claustro se apresuró todo lo que pudo, decir correr sería un eufemismo, y los vio pasar camino de la iglesia. Cuando llegó, Paola estaba petrificada junto a la puerta de salida, que estaba abierta de par en par, con la lluvia cayéndole como una cascada infinita. Casiano había desaparecido de su campo de visión. Lo escuchó gritar fuera.

—¡Nico, Nico! —Volvió como un loco, con los ojos desencajados de las órbitas y corrió hacia dentro de nuevo. —Tiene que estar dentro, en el servicio, en algún lugar, no se han podido llevar a mi chico, eso no... —Lo vieron salir, y mientras Costoya cerraba la puerta, Paola se acercaba al banco. Su banco, aquel donde habían hablado con Edelmiro. Había un papel cuadriculado doblado. Era una cuartilla de un bloc de notas doblado en un tres por tres, tres veces a lo ancho y tres a lo largo. Sólo tres palabras.

«*La Quinta Esencia*»

XVI. LA QUINTA ESENCIA

—En la Edad Media la quinta esencia era un elemento hipotético, también denominado éter. Se le consideraba el quinto elemento de la naturaleza, junto a la tierra, agua, fuego y aire. Pero digamos que a los modernos franciscanos y estudiosos de Ramón Llul, les gusta más decantarse por su significado oscuro, o al menos el más cercano a la cosmología. En él, es una hipotética forma de energía que se postula para explicar las observaciones del universo en expansión acelerada. Cómo una energía del vacío. Su fórmula, postula que, si el valor resultante es menor a menos un tercio, la quinta esencia actuaría como campo repulsivo, o sea, como energía oscura. —Paola, daba vueltas mientras escuchaba atentamente las explicaciones de Alba.

—Menudo rollo. ¿Y qué tiene que ver eso con nuestros anillos? —Ana, intervino.

—En esa formulación tenemos presión y densidad, pero nos falta un valor que sería la W, la kinescencia, un valor que no se conoce, una especie de energía mística...

—Entiendo, y que esos locos creen que es la que emite nuestro cofre con los nueve anillos. De ahí los milagros y todo lo que ocurre alrededor de ellos.

—En uno de los apócrifos de Llul, según sus seguidores, explica cómo una fuente de energía de ese calibre podría usarse para convertir metales, y en casos extremos, realizar milagros. Su peligro es que esa energía, ese poder, tanto se puede usar para el bien como para el mal. Lo que estaba bien para Llul y sus seguidores en aquella época eran las cruzadas, algo que ahora nos parecería una matanza en toda regla. Pero para ellos estaba justificado, y soñaban con utilizar esta forma de energía para llegar a cristianizar el mundo.

—El Santo Grial.

—Algo así, pero a la gallega. —Aquello era muy gordo. Demasiado. Y a cada hora que pasaba se tornaba más complicado. Pensar en el grial le llevaba a su época juvenil, a tantas historias que su padre adoptivo, aquel que ella creía su padre verdadero, le contaba. Galicia, siempre guardando secretos.

—Ahora tenemos que ponernos las pilas para encontrar a ese chico, el hijo de Casiano, luego habrá tiempo para Santos Griales y quintas esencias. Sé que vosotros, Ana, no llegaréis a tiempo, así que centraos en lo de los franciscanos de Ourense. Alba, tú sigue tirando de ese hilo, junto a Rafa y Marina.

—Una cosa, jefa. Tengo algo de lo que me dio antes. Cerca de Santa Cristina de Ribas de Sil, existe una gran acumulación de lirios, camelias y justo antes del monasterio, hay un pinar. — Paola, mordió el boli que tenía entre los dientes.

—Bingo, tiene que ser ahí, las pistas parecen bastante claras. ¿Puedes mandarme la ubicación de ese monasterio? Dime que está cerca del río.

—Sí, jefa, ahora te lo mando, está pegado al río, en Parada do Sil.

—Gracias, corazón, no sé qué haría sin vosotros. —Cortó la comunicación y llamó a Casiano, que estaba ansioso en la barra, esperando noticias.

—¿Tienen alguna pista? Por Dios, tenemos que encontrarlo...—Paola le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, tenemos una pista, se trata del Monasterio de Santa Cristina de Ribas do Sil. Costoya y yo...

—No, por favor, nadie mejor que yo podría acercarlos más rápido y con seguridad hasta allí, se trata de carreteras que estarán complicadas. Es mi único hijo, se lo suplico. —Paola dudó, pero el asentimiento con la cabeza de Costoya le convenció.

—Está bien, Casiano, haremos lo siguiente—se dirigió a todos—. Casiano, Costoya y yo nos vamos a Parada do Sil. María, Portela y Edelmiro os vais a la zona del embarcadero. No tenemos más gente, recemos para que podamos encontrarlo. Son las cinco y cuarto, si todo es como prevemos el ataque se producirá a las seis. Salieron. Casiano los dirigió a la parte trasera. Allí les esperaba un mítico Land Rover de toda la vida, aún con matrícula antigua.

—Con esto nada nos parará, no es para ir por la autopista, pero para estos caminos es el mejor.

Arrancó a la primera. Había parado de llover, pero seguía haciendo viento y las nubes no presagiaban nada bueno. Paola, rezó para que les dieran una pequeña tregua, necesitaban eso y un maldito milagro. Si tuvieran con ellos la arqueta con los nueve anillos todo sería más fácil, pensó. Rio para sí misma sentada en la parte de atrás.

XVII. FUEGO

En un viaje suicida no tardaron ni veinte minutos en estar cerca del monasterio de Santa Cristina de Ribas do Sil. Ya bastante antes de llegar empezaron a ver los tonos rojizos. Paola abrió la ventanilla y ese olor a quemado reciente entró, inundando sus sentidos.

—Mierda. Se está quemando algo. ¡Acelere! —Decirle eso a Casiano era un auténtico suicidio, pero Paola se agarró fuerte al asiento delantero mientras veía la oscuridad salpicada por el voraz ataque del fuego. Estaba sobre el pinar posterior al monasterio. Bajaron corriendo.

—Pero ¿cómo coño pudo prender estando todo mojado? —Casiano se encogió de hombros.

—Tuvieron que echarle algo, sí no es imposible. —Paola miró a Costoya.

—Llama a los bomberos, y no te muevas de aquí. Puede que esté cerca, no lo dejes escapar.

—A sus órdenes. —Costoya encendió un pitillo y se maldijo por enésima vez, por ser un tullido.

Casiano llevaba ventaja, subió hasta la puerta del monasterio, que estaba cerrada. El incendio se propagaba hacia el sur, al lado contrario del río. Paola lo agarró del brazo.

—Casiano, escucha, tenemos que bajar, el poema decía el adolescente ahogado, tiene que estar en el río. —Casiano, con lágrimas en los ojos, deseó que aquella comisaria no se equivocara, y la siguió en dirección al río. Tomaron un sendero que comenzaba a los pocos metros. Corría como una loca. Se puso algo en la cabeza, de repente vio como una luz alumbraba en la oscuridad y se dio cuenta que sin eso no hubieran sido capaces de avanzar mucho más, el fuego quedaba ya atrás y aunque podían olerlo ya no lo veían. Paola le daba vueltas a todo: Aire, agua, tierra, fuego...y la quinta esencia. Al llegar al borde del río empezó a gritar.

—¡Nico, Nico! —No tardó nada en escuchar un murmullo, unos metros más al sur. Corrió todo lo que pudo. El chico estaba atado a un árbol, la boca tapada por cinta de carroceros, vestido sólo con ropa interior, pero vivo. Casiano llegó detrás de ella y lo abrazó. Lloraba de emoción. Nico también. Paola procuró controlarse. Normalmente siempre llegaba tarde, pero esta vez lo habían salvado. Mientras su padre le quitaba la cinta, ella cortaba la cuerda que lo unía al árbol. Supuso que la intención de aquella loca era que se quemara vivo en el incendio. Eran más de las cinco y media, a las seis estaría frito cómo un chorizo.

—Tenemos que irnos cuanto antes. El viento puede cambiar de dirección en cualquier momento y el fuego nos puede dejar atrapados. —Casiano asintió y levantó a su hijo.

—¿Te encuentras bien, Nico?

—Sí, gracias. —Casiano le había puesto la gabardina por encima de los hombros para tapanle, pero en aquel momento una ola de calor venía de frente hacia ellos.

—Tenía usted razón, comisaria, el viento está cambiando. Esos remolinos no auguran nada bueno.

—No debería avanzar mucho, pero...

—Esa loca llenó todo de gasolina, quería quemarlo todo.

—Esperemos que los bomberos lleguen pronto. Sobre todo, por el monasterio. —Llegaron al borde de este, donde habían dejado el coche. El fuego había tomado dirección sur para acabar girando otra vez en dirección norte, pero algo apartado ya del monasterio de Santa Cristina. Con un poco de suerte se salvaría.

—¿Estáis todos bien? —Costoya ayudó a Casiano a meter al joven en el coche.

—Perfectamente, inspector, vámonos en seguida. Conduzco yo, dejemos al chico con su padre.

—En cuanto estuvieron en marcha y la cara del chiquillo se calmó, la comisaria quiso saber algo más. —Nico, necesito que me digas lo que recuerdes de ese monje. —Le miró desde el asiento de atrás y empezó a hablar.

—Yo estaba en el interior de la iglesia, como me había dicho mi padre. De repente, la puerta de fuera se abrió y apareció un monje. Yo había escuchado algo sobre lo que estaba pasando, pero lo único que pude hacer fue prepararme para recibir el golpe. Voló sobre mí, comisaria, tal y como se lo cuento, y me desperté metido en la parte de atrás de una ranchera.

—¿Recuerda la marca?

—Que va, imposible, sólo recuerdo el olor a tabaco y la música que ponía a todo volumen. Así hasta que llegamos al monasterio. Conozco el lugar, así que al menos sabía dónde estaba. Me mantuvo en pie y me obligó a andar hacia la orilla del río. Sinceramente pensé que se había acabado mi suerte, que me tiraría al río tal y como estaba, con las manos atadas. Moriría allí mismo. Pero no, me empujó hacia el árbol y me ató. Traía un bidón en la mano. Lo echó en la base del árbol y anduvo todo lo que pudo. No vi más, tardó al menos cinco minutos en marcharse. Se fue por el otro lado de la carretera. Después empecé a oler a quemado y entré en pánico, no sabía lo que tardaría en alcanzarme.

—Si hubiera querido te hubiera matado, tanto tirándote al río como con la gasolina. La esparció para que el fuego fuera prendiendo, pero no para matarte, al menos, no hasta la hora convenida. Está claro que es una persona que conoce la zona, las costumbres, la vegetación, lo conoce todo. Y nosotros sabemos muchas cosas de ella, pero no sabemos lo más importante. Quién coño es. — Paola miró su reloj, eran las seis de la mañana. Un mal presentimiento empezó a invadirle. Miró a Costoya que tampoco las tenía todas consigo. ¿Y si aquello sólo había sido otro maldito señuelo? ¿Y si nunca habían querido matar a Nico? No tardarían en saberlo.

XXVIII. LUNA LUNERA

Volvía a llover con fuerza. Pensó que quizás así se conseguiría extinguir el incendio, no hay mal que por bien no venga, pero mientras eso fuese así, ellos seguirían prácticamente incomunicados. Aquella carretera estaba intransitable, a duras penas, pese al Land Rover, conseguía mantenerse en el camino. Costoya sudaba. Los rayos volvieron a caer ante ellos. Era un espectáculo digno de admiración. Cuando llegaron a la puerta de Santo Estevo, vio como María y Portela los esperaban en la puerta. Se bajó del coche, le pasó las llaves a Casiano y anduvo rápido en su dirección, no tenían cara de nada bueno.

—Nos la ha jugado. —Las primeras palabras de María sentaron a Paola como un jarro de agua fría, su presentimiento se convirtió en realidad.

—¿Qué coño ha pasado? —La miraba con la boca muy abierta y el pulso acelerado.

—A las seis en punto ha entrado por esta puerta, como si fuera su casa, abriendo con las llaves del palacio que para eso las tiene, ha subido a la habitación de Demetrio Luna y se lo ha cargado. —Paola se llevó las manos a la cabeza.

—¡No! —Empezaron a andar hacia la habitación del actor.

—Me temo que sí, Paola. En las grabaciones de las cámaras a las que la empresa nos ha dado por fin acceso libre, sólo se ve a un monje, va totalmente encapuchado. En cuanto Demetrio le abrió la puerta, zas, ni se lo pensó. —Llegaron a la habitación y algo le llamó mucho la atención, esta vez estaba todo revuelto, cosa que no había ocurrido ni con Maruxa ni con María. Lo vio con aquella mueca de terror en la cara, sentado en la silla y con la pierna izquierda levantada y apoyada sobre la cama. Tenía una herida de arma blanca bajo el corazón y el cuello lleno de marcas. No había cambiado el modus operandi. Se dirigió al armario, lo abrió y se quedó un buen rato mirando. Junto a aquellos trajes de galán adinerado, de ropa de mucha pasta, había un hábito con su cuerda a la cintura, el cordón Franciscano con cinco nudos. La quinta esencia. Apoyó la mano en la puerta del armario y agachó la cabeza. María se acercó por detrás.

—¿Estás bien, Paola? —La miró.

—¿Bien? ¿Podría, debería? —Miró el cadáver de Demetrio Luna. —No va a parar y por lo visto aquí, —señaló la habitación— no ha encontrado lo que buscaba. Se nos va de las manos, María, se nos va. —Ella la acarició con cariño.

—Paola, estamos haciendo todo lo que podemos y con los medios que tenemos, nuestro deber era seguir esa pista. Salvaste al chico, no digo que no fuera un señuelo, pudo serlo, pero bien es cierto que si vosotros no llegáis allí ese chaval hubiese acabado horneado, así que no te martirices. Peor fue lo que hicimos nosotros, que bajamos al embarcadero y sólo encontramos un viejo libro. —Sacó una bolsa plástica del bolso y se lo enseñó: «*Tratado de la Quintaesencia*»

—¿Pero esto...? —María asintió.

—Parece que alguien se tomó muy en serio los apócrifos dichosos de nuestro querido Ramón Llul y los reeditó, eso sí, evitando poner su nombre en los créditos.

—Es una obra anónima. Pero su encuadernación...

—Hoy en día, con los medios precisos, edita un libro hasta mi abuelo. No hay nombre de editorial, ni ISBN, ni nada parecido, sólo palabras.

—Me lo quedo. Si estaba allí es porque sabía que iríamos y quería que lo encontráramos.

—No lo dudo, pero no sé qué puede decirte ese libro, que nos ayude a coger al que allí lo dejó.

—Las mentes de los criminales son inmensamente retorcidas.

—Y que lo digas.

—Lo que no entiendo es por qué revolvió la habitación de esta manera y no lo hizo en los anteriores asesinatos.

—Quizá por la desesperación de no encontrar ese cofre, o es que realmente estaba seguro de que lo tenía él. —Paola miró a Demetrio. Sería de los últimos en los que pensaría que pudiera tener tal obra de arte en su poder.

—No sé, no da el perfil, ¿no te parece? Un actor de la tele, metido en rollos de expolio de patrimonio, no tenía necesidad.

—A veces no todo es el dinero, esta gente está muy necesitada de acción, de alicientes.

—Lo dicho, la mente de algunas personas es muy retorcida. —Milo y Matilde llegaron en ese momento.

—Buenos días, chicas, por decir algo. —Se sorprendió al ver todo tan desordenado. —Parece que la tormenta ha estado dentro de la habitación esta vez. —Miró a Demetrio. —Por el resto parece que más de lo mismo. No estoy resultando de mucha ayuda. Si es igual que los otros no encontraremos huellas que nos ayuden a dar con el culpable. —Miró al armario y se acercó al hábito. —Parece que al menos ya tenemos nuestro atuendo franciscano. Matilde mételo en una bolsa, esta vez nos lo llevamos, lo analizaremos. —Su ayudanta asintió y sacó una gran bolsa de la mochila.

—Haz lo que puedas, Milo, cualquier cosa puede ayudarnos en estos momentos. —Salieron de la habitación. En el pasillo, Fátima Andrade estaba, otra vez, llorando desconsoladamente. Paola se acercó a ella y la acompañó a su habitación.

—Él no se lo merecía. No había hecho nada. —Se sentó junto a ella y le agarró cariñosamente la mano.

—Vamos por partes. Empecemos por ustedes dos. —Fátima la miró con los ojos vidriosos.

—Éramos algo así como amantes. Él tenía novia, así que bueno, ya me entiende, pero la iba a dejar para estar conmigo. —Paola pensó que ese cuento ya lo había escuchado antes. —Cuando coincidíamos en un rodaje, en San Marcos o en cualquier otro lugar, aprovechábamos para estar juntos. Sin más.

—Por eso cuando yo estaba dando mi discurso subían a las habitaciones. —La miró pidiendo disculpas con sus ojos.

—Nos dio, bueno, ya sabe, un apretón. Nos daba todo igual, cuando se enciende la pasión de esa manera, nada te importa. Así que sí, también escuchamos el grito y pensamos, ¡bendita coincidencia! y seguimos a lo nuestro.

—Y luego continuaron disimulando.

—Sí, claro, era algo que no podía saberse. Cuando ese monje entró en mi habitación, yo estaba en la de Demetrio, entré y lo vi todo revuelto pero no podía contarles eso. A mí me daba igual,

pero a él no, y tenía que respetarlo.

—¿Sabía que él había venido aquí a pujar por el cofre con los nueve anillos? —Fátima puso cara de obviedad.

—Sí, sabía que venía a una puja, pero no de qué, poco me importaban a mí esas chorradas, antiguallas. No sé cómo podía estar tan obsesionado por algo así.

—¿Lo estaba?

—A ver, sí, para mí eso es estar obsesionado, pensar en gastar toda esa cantidad de dinero en algo así. A mí no me cabe en la cabeza así que sí, estaba obsesionado. Le gustaba ese mundo, el arte, las leyendas, y mire dónde está ahora. Una leyenda muerta.

—Una pena. Muy obsesionado tenía que estar para dejarse matar por unos simples anillos. — Fátima la miró, intentando asociar qué es lo que quería decir aquella mujer.

—¿No eran los originales? ¿Me quiere decir que ha muerto por unas baratijas? —Paola puso cara de es lo que hay, y se levantó haciendo amago de salir. Ella la acompañó a la puerta, la miraba cómo Abel miró a Caín antes de que le asestara el último golpe.

—¿Entonces ha muerto por nada? —Paola se dio la vuelta, y ante la sorpresa disimulada de María que las esperaba fuera, le contestó.

—Eso parece, Fátima. Descanse, es lo mejor, mantendremos esto vigilado por lo que pueda pasar. —Ella asintió con la cabeza y entró. Paola se quedó un rato frente a aquella puerta. Se dio la vuelta y vio a María preguntándole con la mirada qué estaba haciendo. Le hizo una señal con la mano. Al llegar al rellano de las escaleras, empezó a hablar.

—No te muevas de aquí y no la pierdas de vista.

—¿Crees que ella...?

—Aquí el más tonto hace relojes, María. Y no imaginas cómo le cambió la cara cuando le dejé entrever que esos anillos eran falsos. Me temo que Demetrio no era tan tonto como parecía, y podía ser cierto que él tuviera ese cofre. Pero misteriosamente los puso a buen recaudo y sólo Fátima sabe dónde. Eso significa que en cuanto nuestro monje llegue a la misma conclusión que nosotros, vendrá a por ella y los anillos.

—Y estaremos esperándola.

—Sí, pero con la pistola cargada por favor, ya hemos visto que cuerpo a cuerpo es superior a todos. Y no dudo de tu pericia, pero no quiero que te arriesgues, jefa. ¿Vale?

—Vale, me quedaré aquí y no me moveré, lo prometo, a no ser que tú me lo pidas. —Paola se atusó el pelo y suspiró. Le sonrió en el último momento antes de bajar de nuevo hacia la zona de recepción. Pensó que sin María y Portela, aquello hubiese sido un suicidio. Miró el reloj, eran las seis y media de la mañana.

XXIX. SAN FRANCISCO

—¿Seguro qué es aquí? —Modesto se tapaba como podía del viento y la lluvia con su cazadora. Los paraguas eran totalmente inútiles. La inspectora, Ana Fernández, revisó la dirección que le habían dado: Emilia Pardo Bazán, número treinta y siete, preguntar por don Pedro. Llamó a la puerta de lo que parecía una especie de biblioteca o museo. Evidentemente, estaba en obras. No tardó en abrirles. Era un hombre de unos sesenta y largos años, el pelo canoso, la nariz aguileña y mirada suspicaz.

—Buenos días tengan ustedes, ¿son los de la policía?

—Ana sacó la placa y se la enseñó al padre, que se tuvo que acercar bastante para darse cuenta de lo que le estaba mirando. —Carraspeó y asintió.

—Pasen, esto no está muy decente, tendrán que perdonar, pero precisamente se está trasladando la biblioteca provincial a este lugar, es una obra faraónica, así que está todo movido de sitio. — Los acompañó a una pequeña estancia, y al hacerlo pasaron junto al maravilloso claustro gótico y a pesar de la noche, el frío, el viento y la lluvia, no pudieron dejar de observarlo maravillados. Don Pedro se paró con ellos.

—¿Nunca lo habían visto? —Negaron con la cabeza, aún con la boca abierta. Don Pedro sonrió halagado. —Es el claustro de San Francisco, una joya del gótico. Antes era un convento, en la ladera de ese monte, el Montealegre. En el siglo diecinueve se convirtió en cuartel de infantería y así estaría hasta hace unos treinta años en los que se hicieron una serie de reformas entre las que a alguien se le ocurrió la bonita idea de trasladar la fachada de la iglesia, piedra a piedra, al parque de San Lázaro, dejando este claustro totalmente huérfano. Deberían echarle otro vistazo al hacerse de día. No les dejaré indiferente. Vengan por aquí, estamos llegando. —Ana y Portela siguieron al padre hasta un pequeño salón, en el que había un despacho y varias sillas. Les ofreció asiento y un café recién hecho. El calor de una estufa de pellets hacía que se convirtiera en un entorno acogedor.

—Supongo, padre, que le habrán llegado noticias de lo que está pasando en Santo Estevo. —El padre meneó la cabeza de un lado a otro disgustado.

—Estamos al tanto desde poco después de las nueve, tras la muerte de don Afonso.

—Pues a don Afonso, tenemos que sumar tres personas más, desgraciadamente, y no parece que la cosa vaya a terminar así.

—¿Pero me han dicho que el destino ha querido que, Paola Gómez, esté dentro del monasterio, no?

—Es cierto, está allí, ahora acompañada por tres policías más, pero aún no han conseguido coger a los culpables. Verá, si lo hemos convocado es porque es usted la autoridad mayor de los

franciscanos en la provincia, y tenemos algunas evidencias de que podrían estar detrás de esto. — La cara de sorpresa de don Pedro era indisimulable, tanto, que se tuvo que levantar y se acercó a la estufa, buscando el calor perdido al escuchar semejante afirmación. Cuando se dio la vuelta, su semblante seguía pálido, intentando buscar una respuesta que no tenía.

—Franciscanos asesinos, es que no me cabe en la cabeza. —Volvió a dejarse caer como un peso muerto. —¿Y por qué han llegado a esa conclusión?

—El asesino es un monje, vestido con un hábito negro, con un cordón franciscano de cinco nudos. —Le enseñó la foto que le acababa de mandar Paola del armario de Gonzalo Lantes. Don Pedro se ponía cada vez más blanco.

—Pero vamos a ver, ese hábito lo pudo conseguir y simplemente tratarse de un disfraz...

—Don Pedro, el asesino ha dejado varios mensajes en los que en principio se hablaba de Martiño Dumienne, pasando por García Lorca y acabando por Ramón Llul y la quintaesencia. ¿Le parecen pocas evidencias? —Tardó en contestar, intentando analizar todos aquellos datos.

—No, está claro que es alguien que conoce la orden, o más bien diría los extremos de la orden. Ramón Llul era, bueno, un poco radical para el movimiento franciscano. Es más, muchas de sus obras las escribió antes de convertirse a nuestra orden.

—Sin embargo, cuando ya era franciscano y como sabrá, vino a la Ribeira Sacra, y escribió uno de sus tratados apócrifos.

—Eso son leyendas, inspectora, sólo leyendas. No le digo que no pueda ser cierto, pero no hay indicios que lo aseguren.

—Pero usted sabe que hay grupos de franciscanos radicales que defienden éstas idea, como Gallaecia. —Don Pedro los miró contrariado, más por la existencia de éstos que por la pregunta.

—Claro que lo sé, ojalá pudiéramos evitarlo, pero el ser humano es egoísta y despreciable, ¿qué creían que no habría monjes de esa calaña en nuestra orden? También los habrá en la policía. El mundo está lleno de malas personas. Mierdas varias. —Miró al cielo pidiendo perdón.

—Y también sabrá que esos grupos andaban detrás del cofre de los nueve anillos de los nueve obispos, como lo hizo en su día Ramon Llul.

—Me van a perdonar, pero eso sí que es una leyenda. Hace muchos siglos que desaparecieron, no creo que por arte de magia... —Las caras de Modesto y Ana le hicieron callarse poco a poco.

—Sí, Don Pedro, la reliquia estaba escondida y a buen recaudo en Santo Estevo, pero unos inocentes y lujuriosos trabajadores intentaron sacar tajada, y hacer una puja con el cofre. Puja que no pudo llegar a celebrarse, ante la aparición de nuestro querido monje asesino. —Don Pedro volvió a levantarse intentando analizar todo aquello. Las caras de alguno de los franciscanos indómitos pasaron por su cabeza en décimas de segundo. Cómo podían mancillar así el nombre de la orden, aquello sería un escándalo en cuanto se supiera, tenían suerte de que el temporal había hecho imposible la presencia de la prensa en la zona. Se apoyó en la mesa y los miró.

—¿Qué necesitan para cogerlos?

—Una lista de los integrantes del grupo Gallaecia, uno por uno.

—Está bien, se la daré, aunque ese grupo como tal no existe, es una micro organización, lo que quiero decirles, es que oficialmente no sé quiénes pertenecen a él.

—Otra cosa, el monje, la persona que los está matando es una mujer, así que suponemos que hay otra persona dentro del monasterio, que podría ser el que le encargase el trabajo, así que si no le importa revisar este listado por si algún nombre le resulta familiar, se lo agradecemos.

—¿Una mujer? ¿Una mujer con el hábito franciscano? —Meneó de nuevo la cabeza. Para un alto mando de la iglesia era más importante que fuera una mujer con un hábito, que no qué fuera un

asesino con un hábito. Lo de las cruzadas y eso no estaban tan lejos, pensó Ana. Repasó a conciencia la lista, pero no encontró nada que le llamase la atención. Era lo que esperaban. Aunque estuviera en ese listado sabía que la ley franciscana prevalecería sobre la mundana, así que antes de acusar intentarían hablar con sus miembros, o al menos esa era la tradición. Sea como fuere, don Pedro no parecía mentirles.

—Toda esta gente, al menos a mí, no me dice nada. Les haré un listado con todas esas personas si me dan un rato. Tendré que ir a mi despacho.

—Pues si no le importa le esperaremos aquí. —Don Pedro asintió y se levantó. De camino les señaló las jarras con el café y la leche.

—Sírvanse ustedes mismos, no tardaré, pero un cafecito calentito es lo mejor para noches así.

—Muchas gracias, padre. —En cuanto salió por la puerta, Modesto se levantó y sirvió los cafés.

—¿Dos de azúcar? —Ana sonrió.

—Que bien me conoces, Modesto.

—Qué remedio, nos pasamos horas y horas juntos, porque ya sé que no tengo nada que hacer sino...

—Sino que, si eres más tímido que don Pimpón. —Modesto rio y a punto estuvo de escupir todo el café.

—Te pasas conmigo un mundo.

—A ver, que en intuición sí que eres bueno, ¿qué piensas de nuestro padre?

—Pues la verdad, me pasé media conversación pensando cuantas capas llevará ese hombre por debajo del hábito, no es humano ir así por la vida, con un trapo agarrado por un cordón. —Rieron. —No, en serio, no creo que nos mienta, pero podría estar ocultando información. Son curas, no lo olvides.

—Pero mentir es pecado.

—Hacerse el tonto no lo es. Y yo creo que, básicamente, es lo que tenemos aquí. Dicho esto, también creo que nos quiere ayudar a pillarlos, pero a su manera.

—Sin que los franciscanos salgan salpicados.

—Algo así. Aunque me parece bastante difícil ya. —Cinco minutos después, don Pedro volvió con un folio reutilizable, lo dobló y se lo pasó a Ana.

—Se los he puesto en dos listas, en una los que estamos seguros de que pertenecen a Gallaecia o algún grupo similar y en la otra los que creemos que pueden ser afines, aunque sigan con nosotros en la congregación. —Modesto le interrumpió.

—¿Quiere decir que los de la primera lista ya no son estrictamente franciscanos? —Don Pedro lo miró.

—Yo no soy quién para juzgar. Sólo el altísimo puede hacerlo. Si ellos se sienten franciscanos yo nunca les quitaré ese título, pero al menos no son elementos activos de la congregación. Si lo fueran seguirían los tres preceptos: Pobreza, castidad y obediencia. Lo último no lo hacen al seguir ideas extremistas, la castidad lo dudo y la pobreza, bueno, eso daría para un debate mayor.

—¿Sabe si esta gente se reunía en algún lugar, si tenían alguna sede?

—No lo sé, inspectora y lo dudo. Algunos se reunían junto al cementerio, pero eran cosas informales, más allá de eso no sé decirle.

—En fin, muchas gracias por la ayuda y estamos en contacto. —Los acompañó a la fría y lluviosa noche orensana. Modesto volvió a agarrarse fuerte la cazadora, salir de aquel calorcito a este frío glacial mataba a cualquiera.

XXX. EMILIO

Escuchó llamar a la puerta. Pensó que quien quiera que fuese había tenido suerte, en ese momento no hacía viento, era la tensa calma antes de otro arrebato de aquel temporal maldito, de otro modo no hubiera sido imposible oírlo. Al otro lado de la puerta estaba una figura conocida, aunque era la primera vez que lo veía erguido. Era Emilio, el sacristán.

—¿Pero usted que hace aquí? —Emilio pasó y le indicó el camino de la iglesia. Paola lo siguió.

—Me han dado el alta, señora comisaria y he venido a contarle lo ocurrido, en vista de que ustedes no venían a buscarme.

—Pensé que estaba alguien con usted...

—Pues ya ve que no, me dejaron allí en urgencias y se fueron. —Le señaló la cabeza. —Al final no fue nada, sólo el golpe. Querían que me quedara a pasar allí la noche, pero no podía permitirlo, lo difícil era encontrar un taxi, así que me ha traído Carmiña, mi novia. Bueno, en realidad ella vive aquí abajo, en Luintra, así que tampoco ha tenido que hacer mucho viaje. —Emilio se enrollaba como una persiana, se dio cuenta de la ansiedad que estaba creando en la comisaria. — Bueno, perdóneme, miña nai siempre dice que doy más vueltas que una noria.

—Al grano, Emilio, al grano, cuénteme. —Emilio cogió aire y empezó a expulsar.

—Afonso desconfiaba de Edelmiro, por todo lo de la puja y eso, así que escondió el cofre en un lugar que sólo compartió conmigo y creo que con Casiano, aunque esto último no podría asegurárselo. El caso es que el guarda me cogió aquí solo en la sacristía, estaba muy nervioso, tartamudeaba, no lo reconocía, comisaria. Empezó a gritarme que tenía que decirle donde estaba el cofre, que estábamos en peligro, que era mejor que lo guardáramos nosotros, que Afonso estaba mayor, que ya no quería el dinero, que se iba a echar atrás. Yo no pensaba decirle nada, pero me amenazó, a mí y mi Carmiña y eso no lo podía permitir. Me dijo que tenía dos hombres preparados para actuar si no se lo contaba, no sé, me puse nervioso y canté. En ese momento, cuando me tenía allí en el suelo, vi como dos sombras escapaban sigilosamente por el pasillo lateral hacia las escaleras. Eran Demetrio Luna y una chica, lo sé, porque antes de que echaran a correr vi su cara asomada a la puerta de la iglesia. Tuvieron suerte de que Edelmiro estaba entretenido ocupándose de mí.

—Llegaron a escuchar su confesión.

—Juraría que sí.

—O sea que en ese momento en lugar de tres pasaron a ser seis las personas que sabían cuál era el escondite real del cofre. —Emilio asintió.

—Eso es, pero no pude decirles nada porque Edelmiro me golpeó y quedé sin sentido.

—Lo dejé cao, para que usted no pudiera decirle a Afonso y a Casiano que él lo sabía.

—Eso supongo, aunque no lo entiendo demasiado bien.

—Es usted muy joven, Emilio. El dinero pudre a las personas, y cuanto más haya de por medio, peor. Le agradezco mucho que haya venido a propósito para contarnos esto.

—Bueno, venía a ver a Afonso también. —En ese momento a Paola se le heló el corazón, no lo sabía, la noticia aún no había salido del monasterio.

—Emilio. —Lo cogió del brazo. —No lo sabes. —Él empezó a mirarla, y antes de que ella hablara, sus ojos ya estaban vidriosos. —El padre Afonso nos ha dejado.

—No puede ser, ¡pero si estaba perfectamente! —Paola lo agarró y le ayudó a sentarse en uno de los bancos, el primero junto al altar mayor.

—Y lo estaba o, en realidad no, estaba muy enfermo, pero ese no fue el motivo de su muerte. Alguien que buscaba lo mismo que Edelmiro lo asesinó. A él y a tres personas más esta noche.

—Pero eso es una locura, ¿y no saben quién ha sido? —Las lágrimas brotaban ya sin descanso por las mejillas del joven sacristán, no había consuelo posible. Paola negó con la cabeza. Se agachó. Le agarró la mano.

—Sé lo que es perder a alguien cercano, sé lo duro que es seguir viviendo, pero es lo que él querría de nosotros.

—Pero él era bueno, y agradecido, desprendido, no lo merecía.

—Eso ya no tiene remedio, Emilio, pero sí lo que hagamos a partir de ahora. Lo que me has contado puede ser una pista importante, al menos para saber quién tiene ese cofre. Si damos con él será el asesino el que venga a nosotros y entonces le tendremos. —Emilio asentía con la cabeza, ya no era capaz de hablar. —Escucha, Emilio, ¿Carmiña sigue ahí fuera esperándote?

—Sí, sí, está en el coche.

—Espera aquí, no te muevas. —Paola cogió las llaves y abrió la puerta exterior de la iglesia. Vio el coche de la chica a pocos metros del cementerio y se acercó a la ventanilla. Le explicó lo sucedido por el camino. Los dejó solos. Les pidió que se acercarán a la cafetería en cuanto se sintiesen con fuerzas. Ella tenía que ir a ver a una persona. Y en esta ocasión esperaba que, de una vez por todas, le dijera la verdad.

XXXI. MILAGROS, A FÁTIMA

María la vio venir tensa, seria y decidida hacia la puerta que la separaba de Fátima Andrade. Le hizo un gesto con la mirada y Paola contestó con un meneo asimétrico de cabeza. Llamó a la puerta. Nadie contestó. Volvió a llamar. Silencio. No quería encontrarse otra vez una escena como la de Isaura y los Camela así que bajó corriendo a buscar a Casiano y su llave maestra. Subieron. El director insertó la llave y Paola entró pistola en mano. La luz estaba encendida, eso significaba que la tarjeta estaba insertada en la ranura de la electricidad. En la habitación no había nadie. Despacio, giró hacia el baño. Nadie. Se agachó bajo la cama. Nadie. Abrió el armario. Se tensó. Un hábito de monje brillaba entre la ropa de gala de Fátima Andrade. Pero no había nadie allí. Estaba blanca. Se sentó en la cama. Le pidió a María que entrara. Casiano las esperaba fuera. La miró sorprendida, mientras su jefa daba vueltas a la pequeña habitación, sin encontrar ninguna explicación. Miró por la ventana. La abrió. Paola se acercó a ella. Podría haber salido por allí, pero era demasiado peligroso. El alféizar era de cuarenta centímetros como máximo y una pared de al menos medio metro la separaba del siguiente alféizar. Si había hecho eso, era una felina. Pero Paola pensó que, si Fátima Andrade era en realidad el monje, podría hacer eso y más. Mierda, gritó. Volvió a sentarse en la cama.

—¿Pero cómo cojones...?

—Tranquila, Paola, no saques conclusiones antes de tiempo. —La miró con los ojos muy abiertos.

—¿Conclusiones, María? ¡Se ha volatilizado! Sabía que estábamos detrás del cofre, que sospechábamos de ella... —Miró por la ventana y se dio cuenta de que tenía vista privilegiada hacia la iglesia y el aparcamiento. —Mierda, joder, seguro que me vio cuando fui a buscar a Carmiña o cuando Emilio entró y por eso escapó, sabía que él nos lo iba a contar.

—¿A contar el qué, qué me estoy perdiendo?

—Emilio, el sacristán, le dieron el alta en el hospital y se vino corriendo a contarnos lo que había pasado con Edelmiro. El tío le cascó, pero antes le hizo confesar donde estaba la arqueta. Afonso la había cambiado de sitio y el sacristán lo sabía. Cuando estaba confesándolo había dos chismosos husmeando en la puerta, los mismos que luego corrían por el pasillo como vimos en el video y que según ellos tenían un apretón.

—Demetrio y Fátima.

—Exacto. Así que ellos sabían dónde estaba el cofre. Se adelantaron a Casiano y a Edelmiro que, cada uno por su cuenta, intentaron ir a buscarlo cuando les fue posible, pero se encontraron con que alguien lo había hecho antes.

—En ese caso, Edelmiro pensaría que lo tenía Casiano.

—Y Casiano pensó que lo tenía Edelmiro.

—Dos tontos muy tontos.

—Sí, algo así, el caso es que ahí siguen, desconfiando uno del otro, pero juntos.

—Y tú crees que Fátima era el monje, pero si sabía dónde estaba el cofre, o peor, ya lo tenía en su poder, ¿para qué matar a esa gente? —Paola volvió a sentarse en la cama.

—Eso es lo que menos me encaja. Supongamos que no eran cómplices, y que Demetrio no sospechaba que Fátima era el monje, ella lo utilizaría hasta que no le hiciese falta, hasta que fuese sólo una pieza más de su plan. Además, hay un dato en el que caí antes, viniendo hacia aquí desde Parada do Sil, si realmente esa gente cree todo lo que predica, esas muertes para ellos están totalmente justificadas.

—¿Por qué? —María abrió mucho las manos en señal de no entender nada.

—Afonso había pecado en lujuria, por lo tanto, ya no era digno de Dios. Maruxa Amil era, aunque no lo pareciera, descendiente de una familia judía, el nombre se lo cambió a los dieciocho, antes era María de la Encarnación Amil Tabares. María Velandi era hija de una gallega y un marroquí y por último nuestro Demetrio Luna, era la antítesis de la castidad. —Miró a María que intentaba analizar aquellos datos. —Quiero decir que para esta gente todo eso está justificado si consiguen la arqueta, porque ese es el Grial, la quinta esencia, la que les conducirá a la última cruzada. —María se sentó junto a ella en la cama.

—Madre mía, pues sí que has pensado.

—Y repasado los expedientes de todos. Pero jamás hubiera creído que Fátima Andrade era nuestra mujer. Nuestro monje. Ahora ya habrá volado muy lejos, tanto ella como esos malditos anillos.

XXXII. EL DIARIO DE AFONSO

Bajó a la cafetería deseando encontrar a Costoya, y compartir con él todo lo que le barruntaba por la cabeza en aquel momento. Tenía ganas de que la tierra se la tragara y no volver a la superficie. Lo vio en el puesto de mando, con el libro de Ramón Llul en una mano. Él, la vio venir de lejos y le sonrió, pero al momento se dio cuenta del semblante de la comisaria.

—¿Qué ha pasado, Paola? —Le contó sus andanzas en la habitación de Fátima Andrade y su conversación con Emilio. El inspector se sentó preocupado, negando con la cabeza. —No puede ser ella.

—Inspector, ¿por qué está tan seguro? —La miró, sonriente.

—¿No recuerdas cuando bajó a la recepción y se puso chula? —Paola hizo memoria, le costaba recordarlo, aunque sólo habían pasado diez horas.

—Recuerdo como bajó las escaleras, luego nos dijo lo de que le habían revuelto la habitación. —Costoya, asintió.

—Llevaba una preciosa falda color morado y unos zapatos a juego.

—¿Y eso qué tiene que ver? Vaya memoria, Costoya.

—Me pagan para eso. Una falda que dejaba ver sus piernas, también por detrás. —Paola, en ese momento cayó en lo que quería decirle su siempre suspicaz inspector.

—¡El tatuaje!

—Eso es, mi querida comisaria, esa chica no tenía ningún tatuaje en la parte inferior de la pierna izquierda, y nuestro monje sí. —La comisaria empezó a dar vueltas alrededor de aquellas dos mesas que les servían de parapeto anti curiosos en la cafetería de Santo Estevo de Ribas do Sil.

—¿Y si ella no puede ser el monje, por qué coño se iba a escapar?

—¿Y quién dice que se haya escapado?

—Joder, Costoya, no estamos ciegas, nadie puede secuestrarte y sacarte por esa ventana.

—Tiene que haber alguna explicación. ¿Seguro que María no se movió de allí?

—Me ha dicho que ni para mear. —Costoya se puso serio.

—Tiene que haberla, la que sea, pero esa chica no es nuestro monje.

—¿Y si es el colaborador necesario, su cómplice? —Costoya seguía negando con la cabeza.

—Mi querida comisaria, la iglesia es una institución machista por naturaleza. Pensar que puedan ser dos mujeres las que dirijan una operación para una congregación como la Franciscana es como pensar que Franco se levantara de su tumba para cantar la Internacional. Agua y aceite. Puedo entender que contraten a alguien para llevar a cabo el plan y que sea una chica, pero detrás de esto, desgraciadamente, siempre estará la mano de un hombre. Todas esas tradiciones me gustan tan poco como a usted, pero debemos tenerlas en cuenta para investigar. —Paola volvió a tirarse

en la silla. Estaba derrotada, cada hipótesis que hacía se veía revocada por algún designio inescrutable. Sin embargo, pensó que en aquel caso, que Fátima no fuera el monje, y no haber encontrado su cadáver podía dar pie a creer que aún tendrían una oportunidad para cogerlos. Miró su reloj. Eran las siete y cuarto de la mañana. Vio a Emilio y Carmiña entrar en la cafetería y como el sacristán le hacía un gesto con la cabeza. Paola le pidió que se acercara. Cuando estuvo a su lado sacó un cuaderno de la parte interior de su cazadora y se lo pasó a la comisaria. Paola lo miró, parecía un diario. Lo escondió debajo del tratado apócrifo de Ramón Llul.

—¿Qué es esto, Emilio? —Se acercó un poco más para que nadie pudiera escucharlo.

—El padre Afonso escribía este diario. Lo sé, porque hace mucho tiempo me hizo partícipe de él. Me prometió que si algún día le pasaba algo se lo entregase a la persona indicada.

—¿Esa persona cree que soy yo? —Emilio afirmó, aún con lágrimas en los ojos.

—Si él estuviese aquí, así lo querría.

—¿Puede adelantarme lo que hay en este cuaderno? —El sacristán negó con la cabeza.

—No lo he leído, comisaria. Eso lo dejo para ustedes, pero estoy seguro de que ahí encontrarán cosas que necesitan y con eso también, él descansará en paz.

—Gracias, Emilio. ¿Preferís que hable con Casiano para que os quedéis a dormir aquí? —La cara de Carmiña cambió, el terror se dibujó en su rostro y él negó en rotundo.

—No, sería lo último que querría, antes prefiero enfrentarme a diez temporales que esperar aquí a que ese loco nos mate.

—Haré una excepción, Emilio. Nadie debería salir, pero en vuestro caso... —Le pasó las llaves del reino a Costoya. —Acompáñalos, yo me voy a leer un rato, pero necesito un poco más de tranquilidad.

—De acuerdo, jefa. Yo me quedaré vigilando la planta de abajo. —Salieron hacia la iglesia. Paola subió a la habitación. Le pidió a Portela que si en media hora no salía, le avisara. Si como pensaba cabía la posibilidad de que hubiese otro ataque a las nueve, no tenían ninguna pista que seguir. Entró en la habitación y puso los libros sobre la cama. Se miró en el espejo. Tenía un careto terrible. Estaba deseando que pasara aquel día. El teléfono empezó a sonar. Era Modesto.

—¿Jefa?

—Dime, Modesto.

—Estamos abajo. Nos costó, pero hemos llegado. —Paola miró la cama y los libros.

—Está bien, poneos al día con Costoya, yo bajo en un rato, llamarlo para que os abra.

—¿Te pasa algo, Paola? —Modesto la conocía demasiado bien.

—No es nada, simplemente estoy agotada. Vuestra ayuda nos vendrá muy bien.

—Te dejo descansar, nos vemos en un rato. —Paola sabía que no había tiempo que perder, pero también que en aquellos libros podía encontrar lo que estaba buscando. Se tiró en la cama y empezó por el libro de la Quintaesencia de Ramón Llul. En realidad, era una especie de tratado. O sea, un ladrillo en toda regla. Incidía en la necesidad de la búsqueda de la quinta esencia para conseguir su destino, que no era otro que la conquista, cristianización, de todos los pueblos de oriente y occidente. Un objetivo la mar de exigente, pensó para sí misma. Intentó leer aquello como lo harían los fanáticos de hoy en día. Le sorprendía hasta qué punto, en aquella época, lo político y religioso iban de la mano, tanto, que una conquista religiosa equiparaba una política y a la inversa. La amalgama de culturas en la sociedad actual hacía pensar que intentar implantar esto ahora sería una auténtica utopía, pero eso son los fanatismos, meras utopías, pero no sabemos por qué hay momentos de la historia en los que las personas, la sociedad, tiende a dejarse llevar por estos extremos y acaba siendo caldo de cultivo para toda esa carnaza. Fue aquello y venirse a la

mente el Mein Kampf de Adolf Hitler. Un terrible retortijón corrió por su cuerpo cómo la pólvora. Dejó el libro a su lado derecho. No tenía tiempo para analizarlo como le gustaría, pero la esencia estaba clara, la búsqueda de la quinta esencia y esa extraña fórmula. Dobló la almohada y se incorporó un poco, miró el reloj, no tenía demasiado tiempo. Al menos el diario de Afonso parecía mucho más agradable de leer. Pensó que un alma literaria estaba escondida bajo aquel hábito y le dio una enorme pena pensar que ya nunca podría sacarlo a la luz. La suerte, la providencia o lo que sea quiso que se fijara más en las últimas páginas...

«...son mis amigos, pero confiarle uno de los regalos más sagrados de nuestros antepasados sería, no sólo una equivocación sino un burdo sacrilegio. Me confieso en pecado ya que los he engañado, traicionado, he dejado que volara su imaginación, creyendo que en ese cofre estaban los anillos de los nueve obispos. Sé que allá arriba entenderán mis actos y sé que algo más grave que una mera puja se cierne sobre Santo Estevo. Es mi deber proteger este legado con mi vida y si el secreto he de llevarlo a la tumba, eso haré. Y allí quiero escritas, si mi fiel Emilio tiene por bien confiar en un alma caritativa, estas frases para el epitafio de mi tumba y cuyo autor, por el más grande que fue editado:

«¡Érguete, miña amiga, que xa cantan os galos do día!

¡Érguete, miña amada, porque o vento muxe, coma una vaca!»

Y si he de descansar que sea en mi San Francisco querido:

«El término de la vida aquí lo veis, el destino del alma según obréis»

Esta vez el escalofrío que le recorrió el cuerpo fue de emoción. Afonso había escondido aquella arqueta en el momento final, justo antes de la gala. Lo había escondido de todos, para evitar que la oscuridad se cerniera sobre todos ellos. Volvió a releer aquel epitafio y se prometió que cumpliría su último deseo, era lo menos que podía hacer. Cerró el libro. Miró el reloj. Aún disponía de unos minutos antes de la media hora. Se fue a la ducha. Inconscientemente, se llevó el diario de Afonso con ella. Al abrir el agua se dio cuenta de un dicho que su madre siempre le decía cuándo la bañaba de niña. «*Al agua todo podrás llevar, todo menos un buen libro, pues nunca los has de mojar*». Sonrió al recordarla. Buscó la temperatura idónea y cambió la llave a la ducha. Se desnudó despacio, disfrutando cada segundo de aquella soledad que tanto le costaba ganar. La marca en su costado, recuerdos de Rianxo, recuerdos del Guardián. No tardó en salir. No quería que Portela se asustara si llamaba a la puerta. Se cambió de ropa interior y abrió el armario. Se le paró el corazón, por unos segundos dejó de respirar, de sentir, de vivir. En el centro, colgado junto a su vestido de gala y a sus trajes de chaqueta y pantalón, había un hábito de monje con un cordón de cinco nudos.

XXXIII. UN TERCIO

Daba vueltas en aquellos apenas dieciocho metros cuadrados, intentando entender cómo y cuándo había entrado aquella loca en su habitación. La cara de Portela era de estupefacción.

—Jefa, te juro que no me moví de la puerta ni un solo segundo. Escuché el agua de la ducha, escuché cómo la cerrabas y luego, tu grito. —Le salió de lo más hondo de su alma al ver aquel hábito allí. No tenía sentido. Miró sobre la cama, el tratado de la Quintaesencia seguía allí, pero entre sus páginas pudo ver un extraño folio doblado. Fue a su bolso mientras le abría la puerta a Portela que entraba pistola en mano. Se puso los guantes y lo separó del libro. Estaba doblado en tres partes a lo largo y otras tres a lo ancho. Lo leyó en alto.

«Desde el lugar más reducido del mundo, cualquier hombre puede contemplar la inmensa grandeza del firmamento».

Mientras el silencio intentaba apoderarse de aquella habitación número ciento tres del Parador de Santo Estevo, una ráfaga de viento entró por la puerta. Eran Modesto y Ana. Se quedaron parados esperando una explicación. Ella los miró.

—Hola, chicos, no os digo buenos días porque no lo son. Mientras estaba en el baño esa loca ha entrado, suponemos que por la ventana, me ha dejado ropa para cambiarme —señaló el hábito de su armario abierto—, y me dejó una notita para utilizar de marcador en el libro que estaba leyendo. —Ana se acercó a la ventana y soltó un exabrupto.

—Pero es casi imposible moverse por estas ventanas. ¿Hablamos de un monje o de Spiderman?

—Más bien sería Spider-Woman, mi querida Ana. Es una mujer. Y muy rápida, fuerte y lista. — Modesto, intervino.

—Voy a llamar a Alba para que nos diga a quién corresponde esta frase. —Paola fue al baño a por el diario de Afonso.

—Pues de paso pregúntale por esta otra, tiene que ser de algún autor conocido. —Modesto leyó el párrafo entero y abrió mucho los ojos.

—Pero esto quiere decir...

—Sí mi querido amigo, mucho me temo que eso significa que todas estas muertes no sirven de nada, pero a ver como se lo explicas tú a la loca del hábito.

—¿Queréis decir que el cofre con los anillos no está aquí? —Ana echó un vistazo rápido a la página que asía Modesto en la mano.

—Eso parece. Afonso se lo llevó previniendo lo que iba a pasar. Incluso su muerte. —Ana acabó de leer.

—Joder. Que frialdad, si dejó hasta su epitafio.

—Sabía que moriría por su secreto. Supongo que después de tantos años se auto convenció de que era una especie de guardián del tesoro, y que su objetivo en esta vida era protegerlo. Tuvo un ataque de pena cuando Casiano y Edelmiro le explicaron la situación del parador, y por eso accedió a venderlo. Pero se arrepintió a tiempo. Sólo hay una cosa que no me encaja y tiene nombre de víbora. —Modesto y Ana no entendieron para nada el símil de Paola, pero ella ya tenía una misión en mente. —Hacedme un favor, llevadle el mensaje a Milo, por si hay suerte, el pobre no da más de sí.

—Ahora se lo bajo.

Paola subió al segundo piso dónde estaba María, vigilante. Después de contarle las últimas novedades la citó a las ocho en la cafetería. Tenía, no más de quince minutos para hablar con el organizador de todo aquel embrollo. Su habitación era la doscientos siete. Llamó y no tardó en abrirle.

—¡Comisaria! ¡Pase, qué sorpresa! —La cara de Pedro Vidal, el Colebras, era algo indeterminado, como buen organizador y negociante, sabía poner la que hacía falta para cada ocasión. La miró con aquellos enormes ojos azules, que supuso, intimidaban a casi todo el mundo, pero no a Paola Gómez.

—Sé que me mentiste, Pedro. Así que no te daré otra oportunidad para que me digas la verdad. La siguiente irás directo al calabozo, que en nada ya se podrá transitar, así que tú verás, no creo que sea muy bueno para tus negocios. Ahora dime quién, cómo y cuándo te informó lo de la puja por la arqueta con los nueve anillos. —Movié los ojos de lado a lado pensando en que debía decir. —Lo de Afonso no te va a colar.

—Yo era el que estaba detrás de la puja de María Velandi. —Abrió las manos en señal de incompreensión. —Mi empresa, más bien.

—Cuando dices tu empresa, quieres decir, no la que organiza eventos, sino la que hace expolios varios.

—No es exactamente así, comisaria, sino estaríamos en la cárcel...

—Son como los buitres, digamos que después de la guerra sois a los que contratan para la reconstrucción. Gente sin escrúpulos.

—Algo así. El caso, es que sabíamos que esa pieza tenía un valor muy superior al de salida, así que apenas María me lo dijo, me aseguré de que acabara en nuestro poder.

—¿Matando?

—¡No, nosotros no matamos a nadie! Pagando, quizá comprando voluntades...

—Extorsionando si hiciera falta...

—Lo que sea, pero no nos manchamos las manos.

—Para eso ya mandaste a María Velandi. Y ahora está muerta.

—Yo no podía aparecer allí como candidato, como podrás comprender, organizaba la velada...

—Y también te encargaste de invitar a la gente, de organizar las habitaciones, todo bien orquestado. Y ahora ponte en mi situación, ¿quién me dice a mí que no eres tú el que ha organizado todo esto para hacerse con esa arqueta sin pagar un duro? Porque para cómplice no tenías una sino dos. Hermanas y gemelas. Esther y Aroa Yáñez. —El Colebras volvió a dudar.

—Sí, yo las invité y las metí en la puja, es cierto. Eran la opción b. Pero nada más.

—O sea que jugabas con las cartas marcadas.

—Si ese es mi delito, sí, pero nada más. —Paola llamó a Modesto. Le dijo que subiera.

—Muy bien, Pedro, quedarás bajo vigilancia. No salgas de la habitación. Eres sospechoso del asesinato de tres personas.

—Pero... —Paola se paró antes de llegar a la puerta y se dio la vuelta.

—Dime una cosa, ¿cuál de las tres era con la que estabas retozando cuando vinimos a verte antes?

—¿Eso importa?

—Es posible. Depende de si está viva o muerta.

—Era María, sí. —Paola hizo un gesto de afirmación y abrió la puerta de la habitación, justo antes de que Modesto la golpeará con los nudillos. Éste se quedó con el puño en el aire con un gesto muy a lo José María Ruiz Mateos y su «qué te pego leche». Paola rio. —Que no se diga hombre, al menos me sacas siempre una sonrisa.

—Para eso estamos, jefa.

—Quédate con él. Por ahora es sospechoso. Si ves cualquier cosa rara me avisas.

Bajó a la cafetería. Le fastidiaba no disponer de Modesto, pero alguien se tenía que quedar arriba y prefería tener a su lado a Portela, era su sacacorchos particular. Cuando llegó abajo, Ana y María ya la estaban esperando. Carlos Turnes estaba de nuevo en la barra, con bastante mejor cara. Lo saludó. Él le respondió, pero sin ocultar su desdén por ella. Se sentaron en su parapeto personal. Portela llegó al cabo de un minuto. Costoya le acompañaba. Paola llamó a Milo para que viniera y contactó con Alba. Los vio al otro lado, esta vez sin el jefe Palau, que ya debía estar durmiendo la mona.

—Buenos días, chicos, cada vez sois menos al otro lado y cada vez más al mío. Espero que el jefe os dé libre en cuanto consigamos atrapar a esa loca y su gente.

—Buenos días, jefa. Si le parece empezamos por lo reciente, por los poemas. El que le dejó la asesina es un poema de Vicente Risco, poeta orensano:

«Desde el lugar más reducido del mundo, cualquier hombre puede contemplar la inmensa grandeza del firmamento».

—¿Alguna idea de su significado o qué coño nos quiere decir esta pirada? —Fue Rafa el que contestó.

—Puede dar lugar a muchas interpretaciones, pero si lo que intentamos es buscar un lugar dónde cometer su próximo crimen, yo tendría claro que al referirse a la inmensa grandeza del firmamento quiere decir que morirá a campo abierto. Pero lo del lugar más reducido del mundo...eso nos deja fuera de juego. —Paola se quedó pensando.

—El juegucito de sacarnos del monasterio ya le salió bien una vez, como buen jugador dudo mucho que lo vuelva a intentar, tendremos que preguntarle a Casiano. Quizás se trate de un lugar concreto dentro del propio monasterio, no sé si me seguís, un lugar pequeño, pero desde el que se vea el cielo abierto. Es una idea, si se os va ocurriendo alguna más me lo decís. Continuemos. —Alba siguió su discurso.

—En cuanto a las frases del diario secreto de Afonso tenemos por un lado la primera parte:

«¡Érguete, miña amiga, que xa cantan os galos do día!

¡Érguete, miña amada, porque o vento muxe, coma una vaca!»

Es otro de los seis poemas de Federico García Lorca y cuyos editores, curiosamente, fueron Nós y Eduardo Blanco Amor, otro orensano ilustre. —Marina, continuó.

—Es un poema dedicado a la memoria de Rosalía de Castro, de la que era un ferviente admirador.

—Una curiosa frase para poner en tu epitafio. No seré yo quien lo juzgue y será lo que se lleve, pero no me cuadra.

—En cuanto a la afirmación que deja más abajo:

«El término de la vida aquí lo veis, el destino del alma según obréis»

Es ni más ni menos que la inscripción que figura en la entrada del cementerio de San Francisco en Ourense. —Fue Ana la que intervino.

—El cementerio franciscano que está pegado al claustro.

—El mismo. Y hay algo más. ¿Sabe quiénes están enterrados allí? Se admiten apuestas. ¿Nada? —Hizo una pausa. —Eduardo Blanco Amor y Vicente Risco. —Paola empezó a moverse alrededor de las mesas.

—Y ese es el lugar donde Afonso quiere descansar en paz, bajo ese epitafio. Estoy segura de que detrás de todo esto hay algo más. —Los miró a todos. —Lo que sabemos seguro, o al menos lo que dejó escrito Afonso en su diario, es que el cofre con los nueve anillos de los nueve obispos está a salvo. El secreto se lo llevó a la tumba nuestro querido Afonso. Los engañó a todos. A Edelmiro, a Casiano, a Emilio, incluso. Todos desconfían de que lo tiene el otro, pero lo que quiera que tengan, si es que tienen algo, no son los verdaderos anillos. —Fue Costoya el que la interrumpió.

—¿Quieres decir que Afonso, en el último momento, le dio el cambiazo?

—Eso parece.

—Parecía tonto el cura.

—Todo esto si nos fiamos de su diario. Pero él mismo le encargó a Emilio que sólo lo entregara cuando muriera y a una persona de confianza así que, ¿qué queréis que os diga? Estoy harta de tanta mentira, de tanta gente contando medias verdades y me da que lo que escribió ese hombre era la verdad. Pero esto no debe salir de aquí. Es mejor que esa loca y sus compinches sigan pensando que ese cofre está en Santo Estevo, esa será la única manera de pillarles.

—¿Y del otro libro el de la Kinestesia o cómo coño se llame? —Fue María la que preguntó.

—Quintaesencia, jefa, es un ladrillo auténtico, realmente lo que se puede destacar son los aspectos generales de la doctrina de Llul, conseguir la quinta esencia, la formulita esa de marras de un tercio y poco más. —Portela puso cara extrañada.

—¿A qué se refiere con lo de un tercio?

—Que si la energía es menor a menos de un tercio es cuando se producía la energía oscura. Joder, es que esto ya parece una serie de ciencia ficción. —Pero Portela le daba vueltas a algo.

—Los mensajes que fue dejando, si os acordáis, estaban doblados de una extraña manera. —Paola puso cara de estar entendiéndole.

—Estaban doblados en tres y...

—En tres a lo ancho y tres a lo largo. O lo que es lo mismo un tercio por un tercio. —El silencio se hizo en la sala. Todo el mundo se puso a pensar si aquello tenía algún sentido.

—¿Crees qué eso tiene algo que ver?

—Lo que no tiene ningún sentido es que las doble así, comisaria, así que yo ya sospecho de todo.

—¿Y qué es lo que nos quiere decir?

—Eso es lo que tenemos averiguar. —Paola estaba frustrada.

—Estoy hasta las tetas de tanto mensajito y de tanto jugar con la policía, joder. Es que todos los locos se nos pegan. —Costoya le replicó.

—Con súper glue jefa, llevo años diciéndoselo. Era yo un chaval. —Todos rieron.

—En fin, dejamos eso abierto y a ver que se os va ocurriendo. En cuanto a la lista que se trajeron Ana y Modesto de la reunión con el mando franciscano ese, ¿tenemos algo?

—Por tener, jefa, tenemos muchos nombres, pero ninguno coincidente con nadie de los que hay

aquí, o al menos con los nombres del listado de asistentes a la gala.

—Pudieron asistir con nombre falso.

—Ese es el problema. Y no creo que fueran tan tontos. Gallaecia es un grupo bastante heterogéneo, por supuesto todos hombres, entre los que encontramos algunas caras conocidas de la sociedad orensana y gallega, claro que ellos lo negarán, pero si don Pedro nos ha dado sus nombres por algo será.

—¿Y quién es el jefe? Si es que lo hay.

—Lo hay sí, su nombre es Martiño, es el primero que aparece en el listado y al que todos nombran jefe supremo, pero no hay absolutamente nada que nos lleve a una dirección, a una empresa, a algo... del resto no podemos decir lo mismo. Su mano derecha se hace llamar Moncho y dirige una de las empresas más potentes de realidad virtual.

—Y en sus horas libres se dedican a dirigir a una brigada de locos.

—Este hombre ha publicado un libro, ahora os mando un enlace, no tiene desperdicio.

—¿Pudo ser el editor del apócrifo de Llul? —Alba dudó.

—Puede ser, pero también dos o tres más. El caso es que Moncho ha salido de viaje de negocios al extranjero y no volverá hasta el lunes.

—Ya, te entiendo.

—Y lo curioso es que de los diez primeros de la lista, al menos cinco les pasa lo mismo, curiosamente se les ha dado a todos por viajar.

—Si es que febrero es buena época, jefa, yo ya le dije que en vez de venirnos a los premios nos hubiera valido más la pena irnos al Caribe a torrarnos. —Costoya siempre ponía el grano de humor.

—No te digo que no, inspector. Vale, Alba, intenta hacerles seguimiento: aeropuertos, lo que se te ocurra, a ver si los localizamos. Chicos, vosotros seguid con esas frases, a ver si descubrimos dónde podrá ser el próximo ataque. —Se dio la vuelta y miró a Milo. —Estamos contigo, cuéntanos.

—Pues efectivamente, el hilo que me diste era exactamente el mismo tejido que el cordón del hábito, así que bingo. En cuanto al ADN tenemos sorpresa, no era uno sino dos distintos...

—Gonzalo Lantes y Pedro Vidal, los dos lo han confesado, este último hace unos minutos.

—Veo que os habéis adelantado. —Costoya, intervino.

—O sea que los dos pueden ser sospechosos. Los dos tenían relación con la víctima. ¿Pero tenían alguna motivación para matarla?

—María era la representante del Colebras, Pedro Vidal, en la puja quiero decir, si dice la verdad era absurdo que la quisiera matar. En cuanto al doctor, todo lo que le rodea es un misterio. Modesto es el encargado de vigilarlos, así que no se moverán de sus habitaciones. Prosiga, Milo.

—Del resto, nada, no hay huellas por ningún lado. Son como putos fantasmas. La muerte se produjo, al igual que las de Afonso y Maruxa, navajazo bajo el corazón y ahogamiento. —Portela, intervino.

—¿Sabemos qué tipo de arma utiliza? —Milo se quedó pensativo.

—Es un arma blanca, corta, y con un corte tipo punzón, la herida se realiza de punta y no causa una importante hemorragia externa, pero sí interna, debe tener un filo largo.

—¿Algo así? —Portela le enseñaba una foto en la que se veía una especie de cuchillo medieval.

—Puede ser, sí.

—Es una almarada, más conocida como «la chupasangres», es una aguja, su origen puede provenir de las antiguas agujas que se utilizaban para coser el calzado. —Costoya intervino,

sorprendido.

—Joder, Portela, me había olvidado de tu máster en armas. Me dejás anonadado. —Él reaccionó intentando darle una colleja, de la que el inspector jefe escapó por milímetros.

—Ahora en serio, esa arma es una reliquia, sólo se conservan en museos. —En ese momento, Ana, recordó el desastre por el que habían pululado con el padre Pedro, en el claustro de San Francisco. En el suelo, sobre las mesas, en las estanterías se acumulaban armas y objetos de museo.

—Creo que puedo tener una idea de dónde pudo sacarlos. —Paola la miró, interesante. —La sede franciscana, que está en proceso de obras, parece ser que quieren trasladar allí la biblioteca provincial. Tiene una zona destinada a museo y en ella, cuando los visitamos, había armas de todos los calibres. —Costoya, afirmó con la cabeza.

—No sería extraño que la cogiese de allí, incluso sin que don Pedro se diera cuenta, nosotros podríamos haber cogido algo si hubiésemos querido.

—Eso significaría que esa persona tendría acceso al convento, al círculo cercano de los franciscanos. —Alba, intervino.

—En esa lista que nos pasó don Pedro hay personas cercanas a él. Creo que no se casa con nadie.

—Bueno, seguir investigando por ahí, que se nos termina el tiempo. Tenemos a una mujer desaparecida, Fátima Andrade, que consideramos sospechosa.

A ella se suman, Gonzalo Lantes y Pedro Vidal el Colebras, en vigilancia. Si nadie se va de la lengua sabemos que seguirán buscando esa reliquia hasta la muerte. Aunque sea falsa, tenemos que averiguar quién coño la tiene. Cada uno a lo suyo y, sobre todo, discreción.

XXXIV. EL GRAN SECRETO

Paola cogió a Casiano en la recepción, y consultó con él aquella frase de Vicente Risco. El director del parador llegó a la misma conclusión que Rafa, algo así sólo podía estar fuera del recinto o en el campanario. No se le ocurría otro lugar. Estaba fatigada. Subió a la habitación con el diario de Afonso en la mano. Tenía que esconderlo en algún lugar donde aquella loca no pudiera encontrarlo. Recordó otra vez a su madre y aquella frase sobre los libros y la bañera. Lo colocó en la estantería, entre las toallas limpias, listas para utilizar. En aquel momento se quitó un peso de encima. Volvió a la habitación. Puso los brazos en jarra, mientras con la vista recorría todos y cada uno de los recovecos de aquella estancia. Volvió a la ventana. Seguía lloviendo, pero ya estaba amaneciendo. Las primeras y escasas luces de la Ribeira Sacra le daban los buenos días. La abrió, hacía un frío del carajo. Sacó la cabeza, se estiró. Era posible, pero suicida. La cerró rápido, empezó a tiritar. Se sentó en la cama. Notó una pequeña corriente de aire. Sería la reminiscencia, pensó. Volvió la vista hacia aquel armario. Se levantó. Lo abrió de par en par, allí seguía aquel hábito. Lo cogió de su percha. Entonces volvió a notarla. Aquella mínima corriente de aire. Intentó cazarla con las manos. Recorrió el armazón trasero del armario y lo vio. Había una pequeña abertura. La presionó. Entonces, como un resorte, lo que ella creía era tan sólo la artificial división de la madera se convirtió en una puerta. Una corriente de aire esta vez mucho mayor la asaltó y le hizo cerrar los ojos. Volvió a abrirlos, y allí estaba, detrás de ella sólo veía oscuridad. Dio un paso atrás, pensó en volver con los compañeros, en avisarles, pero ya era tarde. Con su mano izquierda abrió del todo aquella fina placa de madera y se introdujo en el armario. Avanzó y se situó más allá. Palpó su bolsillo interior. Allí era donde solía tener su frontal. Mierda, se dijo. Tenía que haberlo perdido en el camino de vuelta de su persecución a aquel monje maldito. El camino bajaba, el olor a humedad, cerrado y piedra empezó a colársele por la nariz. El corazón le latía a cien por hora. Empezó a entenderlo. Aquella loca había utilizado ese pasadizo para entrar y salir de su habitación mientras estaba en el baño sin que nadie la escuchara. Seguía bajando, era un camino estrecho, menos mal que no tenía claustrofobia, al descender se hacía más bajo y más se tenía que agachar, iba ya en cuclillas. Empezó a ver algo de luz natural al otro lado y al verla, una sensación de tranquilidad volvió a ella. Tocó la culata de la pistola que llevaba al cinto. No había puerta al otro lado, sólo una especie de luz tenue. Llegó al borde. Estiró los pies para dejarlos caer. Miró hacia abajo, era un salto mínimo de medio metro. En cuanto se pudo erguir, miró al techo y no pudo sino maravillarse. Estaba en una cueva enorme de forma abovedada y en cuya cúpula podía verse una recreación del cielo estrellado con sus planetas, sus estrellas, con todo el colorido de un cuento de hadas. Una extraña felicidad le recorrió el interior. Era precioso. No era una simple imagen, sino que estaba en constante transformación, vio el

intermitente brillo de alguna estrella, los vapores de los planetas, el movimiento, la luz, el polvo, la quinta esencia, pensó. Entonces se dio cuenta, aquel era el lugar que describía el mensaje de Vicente Risco: «Desde el lugar más reducido del mundo, cualquier hombre puede contemplar la inmensa grandeza del firmamento».

Volvió la vista hacia el lugar desde el que había entrado y se dio cuenta de que a la izquierda había dos puertas más. Supuso que se trataba de otros pasadizos que comunicaban con otras tantas habitaciones. En la parte superior de las mismas vio una inscripción que le resultó familiar. Uno entre tres escrito en números romanos. Entonces su cabeza comenzó a unir los puntos. Su habitación era la ciento tres. 103, o lo que es lo mismo: un tercio. Miró al resto de puertas y supuso que tenían que dar acceso a otras habitaciones con la misma numeración. Portela tenía razón, aquella fórmula era la clave de todo. La clave de la quinta esencia. Con una rapidez mental sorprendente recordó el plano de las habitaciones. 116 o lo que es lo mismo dos sextos, un tercio. 129, tres novenos, dos sextos, un tercio. 206, dos sextos, un tercio. 219, tres novenos, dos sextos, un tercio. Volvió a mirar, sólo había tres puertas y no cinco, que eran, si no le fallaban las cuentas, las habitaciones que tenían aquel múltiplo.

De repente, tras ella, una gran pantalla gigante en la que hasta aquel momento no había reparado, empezó a funcionar, provocándole un susto de muerte. Miró hacia atrás pero no vislumbró a nadie. Devolvió la vista y todos sus esfuerzos hacia aquella enorme pantalla. En pocos segundos empezaron a pasar algunos personajes que, aunque desconocidos hasta hacía algo menos de doce horas, eran ya parte de su subconsciente. Martiño Dumiense, Ramón Llul, una animación con los nueve obispos, sus nombres y aquella arqueta, la catedral de Ourense, su claustro gótico, los monjes franciscanos y la fórmula $p=wPc$ elevado al cuadrado. Paola recordó que p era la presión y P era la densidad. Si el valor de w era menor de un tercio negativo la quintaesencia actuaría como un campo repulsivo, haciendo el mismo efecto que la energía oscura. Seguía pensando que aquello era un rollo de fórmula. En la pantalla siguieron acontecimientos históricos, los cruzados, la pérdida de Jerusalén, las tierras de Al Ándalus, los reyes católicos, una amalgama de imágenes modernas intentaban crear un paralelismo de la situación actual con aquellas de las cruzadas. Paola pensó que si querían convencerla a ella tendrían que currárselo un poco más. Fue entonces cuando una voz conocida la sacó de su sueño particular.

—Paola. —Al otro lado de una especie de cetro central, vestido con un hábito franciscano y su consiguiente cordón estaba Gonzalo Lantes, más conocido como Martiño. —Lo miró, sonriendo.

—Tenías que ser tú. —Paola afirmó con la cabeza, mordiéndose el labio. —Debí encerrarte.

—Encerrado estaba. —Señaló a una de las puertas que dirigían a las habitaciones. —Pero me escapé. —Paola lo miró con una mezcla de rabia y de pena.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué necesidad tienes? —Gonzalo se acercó al cetro, ella lo hizo, instintivamente, mientras comprobaba que no hubiese nadie más en aquella sala. Estaban solos. Lantes le leyó la mente.

—No hay nadie más. Solos tú y yo. Podrías matarme aquí mismo.

—No es mi estilo, y deberías saberlo.

—Lo sé: Paola Gómez, todo un símbolo de la justicia y de la democracia. La que atrapó al Guardián, y no una, sino dos veces. La que atrapó a Élite, al asesino del camino Norte. Tu currículo te avala, pero no siempre se gana.

—¿Crees que serás tú el que me venza? —Movi6 la cabeza de un lado al otro de manera instintiva.

—No, yo no, yo sólo soy una pieza, comisaria. Serán ellos los que te venzan a ti y a todos los

que se opongan a lo que tiene que ocurrir.

—Gonzalo, Martiño, como quiera que te llames, ¿puedes explicarme qué es exactamente lo que va a ocurrir para ti? —Martiño Salgueiro comenzó a dar vueltas alrededor de aquel cetro y empezó a hablar.

—Hemos llegado a un punto de no retorno, comisaria. A un momento histórico que sólo puede solucionarse cambiando el estatus quo existente. Nuestros políticos no sólo son mediocres, sino que son más productos que personas. Las bases de nuestra sociedad se desmoronan y gran parte de todo esto empezó hace muchos años, cuando se permitió el libre comercio y tránsito de personas. Desde que lo permitimos todo.

—Le aviso que estoy un poco cansada de fascistas de mierda. —Martiño sonrió, decir aquello era la versión simple del ideal que perseguía.

—No queremos acabar con ellos, Paola, sino que se unan a nosotros, pero no que se unan invadiéndonos ni colonizándonos ni trayendo su mierda, sino que lo hagan formando parte de nuestra cultura, de nuestras costumbres. Le pondré un ejemplo. Imagínesse que usted acaba en una isla desierta y ésta está dominada por un grupo con unas ideas distintas, con otras costumbres, con otros valores a los suyos. ¿Se adaptaría usted a ellos o provocaría que todos ellos se adaptaran a usted? —Paola aprovechó el mínimo margen para contestar.

—Intentaría hacerles ver en lo que se equivocan, cambiar lo que está mal y mantener lo bueno.

—Eso es una utopía. Y lo sabe.

—No te das cuenta Gonzalo, Martiño, o cómo mierda te llames, que todo eso que proponéis es una locura, que se basa en un libro apócrifo y traducido o adaptado para unos pirados en la actualidad. —El Franciscano conservaba siempre la calma.

—Dime una cosa, Paola, ¿alguna vez has visto un milagro? —Quiso decirle que no, pero en ese momento volvió a aparecer ante ella la estrella de once puntas de San Miguel de Bremao y no fue capaz. —Ya veo que sí, que algo has experimentado. Me alegro, porque entonces entenderás de lo que es capaz ese cofre con los nueve anillos.

—Es una leyenda, y lo sabes.

—¿Eso me lo dices tú? —Rio. —No me lo creo. Durante siglos se documentaron todo tipo de curas, de hechos increíbles basados única y exclusivamente en esa reliquia.

—Los milagros residen en la mente de las personas, Gonzalo, no son reales. —Empezaba a desesperarse.

—Sin la fe, sin creer en el más allá, en el don especial de las cosas, sin creer en los milagros la vida pasa a ser una pura mierda. —Se acercó mucho a ella. —Y tú que lo viviste de cerca, sabes de lo que te hablo.

—¿Y qué pensabais hacer con la arqueta?

—Eso, mi querida comisaria, lo sabrás a su debido tiempo, pero tal y como predicó nuestro mentor, el destino la convertirá en el arma más mortífera contra los infieles.

—¿Y qué vais a hacer? Vas a coger a tus monjes, salir ahí a fuera y empezar a repartir hostias, así hasta llegar a oriente próximo. ¿No ves que estáis piraos? Y mucho, además. Al menos los fascistas de verdad sacan los tanques a la calle, amenazan con bombas nucleares, con gas sarín, algo, pero no con rollos flipaos de porretas...

La sonrisa que había empezado a brotar del rostro de Gonzalo no le gustaba una mierda. Aquellos hijos de puta tenían un plan monstruoso en algún lugar del mundo y ella no tenía ni maldita idea de que se trataba. Estaba muy lejos de saberlo. Intentó ganar tiempo, darle lo que más le gustaba a personajes como aquel, protagonismo.

—¿Y cómo ideasteis lo de los pasadizos? —Sonrió, halagado.

—Cuando en mil novecientos noventa y siete se hizo la reforma, se mantuvieron las celdas de los antiguos monjes y se convirtieron en habitaciones. El director de la obra era Moncho Molinos.

—Su mano derecha.

—Veo que ha hecho los deberes, comisaria. Sí, ambos prosperamos juntos, aunque cada uno en su rama, pero nos conocíamos desde niños. De pequeños ya jugábamos junto al río, bajábamos esos caminos imposibles, subíamos a las cimas, como ya le dije y no le mentí, mi madre era de aquí y yo también, y siempre lo seré, así que sabíamos de la existencia de todas esas leyendas antes que nadie. La del cofre, la de los pasadizos, la de este lugar. Pero fue por casualidad como llegamos a dar con esta cueva. Como las grandes cosas de la vida, que llegan a ti cuando menos te las esperas.

Era otro terrible día de tormenta, estábamos en la parte alta, bajamos al ver como se acercaba, amenazante, hacia nosotros. Un rayo cayó a escasos cientos de metros y plantó fuego. Intentamos apagarlo, éramos sólo unos chavales. Al cabo de unos segundos empezó a caer una tromba de agua impresionante, nos resguardamos en los salientes de unas rocas. No tardamos en darnos cuenta de que aquel pequeño saliente era una especie de entrada. Ese día no pudimos proseguir al no tener linterna ni nada que nos alumbrara. No se puede imaginar todo lo que construyeron nuestras mentes durante aquellas horas posteriores antes de volver. Y volvimos. El primer día fue el más difícil, el camino estaba totalmente abandonado, por lo que había que ir desbrozando con las manos, con las piernas, hasta que llegamos ahí. —Señaló una rampa en el lado contrario del que había llegado ella. —Y ahí cambió nuestra vida para siempre.

Con nuestras linternas fuimos alumbrando cada metro, cada centímetro de este lugar y encontramos los pasadizos. Por aquel entonces, casi no había monjes en Santo Estevo, estaba todo bastante abandonado. Imagínese lo que era para dos chiquillos haber descubierto esta cueva y unos pasadizos que la comunicaban con los dos pisos del monasterio.

—¿Con los dos?

—Sí, quizá no se haya dado cuenta, pero en el pasadizo por el que usted bajó existe una bifurcación que es la que viene del segundo piso, al igual que del tercero.

—Pues la verdad es que no lo vi.

—El caso, mi querida comisaria, es que la cosa no quedó ahí. Precisamente cuando nos atrevimos a seguir el pasadizo por el que usted bajó, encontramos algo.

—¿Los anillos? —Negó con la cabeza.

—Ojalá, comisaria, y así todo esto no hubiera ocurrido. Pero encontramos algo muy valioso también. —De uno de los bolsillos de la túnica sacó un libro. Paola lo miró, era antiquísimo.

—¿Puedo?

—Por supuesto, adelante. —Paola cogió los guantes que le tendió Gonzalo, y se quedó maravillada mientras veía aquellas letras tan típicas del medievo, los colores, el papel, y sobre todo su maravillosa conservación. Lantes le leyó la mente. —Decidimos que nunca saldría de aquí, ya que aquí llevaba siglos. —Le señaló la última hoja dónde se podía leer el nombre del autor, Raymundus Lullus, seguido de la obra: Éter y el año de nuestro señor de MCCLXIX.

—Mil doscientos sesenta y nueve, el año en el que Ramón Llull se convierte en franciscano, y esta es la obra apócrifa que nunca se demostró que existiera.

—En realidad se cree que escribió unas cuarenta y cuatro, pero ninguna está documentada. La única de la que sabemos su existencia es de esta, y de ella nació Gallaecia. —Paola volvió a mirar aquel techo abovedado, las estrellas, los planetas.

—Es maravilloso, ¿verdad? Nos llevó años terminarlo. —Suspiró.

—¿Por qué ese nombre?

—¿Gallaecia? Bueno, como sabrá era el nombre de Galicia y alrededores en la época romana, pero ese nombre ya procedía de los suevos y del gran creador de este recinto, que fue Martiño Dumense. Muchas cosas de los romanos no eran sino la adaptación de otras más antiguas, lo que pasa es que ellos lo contaban muy bien. —Ante la mirada inquisitiva de Paola, señaló el libro de Llul y continuó. —Las enseñanzas del maestro eran claras: Partir de lo sencillo para llegar a lo abstracto, partir de la nada para llegar al todo, de lo cercano para llegar al más allá, a la quinta esencia. Tendemos mucho en este mundo globalizado a olvidarnos de lo nuestro, de lo que tenemos al lado y darle mucho más valor a lo foráneo, a lo que nos viene impuesto por marcas o por modas. Sin darle valor a lo propio, jamás deberíamos dárselo a lo foráneo...

—Volvemos al extremismo.

—No, mi querida comisaria. Es amor por lo tuyo, no se ría, amor. Y sin esa raíz que nos une a la tierra no somos nada. ¿Recuerda? Como aquella canción de ese grupo de Ferrolterra: *«Aquí nací y aquí quiero quedarme, aquí está mi hogar, dónde se acaba el mar»*.

—Los limones. Cómo no recordarlo. ¿Y ese arraigo o enraizamiento qué tiene que ver con odiar otras culturas u otras religiones? —Martiño hizo un gesto con los brazos.

—No odiamos a nadie, sólo queremos que se unan a nosotros.

—¿Mediante qué métodos, Lantes? Tú, que vives con la muerte en los talones, qué ves a familias sufrir, ¿cómo puedes intentar blanquear actos violentos? —Puso una mueca de disgusto que no pasó inadvertida a Paola.

—Yo no soy más que una pieza de esta congregación. No me gusta la violencia, pero a veces es inherente al ser humano. Hay muertes necesarias. Incluso masacres necesarias. —Paola se llevó las manos a la cabeza, no era capaz de creer lo que estaba escuchando. Lo miró con tristeza pensando en cómo alguien con éxito, con dinero, podía haberse convertido en un monstruo. Aquel libro, aquellas enseñanzas, aquella fórmula. ¿En qué momento la incógnita de Lantes y los suyos se había vuelto menor a menos un tercio? ¿En qué momento se habían convertido en materia oscura? Preguntas sin respuesta. Una lágrima de pena le corrió por el ojo izquierdo, a duras penas consiguió disimularlo.

XXXV. EL RELOJ DEL SOL

Fátima Andrade, estaba colgada como el dibujo de *El Reloj del Sol* de Leonardo da Vinci, pero al revés. En su caso la cabeza estaba a escasos centímetros del suelo, mirando hacia ellos, mientras sus brazos, estirados y formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, estaban amarrados con unas cuerdas a la base de dos castaños. Por su parte, las piernas, en igual inclinación e igual cordaje se mantenían en una posición de tensión absoluta, amarradas en idéntica forma. Ni siquiera la muerte, había conseguido liberar la energía presente en aquel bello cuerpo.

Costoya la contemplaba con dolor, tanto como le producía no saber desde hacía algo más de media hora dónde estaba su comisaria, su Paola, su segunda hija. Bajó la cabeza y se agachó, tanto como su maltrecha pierna se lo permitía y volvió a mirar a Fátima desde aquella posición. Meneó otra vez la cabeza de lado a lado y exclamó un exabrupto, algo que no le pasó desapercibido a Modesto que, desde su puesto de vigilancia en el segundo piso, había sido el primero en intuir que aquello que las primeras luces del día dejaban entrever, no era otra cosa que un cadáver colgado. Había pasado media hora larga desde que habían entrado en la habitación de Paola y se habían dado cuenta de que ella ya no estaba allí.

Aquellos momentos, mientras corría escaleras abajo y gritaba intentando llamar la atención de sus compañeros, que seguían buscándola por todos los rincones del monasterio, fueron los peores. Quería creer que aquel cuerpo no era el de la persona que más admiraba y, como muchos sospechaban, quería en el mundo: El de Paola Gómez.

Fue el primero en llegar a la escena del crimen y no sin amargura, pero con un punto de alegría que le pareció asqueroso y humano a la vez, descubrió el cadáver de Fátima Andrade colgado piernas hacia arriba, en una imagen que le recordaba mucho a algo que estaba seguro había visto antes.

Pero ver a Costoya emocionado, doblado por la imagen de aquella belleza sin vida, le hizo volver atrás y pensar lo que hubiera sentido si desde el primer momento no hubiera creído que su amada podía ser la que se encontraba colgada de aquellos árboles. Era terrible. Costoya se levantó y se echó unos pasos para atrás, con las manos en la cintura. Miró al cielo y maldijo de nuevo. Parecía que aquel temporal interminable había terminado por fin. Se puso la mano en la cara. Modesto pensó que estaba llorando, lo dejó tranquilo. Pero nunca lo había visto así. Ni siquiera al salir de aquella iglesia de San Miguel de Breamo. Miró a su compañero de fatigas particular, Portela, que mucho más frío que ellos, analizaba las cuerdas y las marcas en el cuerpo de aquella pobre chica. Él, sólo tenía ganas de echarle unas mantas encima, para que nadie pudiera verla, pero sabía que para eso aún pasarían horas. Se acercó a él y a Ana, despacio.

—¿Habéis encontrado algo? —Ana le enseñó otro papel doblado que introdujo en una bolsita de plástico.

—Aparte de nuestro mensajito particular, nada. Esa tía sabe muy bien lo que hace, nunca deja marcas. Y cuando lo hace, —señaló el cuello de la joven—lo hace con protección. —Milo y Matilde ayudaban a la inspección ocular.

—La muerte, aunque tendremos que hacerle la autopsia, parece que ha sido exactamente igual a los cuatro anteriores. —Costoya seguía mirando hacia otro lado, fumando. Se acercó a él. —Inspector, estamos empezando a tener un problema de salubridad. No tengo espacio para más cadáveres y aunque el bueno de Casiano me ha prestado sus congeladores, la cosa se nos va de las manos. Costoya asintió y cogió el teléfono.

—Yo lo arreglo. Por lo menos parece que el temporal nos va a dar una tregua. —Llamó a Alba para que mandase a la gente del anatómico forense de Ourense. Tenía novedades. Le puso al día. —En cinco minutos hablamos. Paola ha desaparecido. —El silencio se hizo al otro lado de la línea. Habían preferido no decirles nada hasta estar completamente seguros.

—Joder, Costoya, joder. —El Inspector jefe cortó la comunicación, en aquel momento y con el permiso de María, que era la jefa, él estaba al mando de aquella locura, y a su vez, de la búsqueda de su compañera, superior, amiga y casi familia. La última en acercarse fue precisamente María Vietto.

—Si no estás en condiciones, yo me ocupo, sabes que no hay problema. —Costoya aplastó el pitillo contra la tierra y negó con la cabeza.

—La encontraremos, jefa. No lo dudes, no es la primera vez. —Por un momento a María se le vinieron a la cabeza las imágenes de Luarca, y el corazón le asaltó con aquel pesar de las malas ocasiones. Pasado, pisado.

XXXVI. ¿DÓNDE ESTÁS PAOLA?

Diez minutos después, eran las nueve y cuarto de la mañana en la cafetería del monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil, estaban todos reunidos ante aquel parapeto improvisado, y al otro lado sus compañeros Alba, Rafa y Marina. Costoya tomó la palabra.

—Alba, querida, cuéntame que es eso que tienes, corazón.

—La mano derecha y número dos de Gallaecia, o lo que es lo mismo, Moncho Molinos, cogió el último avión que salía ayer hacia Madrid. Esta mañana ha cogido otro hacia Estambul y de allí volará, o ya debe estar haciéndolo, hacia el aeropuerto, Príncipe Mohammad Ben Abdulaziz.

—Perdona nuestra incultura, pero eso viene estando en...

—En el oeste de Medina en Arabia Saudí. —El silencio se hizo dueño de aquella comunicación a dos bandas. —Fue María la que lo rompió.

—A ver, que yo me entere, tenemos al número dos de estos locos, que suponemos que están detrás de esta masacre y del cofre con los nueve anillos, perdido por Arabia, extrañamente, en el momento en el que llevan a cabo su operación más importante, ¿qué coño se le ha perdido a ese tío tan lejos? —Alba, siguió.

—No es sólo eso, jefa, es que hace más de una semana un tráiler de su empresa, que básicamente se dedica a la realidad virtual, pero también a la robótica y a la domótica, partió de Ourense con dirección a Medina. —Costoya las interrumpió.

—A ver, ahora soy yo el que no se está enterando de nada. ¿Qué hostias hay en Medina? —María lo miró mientras Alba contestaba.

—En Medina está la casa de Mahoma, o más bien deberíamos decir estaba, se trata de una mezquita, la segunda más importante del islam después de la Meca y lo es porque la casa de Mahoma se encontraba allí. Lo que sí se conserva es su tumba.

—¿Estáis intentando decirme que sospecháis que ese loco Molinos, o lo que sea, va a intentar atentar contra la tumba de Mahoma, el profeta? —Alba lo miró, volvió a mirar a sus apuntes, a Rafa y a Marina y contestó.

—Eh, sí, eso creemos. —Costoya se puso una mano en la cara y miró a María.

—Si eso es cierto, está mucho más allá de lo que nosotros podamos y debamos intervenir.

—Tendríamos que llamar a Palau. —Alba contestó.

—Se fue a dormir la mona hace un rato, que tenga usted suerte, jefa.

—No podemos arriesgarnos, si él no me contesta llamaré a Urizar, merece la pena cagarla y que no sea nada y no quedarnos de brazos cruzados. Me parece demasiada coincidencia que estos locos intenten conseguir lo que para ellos es un arma sagrada, y a la vez, manden un tráiler a

Medina y lo que es todavía peor, que el número dos de la organización se presente allí. —Esta vez fue Marina la que tomó la iniciativa.

—No sólo es eso María, otros cuatro supuestos integrantes de Gallaecia salieron hacia Madrid en el mismo vuelo, pero allí se volatilizaron. Es, cuando menos, extraño. —María se quedó pensando en todo aquello, desde luego se les iba mucho de las manos.

—Intentar dar con esas cuatro personas, trenes, coches de alquiler, están tan seguros de que nadie los conoce que no cambiarán sus identidades para viajar. —Costoya dijo lo que todos estaban pensando.

—¿Crees qué pueden estar planeando un atentado múltiple? —María no dejaba de comerse la tapa del boli.

—Es posible, pero si es así, no sé si llegaremos a tiempo. Chicos, ocupaos también de comprobar si en días anteriores salieron más camiones de la empresa de Moncho o de alguna perteneciente a alguien de los Gallaecia. —Hizo una pausa dolorosa y cambió de tema. —Bien, inspector, ¿dónde puede estar nuestra Paola?

—Ojalá lo supiera. Parece que se la ha tragado la tierra. —Empezó a hablar mirando a la pantalla donde estaban sus compañeros de la jefatura superior de policía en A Coruña para explicarles lo sucedido. —Dijo que subía un momento a la habitación. Al ver que tardaba demasiado, fui a buscarla y no me contestó. Tuvimos que recurrir a Casiano. No había nadie dentro y la tarjeta estaba conectada en la ranura de la electricidad. En ese momento pensamos que la habían secuestrado y que ella sería la víctima de las nueve de la mañana. Por eso no os dijimos nada, no queríamos perder ni un minuto. Pusimos patas arriba todo, la iglesia, cada habitación, y hasta las zonas boscosas más cercanas. Nada. Ni rastro de ella. Y a las nueve, Modesto, mientras volvía a revisar todas las habitaciones del segundo piso, vio de lejos algo parecido a un cadáver colgado entre dos castaños. —Hizo una pausa. —Diría afortunadamente, pero decirlo es ser cruel con esa chiquilla, pero no era Paola, sino Fátima Andrade. Colgada, simulando *El Reloj de Sol de Leonardo Da Vinci*, pero al revés, con la cabeza a ras de suelo.

Nuevamente nos ha dejado un mensaje. Juzgar vosotros porque yo ya no sé qué pensar. —Costoya enseñó a la cámara aquella letra mayúscula, era una M con unos extraños círculos, dos grandes en las esquinas superior e inferior derecha, otro de igual medida en la esquina superior izquierda y tres pequeños círculos más: uno en la esquina inferior izquierda en la parte exterior, otro en la parte interior y otro en la parte interior de la esquina inferior derecha. —Fue explicándolo todo mientras iba señalándolo con el dedo. —Las cuatro esquinas de la M forman un cuadrado perfecto en cuyo interior se sitúa un hexágono circular. —Fue Portela el primero en dar una clave de lo que estaban viendo.

—Es una letra arquitectónica. Esperad un momento, lo he visto en algún lugar...

—Desde luego es muy parecido al Reino del Sol de Leonardo da Vinci.

—Lo tengo. Mirad, chicos, se trata de una ilustración hecha por, no se equivocaba, jefa, Leonardo da Vinci para el libro «De divina proporcione» de Luca Pacioli, que como ya suponéis se trataba de un monje franciscano. Es un tratado matemático y arquitectónico dividido en tres manuscritos distintos, con treinta ilustraciones y otras sesenta en talla de madera que se adjuntan al mismo. Una obra de arte. El editor de estas obras no fue otro que Paganino Paganini, más conocido por ser, junto a su hijo, el primero en publicar una edición impresa del Corán en árabe. Sólo se conserva una copia y está en Isola di San Michele en Venecia. —Costoya tenía la boca abierta.

—Joder, no cogemos a los malos, pero aprender, aprendemos de la hostia. —Todos rieron. —

Y después de esta clase de nuestro querido Portela, ¿qué es lo que podemos deducir de todo esto? —Vio como a Alba intentaba llamarle la atención al otro lado de la pantalla. Costoya cerró los ojos, no le cabía más información. —Adelante, Riazor. —Puso su característica voz a lo José María García.

—Pues mi querido Portela está en lo cierto, pero se ha extraviado un detalle por el camino. La letra de Pacioli es, a su vez, el logotipo del Museo Metropolitano de Arte en Nueva York. —Nuevamente, silencio. María volvió a romperlo.

—Joder, esto cada vez se complica más. Chicos, buscad conexiones entre los cuatro que hemos perdido, los camiones y la zona de Nueva York o Venecia. Pueden ser una buena pista. Quizá esos locos intentan provocar un cisma y para ello no hay como un atentado común. —Miró a Costoya, definitivamente, aquello se les había ido de las manos. Se dejó caer en una silla e intentó respirar un rato mientras el inspector jefe despedía la conexión. Ellos se quedaron allí, Costoya esperó a que María Vietto se recuperase e intentó plantearse su objetivo principal, traer de vuelta a Paola.

XXXVII. EL MONJE

Paola sabía que si quería podía atraparlo allí mismo. Podía sacar el arma y detenerlo, pero no creía que eso fuese un buen plan si lo que quería era evitar algo mayor, así que siguió dándole conversación intentando sonsacarle toda la información posible. Ya había comprobado que el teléfono no tenía cobertura allí, pero sí, había una red de wifi cifrada.

—¿Me vas a contar cuál es vuestro plan? —Martíño la miró, socarrón.

—Si te lo contara, Paola Gómez, seguramente serías capaz de dar al traste con ella, así que no, no te lo voy a decir. De todos modos, nuestro monje particular os ha estado dando pistas, demasiadas para mi gusto.

—¿Quién es ella?

—¿Ella? —Sonrió. —Pronto, querida, está deseando conocerte.

—Dime una cosa, ¿habéis conseguido dar con la arqueta de los nueve anillos? —Afirmó con la cabeza y su cara de satisfacción supuso un triunfo para Paola, ya que sí creían que aquella era la arqueta verdadera, dejarían de buscar la original.

—La tenemos. Nos ha costado mucho más de lo que nos hubiera gustado. Si ese idiota de Edelmiro hubiera colaborado desde el primer momento, todo hubiera sido mucho más fácil y si hubiera sido más inteligente, ni te cuento. El plan era muy sencillo, él tenía que robarla, sólo él. Ni puja ni mierda, esa arqueta tenía que ser nuestra. Pero nos dio largas, la cosa se fue complicando, primero que si no sabía dónde estaba, después que, si tenían que disimular por la puja, empezamos a impacientarnos. Vigilamos a Afonso, pero nada, no conseguimos nada. Al final, el imbécil ese, consiguió que el sacristán le confesara que aquel maldito cura la había cambiado de sitio, pero cuando llegó a buscarla ya no estaba. Ahí empezó el juego. Desconfiábamos de todos. Al principio no queríamos matar a nadie. Vimos el video en el que Demetrio y Fátima escapaban, extrañamente, por el pasillo lateral, pero en sus habitaciones tampoco encontramos nada. Intentamos sacárselo al cura, pero era más duro que un espía ruso, no nos dijo ni mu. Entonces, le dimos carta blanca al monje. Teníamos que conseguirla sí o sí. Así que seguimos el listado de asistentes a la puja.

Al final, al llegar a Demetrio Luna, éste cantó todo. La arqueta la había escondido Fátima en el bosque, pero sólo ella sabía dónde. Murió igualmente. Luego sólo tuvimos que secuestrarla a ella y hacerle cantar. No fue muy difícil. Sólo quería el cofre para sacar más dinero.

—Pero igualmente la matasteis. —Entonces, desde las sombras y la parte anterior de la cueva, apareció un rostro conocido. El mismo que les había enseñado por primera vez aquel video. Guadalupe Antón. Rápida, fuerte, ágil y joven. El monje.

—Merecía la muerte. —Debió suponer que era ella.

—¿Y eso quién lo decide, tú?

—Si no respetas algo tan sagrado como esa reliquia, no mereces seguir viviendo.

—Eran sólo unos anillos antiguos. Le pudo la avaricia, pero hizo lo que haría la mayoría de la gente.

—Y así nos va. ¿Usted los hubiera vendido?

—No, yo no, pero yo no soy un ejemplo.

—Quizá sí, comisaria. —Guadalupe Antón se quedó a escasos centímetros de Martiño, sin dejar de mirar a Paola ni un solo segundo. —Si todos fueran como usted seguramente nada de esto ocurriría.

—Eso poco importa, si lo que intentáis es acabar con las otras religiones. —Martiño respondió.

—No queremos acabar con ellas, sino acogerlas en nuestro seno.

—Eso es una patraña. Es una utopía, una locura. No entiendo cómo gente como vosotros podéis creer todo eso... —Paola se llevó las manos a la cabeza, sabía que aquellos tarados planeaban hacer algún tipo de locura para demostrarle al mundo que no estaban equivocados. Necesitaba darles confianza para que se relajaran. Pero no era fácil, eran fanáticos, pero no tontos.

—El tiempo acabará dándonos la razón. Quizá si se hubiese parado a leer algo más el libro de Llul no diría esas cosas. —Guadalupe la retaba con los ojos.

—Mira, chica, vale que entraras en la habitación, entiendo que, por el pasadizo ese, vale que no mataste a Costoya aunque pudiste hacerlo, pero que te metas en la calidad de mis lecturas, por ahí ya no paso. Eso es un puto ladrillo con cero de interés. —Consiguió cabrearla, y era eso lo que buscaba.

—¿Cero de interés? ¿Pero de qué vas? No tienes ni puta idea. En ese tratado se explica cómo conseguir llegar a la quinta esencia, al quinto elemento, el más sagrado y oculto de la creación. ¿Te parece poco?

—¿Y cómo lo hace? ¿Con una fórmula que no entiende ni el tato? ¿Me lo explicas? —La cogió desprevenida. Los números no eran su fuerte.

—Lo importante es la esencia, no la fórmula. Un tercio explica muchas cosas y lo más importante de todo es que Llul basa todo en el descubrimiento de esa reliquia, del cofre con los nueve anillos. Él nunca lo consiguió, pero nosotros sí, y demostraremos que sus enseñanzas tenían razón.

—Pero, ¿qué creéis que harán esos anillos? —Martiño puso cara de preocupación, quería cortar aquella conversación.

—Convierten los metales, curan enfermedades, estados líquidos a sólidos y a la inversa, sólo con su presencia.

—Es una quimera.

—No se preocupe que tendrá tiempo de verlo con sus propios ojos. —La mirada de Guadalupe que, al principio, incluía admiración ahora sólo estaba llena de desafío. —Martiño miró el reloj y le hizo un gesto a Guadalupe. Ella se acercó a Paola y la desarmó. Después la llevó hacia una gran estalactita que llegaba hasta el suelo.

—Siéntate ahí y estate quietecita. —Se quitó el cordón del hábito y la ató fuerte, muy fuerte, provocándole un dolor lacerante en las muñecas. —Y ahora te esperas aquí, mientras todo esto pasa. La próxima vez que nos veamos, quizá, no estemos en la misma situación, y no me importaría repetir la escena nocturna junto a aquel molino abandonado. —Le sonrió maliciosamente. Lantes se acercó a ella.

—Aquí nos despedimos, comisaria, ha sido un placer, pese a todo. Es usted una mujer increíble,

de las que siempre me gustaría tener en mi equipo, pero de las que también uno se enorgullece al haberlas vencido. Nos vemos en el infierno. —A Paola le salió del alma.

—Al infierno irá usted, yo al cielo seguro. —Los vio partir y aquel mensaje que sonaba a despedida le inquietó. Si no era ella la que iba a morir, sólo podía ser Gonzalo Lantes, Martiño o como se llamara. Intentó relajarse. Tenía que gritar para que la escucharan, aunque en aquel recinto sería casi imposible que su voz llegara a ningún lado. Nuevamente, admiró el techo abovedado y aquel cielo maravilloso y volvió a su infancia, cuando su padre adoptivo la llevaba a ver las estrellas bajo aquel manto indescriptible. Eran su casa, le decía, pertenecía al Greim de Montaña y, después de pasar por los Pirineos o Picos de Europa, conocía cada estrella más que a sí mismo.

¡Cuánto lo echaba de menos!, y que pocas veces se lo había dicho. La sangre no es el único vínculo que te une a una persona, al contrario, muchas veces la familia que eliges, esa que está a tu lado cada día, que te ayuda a levantarte cada vez que te caes, la que te anima ante cada fracaso, esa está unida a ti por algo más importante que el ADN. Dobló las rodillas y apoyó los brazos y la cara sobre ellos. No quería llorar. No quería estar triste. Tenía que luchar, tenía que salir de allí, no podían vencerlos.

XXXVIII. LA FUERZA DEL CORAZÓN

Modesto era un tío fuerte. Había conocido a Paola mucho tiempo atrás en la Colegiata de Iria Flavia. Se enamoró casi al instante de ella. Sus ojos, aquella forma de mirar, su sonrisa, toda ella lo embujó de una manera arrasadora. Sin embargo, en poco menos de tres días aquella operación había terminado y con ella las esperanzas que tenía Modesto de poder acercarse a ella. Recordaba como si fuera ayer lo que sintió al llegar a la comisaría de Compostela al día siguiente. Esa sensación de vacío, de no encontrar una motivación, de la necesidad de ponerle remedio. Fueron unos meses terribles mientras, a distancia, seguía su carrera, como atrapaba a aquellos mafiosos proxenetas en la costa del Sol, como habían salvado a aquella chica. Pero no se atrevió, cuando supo que ella volvía al entierro de un amigo, a presentarse allí. Pensó que no era el momento. Y no lo era. A veces hay que escuchar al corazón.

Pero la suerte le sonrió. Quiso el destino y los maleantes, que se creara aquella unidad especial en la Jefatura de Policía de A Coruña y que para tal experimento destinaran a la, en ese momento inspectora, con más futuro del cuerpo, y no al típico inspector machote que todo lo sabe. Cuando su jefe, hasta ese día, lo llamó junto a Portela a la oficina, y les ofreció el traslado, no se lo pensaron. Formar parte de aquel equipo había sido la mejor decisión de su vida. Nunca olvidaría aquel día en San Miguel de Bremao. Ni aquella noche en Sanabria, donde por fin habían consumado.

Un sueño hecho realidad que se había quedado en eso, ya que se convirtió en su único momento de intimidad, y jamás hablaron de ello. Pero luego pasó lo de Luarca y él la salvó. Pudo morir, y si lo hubiera hecho sabría que no habría sido en vano, pero los astros se confabularon para que despertara con su mano en la suya y aquello le había llenado. Suspiró. No sabía cómo terminaría, pero esta vez volverían a salvarla, costara lo que costara. Costoya le había enviado a recorrer el monasterio, palmo a palmo, incluidas estancias de limpiadoras y otros espacios comunes. Mientras, ellos revisaban a fondo todo el perímetro. No encontró nada. Finalmente, volvió a entrar en aquella habitación, la ciento tres, y desesperado se dejó caer en la cama. Intentó absorber su perfume, su esencia. Al principio escuchó un ligero rumor. Se acercó a la ventana. Supuso que sus compañeros estaban gritándose unos a otros mientras buscaban a la comisaria. Pero volvió a escucharlo, y esta vez no le pareció que viniera exactamente de fuera. Se quedó muy quieto, esperando volver a oírlo. No tardó, sonaba con mucho eco, distorsionado, pero provenía de algún lugar entre aquellas paredes. Le pareció escuchar algo tras el armario y lo abrió. No vio nada extraño pero su instinto de buen policía le hizo manosear aquella estructura de madera y notó algo anormal. Y en ese momento volvió a escucharla. Ya no tenía duda, parecía la voz de una mujer extrañamente enlatada. Notó el aire recorrer sus dedos y supo que allí había algo. No se anduvo

con tonterías. Le dio una patada a aquel armazón de madera que se rompió al instante. Siguió golpeando enfurecido mientras la oscuridad se cernía al otro lado. Cogió la linterna y con las prisas intentó colarse, pero se fue cortando con las astillas de madera. Nada le importaba. Entró en un tremendo agujero de piedra. Vio que existía un conducto que venía del piso de arriba. Estaba seguro de que los gritos venían de más abajo. Volvió a escucharlos. «Ayuda! ¡Ayuda!» Era un rumor, como un hilo de voz. « ¡Estoy aquí!» Respondió él. La ansiedad hizo que se golpeará la cabeza contra el techo varias veces, y que se raspá el culo contra el suelo. Empezó a ver luz al otro lado. « ¡Paola!» Gritó. Escuchó su respuesta y supo que estaba muy cerca. La emoción le embargaba. Llegó a un agujero con una pequeña caída de medio metro y se dejó ir. Cuando levantó la vista, no pudo evitar pararse y contemplar aquella maravilla. Ante él se presentaba un techo abovedado lleno de estrellas, planetas, cometas, y todo en continuo movimiento. Duró sólo un segundo. Vio a Paola sentada en el suelo atada a una estalagmita. Era incapaz de contener las lágrimas.

—¡Modesto! —Se abrazaron fuerte, muy fuerte. Ella también tenía lágrimas en los ojos. Le sonrió. —Tenías que ser tú. Mi salvador. —Le hizo un gesto hacia la parte de atrás y él lo entendió. Sacó su navaja multiusos, lo había aprendido de Portela, y cortó aquel cordón. Una vez libre, volvieron a abrazarse.

—¡Paola! ¿Pero cómo acabaste aquí? —Mientras se limpiaba el pantalón negro, lo miró otra vez y retorció un poco la cabeza.

—No lo sé, noté una corriente de aire, me fui acercando y al tocar aquel botón la puerta se abrió. Debería haber bajado a avisaros, pero una fuerza especial tiraba de mí hacia abajo. Y llegué aquí. Lo tenían todo previsto. Me pusieron un video y luego apareció Martiño Salgueiro, o lo que es lo mismo, Gonzalo Lantes.

—¡El médico! —Paola asintió, dando a entender que en parte se había confiado demasiado con él.

—Él mismo, y después el monje. Guadalupe Antón.

—¿La deportista? Pero esa chica tenía marca para ir a las Olimpiadas. ¿Qué manera es esa de destruir su futuro?

—Quizá ya nada de eso les importe, Modesto, son unos fanáticos, preparan algo gordo, muy gordo.

—Sí, hemos averiguado algunas cosas. Parece que quieren atentar en Medina, en la tumba de Mahoma y también hay indicios de que lo mismo quieren hacer en Venecia y Nueva York. — Aquello era nuevo para Paola, se quedó estupefacta. No daba crédito. Imaginó muchas cosas, pero jamás que llegaran a eso. Modesto pensó que le iba a dar un vahído. —¿Estás bien?

—Sí, sí, gracias, Modesto. Ellos se fueron por ese pasadizo. —Señaló a la rampa que se encontraba en el lado contrario a las puertas por las que ellos habían bajado. Antes de irse volvieron a echar una ojeada a aquel lugar tan maravilloso y que se había convertido en escondrijo de unos locos fanáticos.

—Veamos a dónde nos lleva y avisemos a los compañeros, no sabes la alegría que se van a llevar.

Se acercó a él y le cogió del brazo. Empezaron a subir. El camino se complicaba por momentos. Tuvieron que soltarse y posteriormente agacharse para finalmente reptar. Vieron una mínima rendija de luz a unos metros. Llegaron a una especie de estrechamiento, era un espacio no apto para claustrofóbicos. Modesto tropezó con un montón de toxos, silvas y demás flora, que no le dejaba seguir en condiciones. Entonces se dio cuenta que a su lado había una cuerda. Se la señaló

a Paola y empezaron a subir por ella. Tenía nudos a cada metro, le recordó a las que usaban en el instituto para hacer gimnasia. Llegaron arriba y tras sacar la cabeza por una rendija muy pequeña, consiguieron salir a la superficie. En cuanto recuperaron la luminosidad, miraron atrás, y se dieron cuenta de que nadie que no supiera de la entrada de la cueva se metería jamás por allí. Geolocalizó el lugar y se lo mandó a Alba que la llamó al instante.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy con Modesto, mi salvador. Escucha, te mandé los datos de situación de una cueva. Era el centro de operaciones de los Gallaecia. Manda a la caballería y avisa a Milo para que lo investigue. Dile que entre desde la habitación ciento tres, creo que Modesto dejó el paso libre.

—Ahora mismo, jefa, no sabes lo que nos alegramos de que estés bien.

—Lo sé, corazón, muchas gracias. —Colgó y miró a Modesto.

—Hay dos cosas que no entiendo. Una es, por qué me dejó ahí abajo, pero no me tapó la boca para que no pudiera gritar, sabía que tarde o temprano alguien me escucharía.

—Quizá su intención no fue nunca matarte.

—Ya, pero, aunque así fuera, sabía que perderían su centro de operaciones.

—Eso significa que no les importa perderlo.

—O sea, que no van a volver a él. —Modesto la miró, preocupado.

—Piensas que intentan alguna locura. —Paola asintió con la cabeza.

—Sí, estoy segura, no tiene sentido lo que están haciendo, y ellos piensan que tienen los anillos, pues Fátima los guardaba escondidos en el bosque, y le hicieron confesar. Lo que no saben es que sólo es una réplica.

—Pero no hay como la mente del hombre para creerse mentiras y milagros que no lo son.

—Miedo me dan, Modesto. Y hay otra cosa. Cuando yo bajé no cerré esa puerta y en todo el tiempo en el que estuve abajo nadie subió por esos pasadizos para cerrarla. Sin embargo, cuando vosotros llegasteis a la habitación el armario estaba cerrado. ¿Me equivoco?

—Así fue, jefa. Estaba cerrado y la compuerta también. Ahora ya no podrán disimularla.

—No tenía duda, además de escucharte, que ruidoso eres un poco. Lo que quiero decir es que alguien más, aparte de Gonzalo Lantes alias Martiño, y Guadalupe Antón, está en el ajo dentro del monasterio. Ese alguien fue el que cerró la puerta para que no me encontrarais mientras ellos estaban aquí.

—Joder, o sea que al final eran tres. —Paola asintió.

—Eso es, tres. Pero uno aún sigue en la sombra. Lo desenmascaramos, Modesto. —Volvió a cogerlo del brazo. Estaban en la parte trasera del monasterio, a unos cien metros. El temporal había amainado totalmente, tanto que el sol peleaba por asomarse. Paola esperó que fuera una señal y que aquella pesadilla llegara pronto a su fin.

XXXIX. FANATICOS

Tras los abrazos y la alegría pertinentes, llegó el momento de poner al día a unos y otros de las novedades. Paola escuchó con mucha atención todo lo que le contó María, y el plan que creían que Gallaecia intentaba convertir en realidad. A todo ello, Alba, introdujo nuevos y preocupantes datos.

—Tres de las personas que iban con Moncho Molinos cogieron un coche de alquiler en Madrid y el destino no es otro que entregarlo en el aeropuerto de Barcelona, o sea que creemos que cogerán algún vuelo desde allí. El último de ellos sigue en coche con dirección de entrega en París.

—No cambian identidades, no esconden sus destinos. No temen para nada que sepamos algo de sus planes. —Paola pensaba en voz alta.

—Sea como sea ya está en manos de Urizar y el Estado mayor, todo esto está fuera de nuestro radio, eso sí, lo que podamos averiguar bienvenido sea, pero ahora mismo todas esas personas están siendo vigiladas. Creo que sí hemos actuado a tiempo.

—Eso es una buena noticia, María y, en vista de ello, creo que nosotros deberíamos centrarnos en saber dónde están nuestros queridos amigos, Guadalupe y Gonzalo. —Su jefa, le respondió.

—Tenemos controles de carreteras montados con sus descripciones y hemos elevado a grado máximo de alerta. La catedral de Santiago, la torre de Hércules, se han cerrado al público.

—Todo eso está muy bien, pero sólo se me ocurre una manera de saber qué pretenden y dónde están y creo que sé cómo. —Hizo una pausa y miró a su experta rastreadora. —Alba, en ese zulo había una red wifi, seguro que eres capaz de colarte en ella. Necesito que rastrees los últimos mensajes o WhatsApp enviados desde allí. Gonzalo o Guadalupe, tuvieron que avisar a alguien de dentro para que entrara en la habitación y cerrará el acceso al pasadizo y el armario, y todos sabemos que sólo hay una persona que nos puede orientar sobre quién usó esa tarjeta.

—Casiano.

—Efectivamente, pero para nuestra desgracia esa tarjeta, doy fe, la tenían en la recepción, junto al ordenador, y con acceso a muchas personas. Así que prefiero que nuestra querida arquitecta de las comunicaciones nos dé algún dato fiable para saber por dónde atacarle. Si lo hacemos bien, esa persona nos conducirá a ellos y los atraparemos.

—No va a ser difícil, jefa, ya estoy dentro. —Siguió tecleando y cogió aire para continuar. —Te confirmo que a las ocho y cuarenta minutos se produjo el único intercambio de mensajes.

—Bien, aísla esos números, busca a quién pertenecen y geolocalízalos. —Todos estaban expectantes ante el trabajo de la gran joya de la *ciber* defensa de la policía gallega.

—Vale, veamos. —Alba se dirigió a Rafa, experto en leyendas y el mejor ayudante que cualquiera podía tener. —Mírame este número. —Volvió a sumergirse entre sus teclas, hasta que resucitó. —La geolocalización en uno de los teléfonos es imposible, porque no tiene activado el GPS y el otro, ahora mismo, se encuentra en Ourense. Espera que me confirme, sí, lo tengo, en la zona donde estuvieron esta mañana Modesto y Ana, en el convento de San Francisco. —María tomó la iniciativa.

—Me llevo a Portela y nos vamos adelantando, vosotros quedaos aquí para coger al tercer hombre. —Paola asintió, mientras los veía marchar.

—Y en cuanto a los teléfonos, aquí lo tengo gracias a mis maravillosos ayudantes. Uno de ellos, el emisor, es un teléfono de prepago, no hay datos y el otro pertenece a... ¡bingo! El parador de Santo Estevo.

—O sea, que llamaron a uno de los teléfonos del hotel.

—Uno de los teléfonos receptores, es decir de servicios generales, no de las habitaciones. Puedo indagar más, para encontrar la extensión, pero me llevará más tiempo.

—Bueno, inténtalo y si tienes algo me llamas. Creo que con todo esto debemos hacerle una visita a Casiano. —Se despidieron y cruzaron aquel pasillo otra vez.

Costoya y la comisaria se acercaron sigilosamente a él, que les atendió como siempre, con una sonrisa en los labios.

—Comisaria, inspector, díganme que han cogido a los malhechores y podemos vivir tranquilos. —Paola puso cara de circunstancias.

—¿Podemos hablar en un lugar algo menos público? —Aprovechó para asomar la cabeza disimuladamente. Aquella tarjeta estaba allí, al lado del ratón, totalmente accesible. Casiano no disimuló su extrañeza y les hizo pasar a su despacho.

—¿Qué ha pasado?

—Dímelo tú, Casiano, porque me estoy cansando de que me cambies la historia cada vez que nos vemos. —Aquello lo cogió totalmente por sorpresa, y no parecía que mintiera, aunque cabía la posibilidad de que fuera un excelente actor.

—No la entiendo, comisaria. Se lo juro.

—¿Desde cuándo sabe lo de Gallaecia, lo de los pasadizos?

—¿El qué? De verdad, se lo juro, me estoy perdiendo algo. —Paola lo miró durante unos segundos, estaba empezando a creerle, pero llevaba ya tantos engaños durante aquella noche que era como el cuento del lobo. —Llamó a Alba. Apuntó un teléfono en un papel y se lo pasó a Casiano.

—No me engañe. A quien corresponde este teléfono. No contesta desde las nueve de la mañana. —Casiano lo reconoció al instante y llamó desde su despacho, efectivamente, estaba comunicando. Miró a Paola.

—Es el teléfono de la cafetería. El interno. Todos tenemos un móvil con una terminación parecida. Habrá quedado descolgado. —Paola se echó las manos a la cabeza, si ese teléfono era de la cafetería tenían un sospechoso claro, Carlos Turnes, el único problema era que quitando el rato que lo había cubierto Casiano, ese hombre no había salido de la cafetería. No sabía qué hacer.

—Dime una cosa, Casiano, y aunque sea la última cosa que hagas en tu vida, esta vez dime la verdad. ¿Has visto al señor Turnes salir de su puesto a eso de las ocho y media pasadas? —Se levantó como un resorte y empezó a andar por el despacho asintiendo con la cabeza.

—Sí, yo mismo le cubrí. Me dijo que tenía un apretón y bueno, no le di importancia, me puse a

despachar, esas cosas pasan.

—¿Y cómo puede ser que ese hombre haya subido a mi habitación y haya entrado sin forzarla?

—Mierda. Será mejor que hablemos con Carla. —Salieron de nuevo a la recepción. La cara de Casiano era un poema. Se situó fuera, como si fuese un cliente y miró a su empleada que empezó a ponerse blanca, aunque no sabía lo que estaba pasando.

—¿Pasa algo, jefe?

—Verás, Carla, necesito que me digas algo y seas totalmente sincera, te prometo que no me voy a enfadar ni te voy a sancionar ni mucho menos a echar, pero necesito que digas la verdad. ¿Le has dejado la llave maestra a alguien en las últimas horas? —Carla lo miró, después hizo lo mismo con los policías, y finalmente, a la tarjeta que tenía al alcance de su mano. Empezó a hablar muy bajito.

—Sí, es que...verá, Carlos tenía que subir y no tenía encima la llave de la habitación y me pidió la maestra. Me prometió que no tardaría y así fue. Fueron dos minutos. Y me la devolvió. Yo ya le dije que podía meterme en un lío... pero insistió y tienen que perdonar, he metido la pata. —Paola respiró, ya tenían al tercero en discordia, ahora tocaba trazar un plan.

—No pasa nada, Carla, lo único que tienes que hacer es no decir nada, y si viene por aquí el señor Turnes te haces la boba, y si te pide la tarjeta otra vez, se la dejas. ¿De acuerdo? —Miró a Casiano. —Esta vez parece que me has dicho la verdad, y me alegro. No digas nada de lo que hablamos ahí dentro, sigue en tu papel.

—De acuerdo, Paola, así será. —Empezaron a andar hacia la cafetería, ahora sabían algo muy importante, sabían quién era el topo. Carlos Turnes había disimulado muy bien, incluso su enfado ante la muerte de Edelmiro, aunque sabía que era mentira. Nunca habían sospechado de él. Necesitaba que creyera que seguía siendo así para que les condujera a ellos, a Gallaecia. De repente, Paola miró su reloj. Abrió mucho los ojos y cogió a Costoya del brazo.

—¿Qué día es mañana, inspector? —Costoya miró su reloj y constató lo que ya suponía.

—Mañana es día uno, comisaria.

—Día uno de...

—Marzo.

—¿Del año? —Costoya la miró, pensando que había perdido los papeles, eran demasiadas horas sin dormir.

—Dos mil quince, jefa, lo sabes de sobra. —Paola hizo cálculos mentales y volvió a mirar seria a su mano derecha.

—Uno de marzo del año dos mil quince, Costoya. Joder. 1 del 3 del 2015. —El inspector empezó a atar cabos, pero aun así necesitó la confirmación.

—Mañana será el ataque, los ataques. Mañana es el día, el día un tercio, ¿no lo entiendes? Todo coincide, uno de marzo es igual a un tercio, dos mil quince es igual a dos sextos o lo que es lo mismo, un tercio. Mañana es el día un tercio del año un tercio.

—Madre mía, creo que me voy a marear. Sé que seguro tendrás razón, pero soy de letras, te lo juro. —Paola le dio un golpe en la espalda y cogió el teléfono, tenía que compartirlo con los compañeros, pero sin que le oyera el topo, que estaba tranquilamente en su madriguera.

XL. ADIÓS, ADIÓS

Un extraño sentimiento de nostalgia embriagaba los sentidos de Paola, mientras veía como aquellos personajes, en realidad personas, que habían formado su mundo las últimas doce horas, abandonaban poco a poco el monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil. En el fondo, los echaría de menos, a ellos, sus historias, sus mentiras. Era la vida del policía, no podías vivir sin acción, pero con ella te ahogabas. Algunos, como Casiano y Edelmiro serían acusados por intentar organizar la puja, pero por ahora quedaban en libertad después de la enésima declaración, ésta ya para sus compañeros. Su trabajo había terminado allí, pero no con Gallaecia. Vio como los coches fúnebres trasladaban los cuerpos de Afonso, Maruxa Amil, María Velandi, Demetrio Luna y Fátima Andrade. Cinco muertos. Siempre aquella sensación de llegar tarde a todos lados. Casiano pasó a despedirse.

—Acaba de llegar el relevo en la cafetería. Carlos, recogerá sus cosas y se irá, supongo que dentro de poco les puedo ayudar yo. —Paola lo miró, en parte seria, en parte entendiéndolo.

Como le dije a Edelmiro, espero que esto les salpique lo menos posible y que consigan salvar el parador, pero la próxima vez piénsense bien cómo hacerlo y con quién. Ya ha visto lo que ha traído toda esa puja consigo.

—El caso es que esos desgraciados se han salido con la suya llevándose los anillos y escapando.

—Sabe una cosa, Casiano, el partido no termina hasta que el árbitro pita el final. —La miró y le sonrió. En el fondo le había cogido cariño. Su situación no le había permitido ser totalmente sincero con ella, pero nunca había querido hacerle daño.

—Me alegro de conocerla, ojalá fuera en otras circunstancias.

—Ojalá Casiano, gracias por todo. —Costoya los miraba con más resquemor, no era ni la mitad de diplomático que Paola. Ella lo miró y le sonrió. Siempre lo querría a su lado. Detrás, a unos metros estaba Modesto, extendió la sonrisa hacia él. Era un buen chico y le había salvado, otra vez.

La gente salía con sus maletas, con sus bolsas, uno de los últimos fue Pedro Vidal, el Colebras. Otro que también salía con el rabo entre las piernas.

—No salga de la zona a ser posible, seguramente necesitamos hacerle unas preguntas. Hay algunas cosas que será mejor hablarlas en frío. —Asintió y le tendió la mano. Paola la estrechó.

—No saldré de mi casa, se lo juro.

—Eso espero. —Lo vio partir y con él a tantos otros. El aparcamiento se iba quedando desierto. Ellos también tenían que irse. Pero no antes de Carlos Turnes. Ya sabían dónde vivía, su teléfono móvil, su cuenta bancaria, sabían hasta el color de los calzoncillos que usaba, pero lo que no

sabían era donde estaban Martiño y Guadalupe. María y Portela habían ido a Ourense, pero al llegar junto a don Pedro sólo habían encontrado el teléfono, tirado entre todo aquel desastre.

El padre decía no saber a dónde habían ido. No tenían ni idea, ni una mísera descripción de su vehículo. Estaban perdidos. Paola miró el reloj. Eran más de las diez. Sabía que tenía un día para encontrarlos, un día para evitar la tragedia.

Empezaron a preparar la marcha, cuando vieron como Turnes subía a la habitación a recoger sus cosas. No tardó en bajar. Habían colocado un dispositivo de búsqueda en su coche y el móvil personal, tal y como le había confirmado Alba, ya lo tenía en funcionamiento. Podía tener algún otro prepago, pero tal y como estaban actuando, lo dudaba. Dejaron que se marchara tranquilo, mientras en el móvil comprobaban su dirección. Una última mirada a aquel maravilloso lugar, a un entorno único e incomparable. Volvería, estaba segura, pero de vacaciones. No había podido disfrutar de esos montes, ni del río, ni del catamarán, ni siquiera de sus vinos. Sólo le había rodeado sangre, muerte y una trama difícil de entender. Se subió con Costoya. Ana y Modesto iban en otro coche. Dejaron que la distancia nunca fuera menor ni mayor a un kilómetro. Las comunicaciones, al menos por ahora, no habían sufrido cambios, ni llamadas, ni mensajes, ni WhatsApp. Alba, mientras tanto, les iba comentando las novedades del resto de integrantes del grupo, que ya se encontraban, totalmente, controlados por la policía internacional.

Se sentía orgullosa de que gracias a sus compañeros se hubiera evitado una posible masacre. Quizá eso no se sabría nunca, ni recibirían medallas con ello, pero le bastaba saberlo, el gusto por el trabajo bien hecho, por salvar vidas humanas.

—Veamos, la mano derecha de Martiño, llámese Moncho Molinos, se bajó de ese avión en Medina y ahora descansa en un lujoso hotel. Sin más movimientos. Teníamos a cuatro viajando en coche a Barcelona, ¿lo recordáis? Pues bien, allí llegaron sobre las seis de la mañana, desayunaron y se separaron, uno con destino a Moscú con escala en París, el otro con destino a Nueva York, otro hacia Tel Aviv y el último siguió en coche hacia París. —Paola no paraba de gesticular y poner caras raras en el coche.

—Pero ¿qué es lo que pretenden exactamente?

—Verás, los agentes que están al mando y que nos informan de forma privilegiada me han dicho que creen que el de Tel-Aviv puede dirigirse a Jerusalén. ¿A qué? Difícil decisión, todos sabemos que allí se encuentran símbolos de todas las religiones. Y en cuanto a nuestro ruso particular, todo indica a que se dirige a la Catedral de San Basilio. Por otro lado, en Nueva York está nuestro querido Museo de Arte Contemporáneo. —Por la cabeza de Paola pasaron rápidamente imágenes cortadas de la Catedral, del muro de las lamentaciones, la iglesia del Santo Sepulcro o la cúpula de la roca.

—Si lo que creemos es que Molinos pretende atentar contra la tumba de Mahoma en Jerusalén, sólo le quedarían dos opciones, y me inclino más porque intente masacrar a los judíos en el muro de las lamentaciones. En ese caso tendríamos cubierto, con los ortodoxos, gran parte de las religiones que estos locos quieren convertir. Supongo que con lo de Nueva York, intentan crear algún tipo de cisma.

—Y nos falta nuestro quinto hombre que, como te dije, viajaba hacia Francia. Este, acaba de llegar hace un rato a París. ¿Y a dónde ha cogido un billete? Seguro que lo estáis imaginando. A Katmandú. —Paola asintió con la cabeza.

—La cuestión es a dónde irá después. Los cuatro lugares sagrados del budismo son Lumbini, lugar en el que nació Buda, Bodh Gaya, en el que se iluminó, Sarnath donde dio su primer sermón y Kushinagar, allí murió. —Costoya la miraba con los ojos muy abiertos.

—Joder, Paola, pues sí que controlas, porque a mí me quitas del mono naranja ese que llevan y no sé nada más.

—Es algo básico para un budista, y en mis épocas jóvenes digamos que tuve algunos escarceos con la meditación y bueno, no me iba mal.

—¿Eso fue antes o después de conocerte?

—Antes, mi querido inspector, cuando tú entraste en mi vida, ésta cambió para siempre. — Rieron.

—Atención, chicos, el móvil de Turnes ha comenzado una conversación por WhatsApp. En cuanto la tenga os la transcribo. —Observaron cómo había parado su coche a un lado de la carretera para escribir, ellos hicieron lo mismo a menos de quinientos metros. Alba, no tardó mucho en volverse a manifestar.

—Vais a flipar. Paola, te lo estoy reenviando al móvil. —La comisaria empezó a mover los dedos, mientras Costoya se impacientaba a su lado. La cara de estupefacción de ella lo puso todavía más nervioso.

—¿Qué pasa? Cuenta, coño. —Paola le pasó el móvil, mientras miraba por la ventanilla hacia el otro lado. Costoya, rio.

—¿Pero esto...? —Levantó la cabeza hacia Paola, que en ese momento se giró riendo, y empezaron a partirse juntos. Ana y Modesto, que habían estacionado detrás de ellos, salieron del coche para saber qué estaba pasando. Paola abrió la ventanilla y les pasó el móvil. Sus caras lo decían todo, no podían aguantar la risa, pero tampoco la frustración.

—Será guarro el tío. —En la pantalla de aquel móvil se podía ver una conversación entre Carlos Turnes y una muchacha llamada Noelia y que respondía a un perfil de Tinder. En ella, el tono se acababa de elevar de tal forma que habían llegado a las fotos íntimas. —Paola tomó la iniciativa, Carlos Turnes seguía parado a un lado de la carretera.

—Vamos a por él, o nos hemos equivocado de hombre o todo le importa una mierda, y no veo yo a un terrorista intentando tener sexo telefónico en medio de la carretera a las diez de la mañana. Le hizo una señal a Costoya para que arrancara, Ana y Modesto los siguieron. No tardaron en parar detrás de él. Paola salió como el torbellino que era, dispuesta a arrancarle lo que tuviera entre manos. La cara de Turnes cuando la vio fue la misma que si estuviera viendo al mismísimo diablo. Abrió la puerta del copiloto y se sentó a su lado mientras Costoya saludaba, situado junto a la puerta del conductor.

—¿Pero qué cojones...? —Paola evitó mirarlo.

—Lo primero vístase, por Dios, que estamos en la vía pública. —Turnes comenzó a abrocharse el pantalón a toda prisa, mientras los colores le subían rápidamente por el rostro. Apenas terminó, Paola lo miró dándole a la cabeza.

—¿Pero usted se da cuenta que podría detenerlo por escándalo público?

—¿Pero usted que sabe...? —Paola lo miró con cara de saber demasiadas cosas, el color de Turnes cambió a un rojo extremo.

—¿Me va a explicar la relación que tiene usted con Martiño, Guadalupe y Gallaecia? —La cara de sorpresa de Turnes no daba lugar a dudas.

—¿Con quién, pero de qué me está hablando? —Paola, mientras a cada segundo se daba cuenta del engaño en el que había caído, cerraba los ojos e intentaba respirar.

—Carlos, mírame a los ojos y júrame que no tienes nada qué ver con todo esto. —El joven no salía de su asombro.

—No sé de lo que me está hablando, comisaria, pero lo que sea, la respuesta es no.

—Vamos por partes, esta mañana, a eso de las nueve menos cuarto de la mañana, cogiste la llave maestra del hotel y subiste a la primera planta, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Y entraste en mi habitación...

—¿Yo? ¿Pero qué dice? Yo no he estado en su habitación jamás.

—¿Entonces a qué coño subiste?

—Casiano me mandó subir. A ver, no sólo soy el de la cafetería, también soy el manitas del hotel. Me dijo que el baño de una de las habitaciones estaba atascado, que me llevara la llave maestra por si no había nadie y eso hice. Subí, no me hizo falta porque las gemelas estaban en su habitación, arreglé el baño en un minuto y volví a bajar. Mientras, él me cubría. —Todo iba cobrando sentido. Rebuscó en la memoria del teléfono y le enseñó un número.

—¿Es este el teléfono de la cafetería? —Lo miró y negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. El de la cafetería acaba en 03. Ese tiene que ser de algún despacho interno. Las primeras terminaciones son las de la recepción, la cafetería, el restaurante... —Paola miró otra vez el número y se dio cuenta de algo que no había considerado, su terminación: 13. Marcó el número que le había dicho Turnes que correspondía con la recepción. Una chica le contestó al otro lado, era Carla. Colgó. Llamó al que según él correspondía a la cafetería. Dio línea y al otro lado una voz de hombre le contestó: ¿Cafetería Santo Estevo, dígame? Colgó. Volvió a llamar al número terminado en 13, el que se había comunicado con el interior de la cueva mientras ella estaba allí, atada. Comunicaba. —Respiró hondo y volvió a mirar a Carlos Turnes. Levantó el dedo acusador y señaló sus partes nobles.

—Por esta vez me voy a olvidar de eso, pero por favor, en la intimidad, no nos haga pasar estos tragos, no es necesario. —Salió, con media sonrisa del coche, aunque muy enfadada consigo misma por el engaño, el nuevo engaño al que le habían sometido. Mientras veía irse al coche del camarero de Santo Estevo puso los brazos en jarras y miró a sus compañeros, y a la vez amigos. —Creo que nos han engañado otra vez, tenemos que volver a Santo Estevo. —Costoya puso la nota de humor.

—Al menos, mi querida comisaria, hemos evitado la foto polla. —Todos rieron, antes de entrar al coche y volver por donde habían venido.

XLI. LOS DESAPARECIDOS DEL SIL

Carla los vio llegar y les avisó que Casiano no estaba. Lo sabían, lo habían visto irse y lo habían dejado marchar tan tranquilo.

—No te preocupes, Carla, tenemos una orden de registro. —Paola le enseñó un papel que llevaba en el coche de refilón y entraron directamente al despacho del director del Parador.

—¿Qué buscamos, Paola? —Costoya empezó por el armario.

—Todo lo que te resulte raro, lo que sea. —Sus compañeros ya estaban avisados del cambio en la investigación, y Alba intentaba localizar el móvil de Casiano y una ubicación. Lo esperaban como agua de mayo. El despacho no era muy grande y casi se entorpecían. Modesto esperó fuera, en la puerta, de guardia, para que nadie los molestara. Paola se sentó en su despacho y empezó a rebuscar entre los cientos de documentos que tenía encima de la mesa. Abrió el cajón inferior, había varias carpetas, las extrajo y empezó a hojearlas. La última tenía un título muy llamativo: «*Los Desaparecidos del Sil*». Le echó una mirada y supo que allí había algo.

—Chicos, creo que tengo algo. —Costoya y Ana se acercaron a la mesa. Paola sostenía, entre sus manos, una foto. Era antigua, diría que de finales de los ochenta. En ella se veía a tres jóvenes. Dos de las caras se le hacían conocidas. La siguiente hoja era el recorte de un periódico. En la misma volvía a verse la fotografía de esos tres chicos, pero andrajosos y con la mirada perdida. En la leyenda podía leerse lo siguiente: «*Los desaparecidos del Sil son encontrados con vida*». Paola leyó la noticia en alto, mientras Ana establecía comunicación con la central para que todos pudiesen escucharlo...

«Eran casi las seis de la tarde cuando un remolino se formó en el núcleo de Nogueira de Ramuín. Tres jóvenes acaban de aparecer en el pueblo después de, según ellos, estar horas vagando por el monte. Los vecinos, al verlos, se dieron cuenta de que eran los tres desaparecidos del Sil: Gonzalo Lantes, Casiano González y Moncho Molinos. Llevaban tres semanas sin dar señales de vida. La búsqueda se había centrado en todo el conjunto de la Ribeira Sacra y el dragado del Río Sil. Se desconocen las causas de la desaparición ya que los chicos estaban muy afectados y desorientados por lo sucedido. Presentaban síntomas de deshidratación y desnutrición, así como heridas varias. La policía no descarta ninguna hipótesis por el momento».

—Está fechado a dos de marzo de mil novecientos ochenta y nueve y aquí hay otro artículo de tres días más tarde, el día cinco, os leo:

«Se despejan algunas de las incógnitas de los desaparecidos del Sil. Los tres chicos aseguran que fueron retenidos contra su voluntad en una especie de cueva. Pese a los esfuerzos por encontrarla y el despliegue de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, todo ha sido en

vano. Las vagas descripciones de la zona y del propio recinto, hacen difícil aclarar dónde estuvieron los chicos y quiénes fueron los causantes de su desaparición. Los desaparecidos del Sil se encuentran al cuidado de sus familias y de momento no han realizado declaraciones».

Casi dos años después hay un reportaje de una revista de misterio, es una entrevista a Moncho Molinos:

«Nos dejaron tirados, no quisieron investigar más. Les dijimos lo de la cueva, que nos tenían allí dentro, lo que nos hicieron, pero no movieron un dedo. La policía de este país sigue manejada por los mismos de siempre, los que se creen con más derechos y privilegios. Nunca vimos la cara de ese hombre, pero sí sabíamos que era bajito, de metro sesenta, que hablaba sin pronunciar las erres, y que tenía un tatuaje en la pierna, y eso es fácil de identificar. Era la imagen de un dragón con tres cabezas. Cerraron el caso y nos dijeron que nos olvidáramos de todo, pero ¿quién podría olvidar algo así?» —Paola, que por un momento se quedó absorta mirando aquellos papeles, reaccionó. —Alba, necesito lo antes posible que te enteres de quién llevaba esta investigación, y consigas toda la información que sea posible. Quizás aquí encontremos la clave. —Costoya la miró soplando.

—Jefa, ya estás viendo una conspiración a la más mínima pista. —Paola se levantó de la silla, necesitaba darle una vuelta a todo aquello.

—Casiano era el único que podía organizar a la gente en las habitaciones, prácticamente, cómo le viniera en gana, aparte de tenerlos a todos controlados. Sabiendo como sabía la existencia de los pasadizos y las cinco habitaciones que daban a ellos, nos colocó según las preferencias de Gallaecia. A Maruxa, María, Demetrio, Fátima y a mí nos metieron en una de esas habitaciones múltiples de un tercio, así nos tenían controlados y si ocurría algo podrían entrar. —Costoya, continuó.

—Casiano no contaba con la confianza de Afonso, el cura, confianza que sí tenía Edelmiro, al que intentó ganarse para que le confesara dónde estaba la arqueta. Pero no lo hizo, así que se inventó todo el tema de las pérdidas del parador para dar pena a ambos y así ganárselos. Primero picó Edelmiro, que pensando que podía perder el trabajo apoyó a Casiano y al final, a regañadientes, Afonso aceptó a que se celebrara la puja. —Paola, asintió.

—Pero el bueno de Casiano seguía sin saber dónde estaba la arqueta. Vio la luz cuando Afonso, dos días antes de la gala, le confiesa que desconfía de Edelmiro y que había cambiado la arqueta de lugar...

—En realidad, mi querida comisaria, sólo se trataba de una treta del inteligente párroco para saber si podía confiar en Casiano. Éste, cuando pudo, fue a por la arqueta, pero no encontró nada en el lugar del que le había indicado Afonso, pero éste confirmó, mientras lo observaba agazapado, que el director no era de fiar.

—Así que le confió el secreto a Emilio, pero no se lo dijo, le contó otra mentira, y que Dios lo tenga en su gloria, porque sabía que irían a por él, y colocó una arqueta falsa con nueve anillos para que creyeran que los habían encontrado. La mala suerte, quiso que Fátima y Demetrio escucharan la conversación y robaran la reliquia falsa, pero ni Casiano ni sus compinches lo sabían...

—...Edelmiro, llegó al lugar que le había confesado Emilio el sacristán y supo que alguien se le había adelantado. Él pensó que había sido Casiano, mientras Casiano pensaba que había sido Edelmiro. Y para rematar, el bueno de Afonso ordenó que sí era él el que caía en desgracia, confiara su diario personal a la policía, como Emilio así hizo, y en ese cuaderno nos descubriría que los anillos de los Gallaecia no eran los originales.

—Seguramente, Casiano, no estaba de acuerdo con que mataran a Afonso, pero al no funcionar la vía diplomática tuvieron que utilizar la otra, la de la violencia, que para algo estaba allí Guadalupe Antón. Y como tenía la lista de pujadores, empezó a matarlos uno a uno, hasta que llegó a Demetrio Luna y éste confesó que sólo Fátima sabía dónde estaba. De poco le valió la cobardía, pues lo mataron igualmente.

—Y, aprovechando que Fátima estaba en una habitación del pasadizo la secuestraron, no podían matarla antes de sacarle donde estaba la reliquia, y acabó cantando.

—Y de igual modo la mataron. Pero pensando que la reliquia era la verdadera, se marcharon.

—Ahora sabemos que el supuesto secuestro del hijo de Casiano estaba amañado. Debimos haberlo sospechado, cuando no tenía ningún remilgo en matar a nadie, ¿por qué dejarlo a él con vida?

—Sólo intentaban despistarnos y que no estuviéramos aquí para la muerte de Demetrio Luna. Sacarnos del terreno. Provocaron el fuego en el momento en que Casiano les avisó para que todo pareciera creíble y mientras nosotros íbamos hacia el monasterio de Santa Cristina, el monje loco daba la vuelta para no cruzarnos, por el otro camino, en dirección a Santo Estevo.

—Y luego recibió la llamada de Guadalupe para que cerrara aquel armario, dejó el teléfono descolgado para que no sospecháramos que era el suyo y subió. Después fue a la cafetería y le pidió a Turnes que subiera a la habitación de las gemelas y que cogiera la llave maestra en la recepción. Carla se hizo la remolona, porque Turnes no le dijo para que la quería, pero él la cogió y subió. Aroa y Esther Yáñez eran la última arma de Gallaecia, si no conseguían hacerse con la reliquia, al menos, alguien podría pujar por ella.

—Y todos nos tragamos que el tercer sospechoso era Carlos Turnes, al comunicar el teléfono sospechamos de él, la cara de Carla, pero es que Casiano lo tenía todo pensando. Y se fue con toda la calma, sin levantar ninguna sospecha.

—De ahí al ridículo sexual con Carlos Turnes y vuelta al monasterio. —Paola seguía dando vueltas por el despacho. Mientras ellos rememoraban la historia, su experta informática ya tenía datos del caso de mil novecientos ochenta y nueve. Pidió la palabra.

—El caso lo llevó el jefe Palomares, que ya la palmó, pero he conseguido hablar con Gordon que en aquellos años era su aprendiz y me ha confirmado que se cerró por falta de pruebas, y que tenían un sospechoso, pero con coartada y no pudieron demostrar nada. Los chavales se quedaron muy quemados, pero fueron rehaciendo sus vidas. El expediente me lo mandan en dos minutos, comisaria.

—Necesito saber quién era ese sospechoso y hacerle una visita rápida, quizá pueda conducirnos a ellos. —Alba, continuó.

—Tengo localizado el teléfono de Casiano y sigue en Ourense, seguro que adivináis dónde.

—En el claustro de San Francisco.

—Exacto. Ya he avisado a María y Portela para que lo vigilen y no lo pierdan de vista. Por ahora, con ese móvil no ha recibido ni enviado ningún mensaje.

—Seguro que tiene otro de tarjeta. Es importante que no nos detecte, que siga pensando que estamos detrás de Turnes, será la única manera de que nos lleve a esos dos locos y a lo que sea que están tramando. —Paola echó otro vistazo a aquellas hojas y sacó la foto de los tres, no tenían cara de malas personas, ni de fanáticos, eran sólo unos niños, ¿qué había pasado con ellos para llegar a este punto? Se guardó la foto en el bolsillo de la chaqueta y salieron.

XLII. GORDON

Alba había conseguido una cita con Gordon para aquella misma tarde. No tenían ni idea de los pasos de Martiño y Guadalupe, pero al menos sabían que Casiano no se había movido de aquel Claustro de San Francisco. Paola creía que contaban con el tiempo en que se demorase aquel fatídico día en terminar, un triste veintiocho de febrero. Descansaron unas horas, haciendo acopio en el parador, que en esos momentos tenía un director nombrado en extrañas circunstancias. Los únicos que no habían descansado mucho eran María y Portela que seguían vigilando a Casiano.

El lugar donde Gordon los había citado estaba en Castro Caldelas, a unos kilómetros en dirección contraria a Ourense, no demasiados, pero cualquier distancia entre aquellas montañas resultaba embriagador, a la par que interminable.

La cita era en una cafetería muy céntrica llamada O Grilo. En ese momento se le vino a la cabeza su primera experiencia en aquella pensión con el mismo nombre de Iria Flavia, momentos que nunca olvidaría.

Gordon, era un tipo de unos cincuenta y pico años, vestido de manera muy clásica, con una americana azul oscura y una horrible corbata a rayas. Pensó en si era él mismo el que se escogía la ropa, fuera quien fuera, tenía un gusto terrible. Se estrecharon las manos y se sentaron. Ana y Modesto se acodaron en la barra mientras ella y Costoya se situaban frente al inspector. Los miró con ojos algo vidriosos y afectados, la razón estaban a punto de descubrirla.

—Ustedes dirán. —Paola tomó la iniciativa, como casi siempre.

—Verá, inspector, estamos tras la pista de Gallaecia, principales sospechosos de lo ocurrido en Santo Estevo, de lo que supongo tendrá noticias. —Gordon afirmó con la cabeza.

—Conozco el caso y los personajes.

—Ahora mismo nuestros sospechosos principales son estos tres. —Paola le enseñó la foto de los tres chicos en mil novecientos ochenta y nueve, y vio como la cara de Gordon se iba transformando poco a poco. —Y también de esta chica que, por cierto, tiene un tatuaje de un dragón de tres cabezas en la parte inferior de su pierna izquierda. —Le enseñó en el móvil una foto de archivo de Guadalupe Antón. —Gordon estaba sudando. Con cada recuerdo del pasado, aquel hombre iba menguando poco a poco.

—Esto... no sé qué decirles... —Miró hacia Costoya, buscando un poco de ayuda. Éste le respondió apretando los labios hacia arriba y levantando los ojos. Paola seguía.

—Creemos que todo esto, el germen de este grupo, y quizá lo que pretenden, esté relacionado con lo que pasó hace veinticinco años. —Hizo una pausa terrible en la que Gordon tragó saliva. —Y teniendo en cuenta que el inspector que estaba a cargo de la investigación ya no está entre

nosotros, quizá usted pueda arrojarnos luz a tanta tiniebla. —Tartamudeaba, sudaba tanto que a Costoya le estaba dando vergüenza ajena. Por pura empatía empezó a sudar también.

—Los chicos, bueno, ellos... contaron que alguien los retuvo en una cueva. Y que allí pasó de todo. Lo que contaron, me costará olvidarlo alguna vez en mi vida. Sí es cierto, cosa que con los años dejé de dudar, ese hombre era abominable... —Paola intentó encauzar a Gordon que parecía totalmente roto.

—Vamos por orden, inspector, los chicos en su declaración dicen que alguien los mantuvo retenidos en una cueva. Lugar que, por otra parte, nadie es capaz de descubrir en todos estos años...

—Hicimos batidas con perros, prácticamente de todo antes de que aparecieran, y ni rastro. Cuando volvieron estaban muy desorientados, era un día de tormenta, granizo, viento, lluvia, que llegaran al pueblo fue un milagro, y nunca fueron capaces de recordar donde habían estado. —Aquello no cuadraba para Paola, ya que tanto Casiano como Martiño, al menos ahora, sabían de sobra donde estaba. Aquello eran más complicado de lo que parecía. Dejó que Gordon siguiera hablando. —Después nos dieron algunos datos del secuestrador. Se trataba de una persona de talla baja, sobre un metro sesenta y con un tatuaje en la pierna, un dragón de tres cabezas. Lo buscamos por todos lados, pero no lo encontramos. Años después fue Casiano el que vino de nuevo a la comisaría. Dijo que lo había encontrado y lo investigamos.

—¿Y qué pasó?

—No había pruebas. Era un empresario, con buenas relaciones, empezó a mover abogados, los pobres chavales y sus familias no tenían donde caerse muertos, y al final no hubo ni juicio. Era la palabra de unos chicos pobres, contra un gran hombre de la sociedad orensana que tenía a su cargo cientos de puestos de trabajo, una causa perdida.

—Entiendo, podía haberse hecho mucho más, pero no se hizo.

—Yo tenía las manos atadas, pero me dolió mucho por ellos. Durante aquellos años estrechamos un lazo de amistad que se rompió con el tiempo, cuando Martiño y Moncho se convirtieron en franciscanos. No era lo mismo escuchar esas historias como una declaración jurada, que hacerla como colegas, con unas cervezas y que te lo contaran... —Los miró fijamente, mientras sus ojos seguían humedecidos. —Era terrible. Se te ponía la piel de gallina.

—¿Podría darnos el nombre de esa persona, del acusado?

—Podría, y lo haré encantado, pero él murió en un accidente hace unos años. Desgraciadamente si era culpable, nunca podrá pagar por sus actos.

—¿Y algún familiar, alguien que maneje su herencia?

—Sí, claro, su hijo, pero entiendo que a él lo habrán visto en el parador. —Costoya y Paola se miraron sin entender nada. Ya, quizá debería haber empezado por ahí. —Se acomodó un poco mejor en la silla, algo más tranquilo, mientras hacía un gesto al camarero para que les pusiera otra ronda. Los miró a los dos a los ojos y continuó. —Como les dije antes, el hombre al que buscaban era un gran empresario, uno de esos hombres sin los que difícilmente se podría entender el tejido empresarial de nuestra provincia. Se llamaba Adolfo, no me miren así, Adolfo Sirera. Era un hombre de mundo. Contaba que ese tatuaje se lo había hecho en una de sus innumerables visitas a Brooklyn y que allí había conocido al dragón de tres cabezas. Le gustaban los niños. —Volvió a mirarles a los ojos. —Demasiado. Y todo el mundo lo sabía. Era el típico que le gustaba contarles historias, acompañarlos en las paradas del bus, parar su coche junto a ellas si caminaban solas...

—¿Un puto pervertido?

—Algo así, comisaria, pero eran los ochenta, el aperturismo, parecía que todo estaba permitido

y sea como sea, jamás hubo pruebas contra él. Le sobraba el dinero. En todos los sentidos. Los chicos fueron de los pocos valientes que lo acusaron, y lo encontraron de casualidad. Pero otras personas a las que agredió, a las que vejó, sólo necesitó soltarles unos miles de pesetas de la época, a ellos, a sus padres, a sus abogados. Siempre salía indemne. Pero era demasiado poderoso. —Hizo una pequeña pausa mientras bebía un trago de su cerveza. —Sólo hubo otra persona más que se atrevió a denunciarlo. Su nombre era Rosalía. Era la chica más guapa de Luintra. —Hizo una pausa, se veía que aquello le afectaba personalmente. —Todos suspiraban por ella, pero no tenía prisa, prefería divertirse, estar con sus amigas, estudiar, pero un día desapareció. Casi no tuvimos que buscarla, dos días después volvió a casa. Estaba muda, rota por dentro, desquiciada. Su padre juró que mataría al que hubiese tocado a su hija. Y lo intentó, pero la jugada le salió mal. No seré yo el que defienda el ojo por ojo, pero si tocaran a uno de mis hijos les aseguro que haría lo mismo. El padre de Rosalía, cuando ella le contó que Adolfo la había violado, cogió el coche y como un loco condujo hasta su casa. Nunca volvió. Y nunca apareció su cadáver.

Nueve meses después nació una niña y la llamaron Guadalupe, como su abuela. Todos sabíamos quién era el padre, pero nadie hizo nada, nadie quería acabar como Tonecho, el padre de Rosalía. Ya saben ustedes, un pueblo pequeño: ver, oír y callar. —Poco a poco los que empezaban a dar muestras de abatimiento eran Paola y Costoya.

—Y esa niña es Guadalupe Antón. —Gordon, asintió.

—Efectivamente, comisaria. Pero la historia no acabó ahí. Su madre siempre reclamó la paternidad, primero por las buenas y al final por las malas, pero nunca lo pudo demostrar. Se dice que el día antes de su muerte fue al parador y allí vio a Adolfo. Le rogó y le suplicó que se apiadara de ella y de su hija, que era sangre de su sangre, pero él que era un ser vil, la echó a patadas de allí. Al día siguiente apareció colgada en su casa. Guadalupe tenía cinco años. Lo recuerdo bien, porque fue el día después de que el Dépor ganara su primera copa del rey, estábamos todos de resaca tras la fiesta de la noche anterior. Me tocó reconocer el cadáver, informar a su familia. Fue algo terrible. —El silencio se hizo por momentos en el Café Grilo de Castro Caldelas. Paola se pasó las manos por la cara.

—Joder, qué historia, qué vida. Y aun así sacó fuerzas de dónde pudo para convertirse en una atleta de élite.

—Miren, es sólo mi impresión, pero creo que por ahí canalizó su rabia. Fue cosa de su tío, que la cuidó como a una hija, es su entrenador. Él la adiestró y supo conducir toda esa fuerza interior hacia algo bueno, aunque se ve que nunca lo olvidó. Ella lo considera su padre. —A Costoya se le había quedado grabado un detalle.

—¿Y por qué fue Rosalía a buscarlo al parador?

—Ah, bueno, esa es una parte importante, él fue uno de los impulsores de la obra, de que lo convirtieran en parador y tiene la mayoría de las acciones de la empresa que lo lleva.

—O sea que, en realidad, es algo así como el dueño.

—Nunca pudo serlo, murió en aquel accidente, pero su hijo ocupó su lugar.

—Y curiosamente, puso a Casiano como director.

—Curioso o no, sus razones tendría, es cierto que Casiano tenía experiencia y conocimientos pero también estoy seguro de que hubo algo de connivencia y sobre todo remordimientos.

—¿Pero qué culpa tenía el chaval? —Gordon torció la cara hacia un lado.

—El chaval era de la edad de Martiño, Casiano y Moncho, iba a clase con ellos y cosas de chavales, ustedes ya saben, el caso es que ahora dirían que le hacían bullying, le robaban la

merienda, le pegaban, se metían con él, le llamaban gordo. En fin... —Paola empezó a hilar.

—...Y todo eso llegó a oídos de su padre que ideó un plan.

—Señora comisaria, si ese hombre ideó ese plan, es el ser más retorcido del universo, lo que les hizo a esos chicos fue horrible. —Les pasó una carpeta con fotos en las que se veía cuerpos llenos de marcas y heridas. —Y si pueden, nadie como ellos para contárselo y que lo entiendan mejor. Yo creo que sí quería darles un escarmiento se le fue de las manos, por alguna razón que desconocemos. No los mató de milagro y si no llegan a escapar, quizá, lo hubiera hecho.

—Resumiendo, ese hijo que ahora es dueño del parador y al que, curiosamente, no hemos visto en todo el fin de semana, fue el que sufrió abusos por parte de estos tres locos muchos años atrás, y el culpable de que ellos sufrieran todas esas vejaciones en la dichosa cueva que, curiosamente, luego tomaron como su propio trofeo. Hay cosas que me siguen sin cuadrar, pero me temo que sólo hay una persona que nos las puede aclarar, o quizás tres, así que será mejor que no esperemos más y vayamos a buscarlo. —Paola se levantó. Costoya y Gordon la imitaron.

—Le agradezco muchísimo su ayuda, inspector.

—¿Podría pedirles un favor?

—Usted dirá.

—¿Puedo acompañarlos? Yo los conozco, creo que puedo serles útil. —Paola puso gesto de conformidad.

—No veo por qué no, venga y así nos sigue contando por el camino, nos vamos al claustro de San Francisco, me han hablado mucho de él, pero no tengo el gusto de conocerlo, así que creo que ha llegado el momento ideal.

XLIII. OURENSE LUINTRA

Poco después de que Paola diera la orden de detención contra Casiano, éste intentó escapar, lo hizo como lo hacen los que tienen mucho que perder, pero no saben cómo hacerlo: A trompicones. Se acabó cayendo entra las tumbas de aquel mágico cementerio. Portela lo esposó y lo llevó de nuevo al claustro. El resto del equipo no tardó en llegar.

Paola, al entrar, les hizo un gesto para que los dejaran solos en aquel despacho entre reliquias, figuras y cuadros de San Francisco de Asís. En cuanto se sentó y lo tuvo frente a ella, lo miró a los ojos y movió de un lado al otro la cabeza mientras fruncía los labios.

—Esto no tenía que haber pasado, Casiano, tú y yo no teníamos que estar aquí sentados. —Él se encogió de hombros, mirando al suelo. Levantó la cabeza de nuevo para mirarla, el sufrimiento, por primera vez se veía reflejado de forma sincera en su rostro. Paola supo que aquella era su gran oportunidad, de poco valía atacarlo, tenía que darle la suficiente confianza para que en lugar de una confesión aquello fuese una conversación.

—Ojalá no hubiese pasado, comisaria, pero pasó. —Los ojos vidriosos comenzaron a soltar el lastre que aquel hombre llevaba acumulando durante los últimos veinticinco años.

—¿Qué fue lo que ocurrió, exactamente? Desde el principio. —Casiano cogió aire y comenzó a hablar.

—Éramos unos chavales. De quince, dieciséis años. Estábamos en el instituto de aquí de Luintra. Nos juntábamos mucho los tres, con Gonzalo y Moncho. Era otra época. Éramos fuertes, los más guays, los más duros, usted ya sabe. Nos aprovechábamos de otros niños, no se lo niego, a mí no me hacía demasiada gracia, pero cuando estás ahí metido sabes que o estás con ellos o en su contra, así que me volví como ellos. Veía la cara de sufrimiento de aquellos niños. A veces los llevábamos detrás de las barracas, la mayoría de las veces me quedaba vigilando. Allí, Moncho sobre todo los golpeaba, no con saña, sino poco a poco, les bajaba los pantalones, les robaba, en una palabra, los vejaba. —Hizo una pausa, miró a la mesa, Paola se dio cuenta y le hizo un gesto a Modesto, que lo veía todo tras el cristal de la puerta. Su gran escudero, entró.

—Traénos algo de beber, para mí agua. —Miró a Casiano que se dio la vuelta para mirar a Modesto.

—Para mí una cerveza por favor, o un par de ellas, y si puede ser 1906 pues mejor. —Volvió a mirarla y continuó su relato. —Había un chaval que era el hijo de un tío muy raro, Adolfo Sirera, ese señor siempre estaba cerca de los niños, al principio parecía el padre colega, simpático, pero poco a poco empezó a hacer cosas raras, aparecerse por las noches, tocar más de lo debido. A todos nos lo hizo, comisaria. Pero era intocable, el hombre más rico del pueblo, el que daba trabajo a muchos. Mis padres me decían que eran tonterías de niños, pero nosotros, en cuanto lo

veíamos aparecer, intentábamos estar lo más lejos posible. Le daba igual niños que niñas, adolescentes, él siempre estaba presente. Así que nuestra forma de venganza fue con su hijo, y le hicimos pasar por las cosas que su padre, decían que hacía. A nosotros no pasó de unas cachetadas o algunos intentos de caricias, pero alguno de los chicos contaba que los había llevado a la parte de atrás, al callejón y que allí les había obligado a manosearle. Nadie tenía pruebas, nadie había visto nunca nada, así que no sabíamos hasta qué punto aquellas historias eran ciertas, pero sólo verle la cara a aquel siniestro personaje, era suficiente para darte cuenta de que era culpable.

Y se las hicimos pasar putas al hijo, tanto que el padre se acabó enterando. Pero al principio no hizo nada. Nos miraba, no con odio, ni con rabia, simplemente nos miraba. Yo pensaba que quizá ese hombre estuviese enfermo y le gustaba todo aquello, incluso con su hijo o que, simplemente, estaba esperando su oportunidad. Y así fue. —Modesto trajo la bebida y Casiano le dio un buen trago a aquella cerveza fría. La miró.

—Y supongo que estamos hablando de mil novecientos ochenta y nueve. —Casiano, asintió.

—Exacto. Martiño y yo estábamos esa tarde por el monte, como muchas otras, era nuestra casa, pero la cosa se puso fea, era un día como hoy, de lluvia, tormenta, viento, eso a nosotros no nos importaba, estábamos más que acostumbrados. Todo pasó muy rápido, estaba agazapado, sabía bien como pillarnos. Primero fue a por Martiño y lo redujo en segundos, luego fue a por mí, me puso su mano en la boca y perdí la consciencia. Cuando nos despertamos estábamos atados a unas estalagmitas y Moncho también estaba allí. Después, éste nos contó como esperó a que saliera de su casa, lo redujo y lo metió en el coche. No sabíamos dónde estábamos, la cueva no era como usted la vio hoy, sólo una linterna colgada daba algo de luz, el resto era oscuridad. Y esa oscuridad fue la que se apoderó de nuestras vidas a partir de ese día.

—No lo reconocieron.

—No, llevaba un pasamontaña, siempre iba de negro, era imposible.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allí? —La miró con aquellos ojos profundos llenos de tristeza.

—Ni lo recuerdo, comisaria. Pasábamos horas en la oscuridad, con las manos atadas, con bichos recorriendo nuestro cuerpo, sin poder hablar, sin ver, solo sintiendo miedo. Así nos tuvo varios días, nos traía agua, nos levantaba a mear en una especie de caldero y vuelta al encierro. Cada día teníamos menos fuerzas, pero en un arranque, Moncho, intentó escapar y gracias a ello y a su pelea pudimos ver ese tatuaje en la pierna. Fue lo único que sacamos en claro, porque Moncho no le duró ni un asalto y nos castigó dos días sin aparecer. Cuando lo hizo, bañados en nuestros excrementos, muertos de hambre y de sed, ya no éramos personas, éramos putos animales. —Volvió a parar, recordar aquello le estaba costando un mundo, Paola pensó que el germen del odio había anidado tan internamente en aquellas personas que eran capaces de todo.

—Pero volvió a aparecer.

—Sí, y empezaron las torturas. Era un puto sádico. Lo peor fue para Martiño, supongo que le gustaba, ya era un tío guapo, alto, bien formado para su edad. Sinceramente, comisaria, no sé si está preparada para escuchar todo lo que le hizo aquel hombre. No sé si alguien lo está. A nosotros nos ponía de frente para que lo viéramos todo. Era horrible, jamás podré quitármelo de la cabeza. —Una lágrima recorrió la mejilla de Casiano, se la limpió mientras le daba otro sorbo a su cerveza.

—¿Los violó?

—¡Si sólo se tratara de eso! A Martiño lo violó, sodomizó, lo torturó. El dolor le excitaba, el dolor de los demás, claro. Y él era su preferido. En ese momento terrible, eres lo más egoísta del

mundo, y te alegras de no ser tú el elegido, pero con el paso de los años haber visto aquello, te deja tocado.

—¿Y a vosotros que os hacía?

—Nos quemaba con sus cigarros, nos arrancaba pequeños trozos de piel, nos azotaba, nos marcaba a latigazos, rememoraba en nosotros lo que, en mucho menos medida, habíamos hecho nosotros con Fidel, su hijo. La verdad es que llegó un momento en el que creí que merecía la pena morir, pero ni eso podíamos hacer, estábamos a merced de un monstruo.

—¿Y cómo consiguieron escapar? —Sonrió.

—El fuerte era Moncho, el guapo era Martiño, pero el listo era yo. Solía ponernos sobre una especie de manta en el centro, el lugar con más luz, pues había instalado un par de lámparas portátiles. Era una cueva y había piedras. Tuve la sangre fría de esperar a una de sus tandas de azotes y latigazos. La vi no muy lejos, podía alcanzarla, en uno de sus golpes me giré algo más de lo normal y la agarré con la mano, me recompuse y esperé el siguiente golpe y entonces le golpeé con la piedra en la cara. El tiempo justo para desatar a Moncho y a Martiño y salir despavoridos. Aquel monstruo estaba ya en pie dispuesto a contraatacar. Corrimos por aquel pasadizo hacia el exterior, lo recuerdo bien. Yo iba delante, Moncho cerraba el grupo. Aquel loco llegó a agarrarle la pierna, aún hoy conserva la marca de sus dientes en su pantorrilla, pero consiguió zafarse. A partir de ahí empezamos a correr sin rumbo, sin sentido, hasta que llegamos al pueblo.

XLIV. LA LEY DEL PUEBLO

Hicieron un pequeño receso para comer algo, y poder seguir con el interrogatorio. Sabían que el tiempo apremiaba pero también que necesitaban que el director del parador les contara todo. A su vez, Alba, Rafa y Marina seguían buscando pistas para dar con aquellos locos fugitivos.

—Entiendo que todo esto se lo contaron a la policía. —Casiano puso un gesto de duda.

—¿A quién, a Palomares? Usted no lo conoció, pero era de la vieja escuela, aún sin saber quién era el culpable se limitó a cumplir con el expediente. Éramos unos pobres diablos. Había gente que nos señalaba por la calle, que creía que nos lo habíamos inventado. Comisaria, la sociedad de finales de los ochenta no era la de hoy en día. Así que nos dejaron, teníamos que dar gracias por haber sobrevivido.

—¿Y sus familias?

—Bastante tenían con el susto, y con la desgracia de lo que pasó, con la cruz de que podía haber sido una chiquillada, ¿pero quién en su sano juicio inventa algo así? Los enfermos eran ellos, siempre desconfiando, tiene que entender que esto era un pueblo, que se regía por otras normas, muchas veces por encima de la ley. Son normas no escritas pero que siempre se respetan.

—Así que nadie los ayudó. —Negó con la cabeza mientras acababa su primera cerveza.

—Ni nos ayudaron a coger a ese hombre, ni mucho menos a curar nuestras heridas, y no digo las externas, sino las que te quedan en la mente, en el interior. Martiño se pasó meses sin hablar con nadie, sin ir al colegio. Sus padres, con buen criterio, decidieron marcharse a Ourense y poco a poco, se fue recuperando. Volvía los fines de semana, y pasados esos primeros meses volvimos a quedar, empezamos a salir y a madurar y donde quiera que fuéramos, si veíamos a un hombre de un metro sesenta con aspecto rudo y con problemas de dicción, intentábamos ver su pierna izquierda. Hasta que la casualidad quiso que un día en la piscina me topara con él. Así, desnudo, delante de mí. Si me reconoció, disimuló muy bien, pero yo supe que era él. Aquel tatuaje era único. Y fui a la policía. Palomares ya estaba retirado, así que fue Gordon el que se ocupó a fondo del caso. No lo culpo. Él lo intentó por todos los medios, pero aquel hombre tenía poder, no había pruebas, tenía coartada para aquellos días. Nos costó un mundo que nuestras propias familias nos creyeran, ¿y de qué sirvió? Mi padre murió de un ataque al corazón poco después, murió de pena. Sé que intentó arreglarlo con la ley del pueblo, pero no lo consiguió, porque eso mismo fue lo que lo mató.

—¿Qué es eso de la ley del pueblo? —Casiano se tomó su tiempo para empezar.

—Si hay pruebas de que uno de los vecinos ha hecho algo a otro de la comunidad, le juzga el consejo del pueblo. No les voy a decir que su autoridad esté por encima de la suya, pero les aseguro que el que es culpable paga por lo que hizo, lo diga o no la justicia.

—Y Adolfo Sirera acudió a aquel juicio del consejo...

—Efectivamente, comisaria, mi padre fue el que lo convocó, su funcionamiento era sencillo, el que acusaba tenía que demostrar que el acusado era culpable de los hechos. Tenía que convencer al consejo. Si lo hacía este le aplicaba el castigo.

—¿Qué castigo?

—Dependiendo de los hechos, podía ser uno u otro.

—¿Y quién se encargaba de hacer justicia, de aplicar ese castigo?

—Eso lo decidía el consejo, una vez que el acusado era considerado culpable. Era secreto.

—Me está diciendo que funcionaba el ojo por ojo, pero eso supondría muchas denuncias falsas.

—No señora, la moral era distinta y acusar no salía gratis. Si el culpable era declarado inocente y por lo tanto se sentía agraviado por la falsa acusación, tenía derecho a exigir algo al acusador.

—A Paola, aquello le daba cada vez más miedo.

—¿Y qué es lo que le pidió Adolfo Sirera a su padre? —Los miró con lágrimas en los ojos.

—¿Es qué no lo imaginan? ¿De verdad? —Paola y Costoya se miraron incrédulos. No podía ser. Casiano se estaba viniendo abajo. —Adolfo esa noche entró en mi casa, y mientras mi padre y yo estábamos en el salón y lo escuchábamos todo, subió a la habitación y se folló a mi madre. Eso fue lo que pidió a cambio. —Paola pensó que aquello era incomprensible, e intentó situarse treinta años atrás, y aun así recordó cómo su juventud había sido totalmente distinta, no se lo podía creer. Sintió pena por Casiano, que en aquel momento era ya un baño de lágrimas.

—Pero eso es una atrocidad...

—El consejo del pueblo estaba formado por hombres, para hombres, para ellos las mujeres eran sólo un trofeo, y eso era lo que quería ese monstruo, otro trofeo. La única condición era que no hubiese ningún tipo de violencia, sólo sexo, y que nosotros teníamos que estar en la casa. Mi padre no pudo volver a mirar a mi madre a la cara y murió semanas después. —Los miró a los dos, no tenía consuelo. —Nunca me lo perdonaré. —Paola se retorció en su silla y acabó levantándose. Se acercó a la ventana. Aquello le parecía tremendo, sacado de una película de terror, en su momento más empático se puso en la piel de Casiano y en cómo había aguantado con aquel odio dentro, todos aquellos años. Volteó la cabeza para mirarlo y lo vio sentado con las manos en la sien, llorando, y pensó que merecía un abrazo, pero ella no era quién, ella era Paola Gómez, comisaria antes que persona y estaba allí para resolver unos crímenes, aunque siempre acababa encontrándose de frente con que la realidad era todavía más macabra de lo que cualquier escritor retorcido podía imaginarse. Volvió a su sitio sin dejar de mirarlo. Intentó que aquella pausa le sirviese para retomar el interrogatorio y llegar al final de todo aquello. Costoya era bastante más frío que ella.

—Y usted, después de todo esto juró venganza. —Casiano levantó la cabeza.

—¿Y quién no lo haría? Si tú mismo eres vejado, tu padre se muere de pena y tu madre no quiere salir a la calle por la vergüenza de sentirse mancillada...

—¿Y lo intentaste?

—No tuve tiempo. Tenía mil planes en la cabeza, algunos compartidos con mis amigos, pero aquella mujer, Rosalía, aquella mujer fue el detonante de todo lo que pasó después. Supongo que Gordon les habrá puesto al tanto.

—Nos puso al tanto de lo oficial, pero no sé por qué, me temo que hay algo más que no sabemos. —Casiano asintió.

—Adolfo la secuestró, la violó, la retuvo un par de días y luego la soltó. Ella volvió a casa y se lo contó a su padre, que no tardó en ir a buscarlo saltándose la ley del pueblo. Adolfo lo estaba

esperando, en cuanto entró en la casa acabó con él de un perdigonazo y enterró su cadáver en algún sitio que se llevó a la tumba. Nadie pudo demostrarlo. Aquella niña que llevaba dentro Rosalía era hija de Adolfo, pero nunca la reconoció. Lo que no se esperaba es lo que pasó después. Era el año noventa y cinco, en el parador estábamos todos viendo el partido del Dépor, la final de la copa del rey, la segunda parte, pues la primera se había suspendido por la lluvia, era un martes. Y allí apareció Rosalía, se encaró a Adolfo, le pidió que reconociera a la niña. Sabía que todo sería en vano, pero ella no estaba allí por eso. En un despiste se llevó el vaso con el que estaba bebiendo Adolfo y se marchó. Al día siguiente se colgó.

—¿Y qué hizo con el vaso? —Casiano, sonrió.

—Se lo dejó a Moncho esa misma noche, sabía que él haría lo que tenía que hacer. —Paola empezaba a hilarlo todo.

—La ley del pueblo.

—Exacto, comisaria. Moncho convocó al consejo del Pueblo, acusó a Adolfo después de invertir tiempo y dinero en demostrar que el ADN del vaso y el de Guadalupe tenían coincidencias. Se demostró que era su padre.

—¿Y él que hizo?

—No lo aceptó.

—¿Pero no se suponía que debía acatar la ley del pueblo?

—Creyó que podía estar por encima de eso, también. Pero hay cosas que ni el dinero, ni la posición, ni nada de eso puede comprar.

—Ya entiendo, y días después murió en un accidente de coche. —Casiano afirmó juntando los labios y moviendo arriba y abajo la cabeza.

—La ley del pueblo se cumplió y ese hombre al fin murió por sus pecados.

—Quiere decir que ese accidente se provocó.

—Yo no digo nada, sólo, que se cumplió la ley del pueblo.

LXV. FIDEL

Hicieron otro receso, aunque Paola no podía dejar de mirar el reloj. Eran casi las siete ya, realmente le daba igual, sabía que tenía que llegar al fondo de aquel asunto antes del día uno, y que no lo lograría si presionaba demasiado a Casiano. Miró a Costoya y éste le hizo una caricia en el brazo. Aquel interrogatorio, aquella historia le estaba afectando, tenía que mantenerse en un plano alejado, pero eso para ella era imposible. Salió a tomar el aire, mientras Casiano terminaba de tomarse el café y los bollos que Modesto le había traído.

—¿Estás bien, jefa? —Era su salvador quién le hablaba. Lo miró con cariño y una media sonrisa.

—Estoy y ya, que es bastante. La cabeza me revienta, pero sé que me tengo que mantener despierta y activa hasta que esto haya terminado.

—Lo que ese hombre os está contando... —Paola volvió a mirarlo a los ojos y sintió un tremendo escalofrío.

—...Es terrible, Modesto. La historia de esos chicos, de sus familias, de ese pueblo, no sé qué decirte, simplemente, me está llegando muy a dentro.

—¿Tanto como para exculparlos?

—No, para eso no, pero sigo siendo yo, Paola Gómez, no me pidáis que no empaticé con la gente, aunque sean asesinos.

—Sabes que te entiendo. —Paola estiró una mano y le hizo una caricia en la cara.

—Posiblemente eres el que mejor lo hace. Vuelvo a dentro, el tiempo apremia.

Cuando volvió, Casiano y Costoya compartían aquellos bollos, mientras María, Portela y Ana estaban junto al ordenador. Fue esta última la que le informó.

—Llama a Alba, tiene algo importante...

—Ahora mismo. —Cogió el teléfono y marcó, volvió a salir al frío febrero orensano. —Corazón mío, infórmame.

—Jefa, es sobre ese hombre, Fidel Sirera, su móvil lleva desde ayer, poco antes de las nueve de la noche, sin dar señales de vida y lo más importante de todo: —Hizo una pausa que a Paola se le hizo eterna. —El parador no es la única empresa en la que figuraba como administrador, hay otra muy conocida y destino de la mayoría de orensanos y turistas los días de calor, las termas de A Chavasqueira.

—Mierda, no. No me jodas Alba, ¿estás segura?

—Totalmente, comisaria, creí que debía saberlo antes de seguir interrogando a ese hombre. — Paola empezó a pensar que si aquellos locos tenían en mente hacer lo que creía que querían hacer,

no merecían ningún perdón de Dios. Entró en la sala y le hizo un gesto a Costoya para que prosiguieran. Casiano la miró, parecía ya menos afectado.

—Fidel Sirera, ¿por qué, cuándo y dónde lo han secuestrado?

—La razón parece obvia, ¿no?, es la ley del pueblo, los hijos han de purgar las faltas de sus padres si estos mueren.

—Pero Adolfo cumplió su pena muriendo. —Casiano le dio a la cabeza.

—Cumplió su pena con respecto a Rosalía pero nunca ante nosotros. Así que su hijo, tarde o temprano, tenía que cumplir.

—Hijo, que por otra parte, te puso a ti de director.

—Le pudo la culpa, pero también es cierto que no encontraría a nadie mejor preparado que yo.

—Y usted aceptó.

—Yo encantado, me gusta mi trabajo y además conocía los pasadizos y siempre tuve en mente la arqueta.

—Arqueta que tuvo la mala suerte que no fuera directamente a sus manos.

—Pues sí, aquellos idiotas se la dieron a Edelmiro, para no meterse en follones, debieron pensar que sí eso salía a la luz tendrían que parar las obras, y ya sabe cómo funciona este país, que tiras la piedra y escondes la mano, y así nos va. Total que él se lo dijo a Adolfo y la escondieron.

—Y no supiste nada de la arqueta durante años.

—No, aunque seguí buscándola. Hasta que un día, Edelmiro me lo confesó, pero no me dijo donde la tenían. Fue entonces cuando maquiné el plan, dar pena con el estado del parador, aprovechar la situación de Edelmiro en casa, fui sumando y conseguí, al menos, el tema de la puja, porque los muy hijos de puta seguían sin confiar en mí.

—Hasta que un día, justo antes de la puja, Afonso le dijo dónde estaba. —Casiano, sonrió.

—Ese cabrón me engañó. Me puso a prueba, y me pilló. Supo que no era trigo limpio, así que me dejó fuera de juego. Después ya fue el grupo el que tomó cartas en el asunto.

—Colebras organizaba la gala, María la puja y tú las habitaciones. No te fue difícil colocar a los pujadores y a mí en las habitaciones con pasadizo. Además tenías la llave maestra para entrar y registrar a tu gusto.

—Bueno, yo les di las facilidades, pero fue Guadalupe la que hizo el trabajo. Ella entró en las habitaciones de Demetrio y de Fátima y mató a Afonso. —Aquella confesión de Casiano la puso en alerta, ni siquiera se lo había preguntado.

—Afonso era su amigo. —Casiano le dio a la cabeza.

—Lo era y por eso me enfadé con ellos y les dije que no quería participar más en esto, que me apartaba de todo. Y luego pasó lo de Maruxa y sobre todo lo de María y me planté.

—Y le amenazaron.

—No sólo eso, comisaria, ya lo vio. Secuestraron a mi niño. Casi lo matan...

—Y por eso les siguió ayudando...

—¿Tiene hijos, comisaria? Pues cuando uno los tiene le cambia la vida, lo importante ya no eres tú, sino ellos, así que sí, a pesar de no estar de acuerdo tuve que seguir ayudándoles. Mire, yo no soy extremista, no soy Franciscano ni comprendí mucho por qué Moncho y Martiño se metieron a monjes, al principio pensé que era algo pasajero pero luego, cada vez que los veía, eran un poco más radicales...

—Sin embargo, les ayudó con Fidel.

—A ver, lo de Fidel era la ley del Pueblo y eso había que respetarlo. Martiño lo acusó como

descendiente de su padre, presentó las pruebas y esta vez el consejo nos dio la razón, así que sabía que ellos irían a por él. Pensó que yo no estaba en el ajo, sinceramente fui un poco hipócrita, esa era mi función y el día de la gala, justo cuando todo el mundo estaba más pendiente de ustedes, del estrado, de los famosos, lo secuestramos y lo metimos en la cueva. Así de fácil, la primera parte del plan había salido perfecta, pero luego todo se empezó a torcer.

—Hasta que mataron a Demetrio Luna y éste les contó que era Fátima quién había escondido la reliquia.

—Yo no he matado a nadie, ni les he ayudado a hacerlo, es cierto que he abierto puertas, cerrado armarios, facilitado habitaciones, pero nunca he matado ni he hecho daño a nadie.

—Será un atenuante, pero más lo será si nos cuentas que es lo que piensan hacer estos locos. — Casiano le dio otro sorbo a su segunda cerveza y continuó.

—Ya os dije que intenté desmarcarme, en realidad todo lo de Gallaecia me supera, yo no pertenezco a ellos. Pero lo que sí sé por palabras de Martiño es que morirá mucha gente. —Los miró serio. —Miren, yo no quiero que muera nadie más, si necesitan que les ayude lo haré, pero ellos ya no confían en mí, téngalo en cuenta.

—Son sus amigos.

—Lo son, pero están idos, todo ese rollo del Ramón Llul, de la quinta esencia, de un tercio, todo eso se les fue de las manos. Fidel merece un escarmiento, hasta ahí estoy de acuerdo, pero nada más.

LXVI. OJOS DE HIELO

En cuanto Alba terminó de contarles las bondades de aquel hombre, llamado Fidel Sirera, una luz se alumbro en la cabeza de un arrepentido: Casiano. Se dirigían a toda velocidad y con las sirenas a toda trapo hacia las termas de A Chavasqueira: Paola, Costoya, Modesto y él en un coche, y a pocos metros de distancia María, Portela, Gordon y Ana en el otro. Milo y Matilde seguían en Ourense a la espera de órdenes. Nunca se sabía dónde podía aparecer otro fiambre.

—Comisaria, dije que les ayudaría y lo haré, pero tiene que dejarme hacer un par de llamadas, es importante. —Paola miró por el espejo de acompañante a la parte trasera y vio los ojos de Casiano, aquellos que tantas veces habían conseguido engañarle en ese terrible día y pensó que, una vez más, tampoco perdía tanto. Pero antes, se aseguró de que Alba grabase todas las conversaciones.

—Está bien, Casiano. No sé lo que pretendes pero espero que sea bueno. —Le pasó el móvil y vio su sonrisa, tenía el palpito de que esta vez estaba haciendo lo correcto. La primera conversación fue rápida, no pasó de los monosílabos y de una frase que sí tenía significado para ella: «*Hay que convocarlo...*» Colgó y marcó otro número con más o menos la misma conversación. Al terminar esbozó una sonrisa y le devolvió el teléfono.

—¿Me va a contar cuál es el plan?

—Vosotros encontradlos, llegado el momento dejadme hablar con ellos. —Costoya, intervino.

—Realmente, ese es el único motivo por el que vienes en el coche sino ya estarías encerrado. —Conducía a toda velocidad. La mano de Costoya le sorprendió en su pierna, le sonrió, la conocía demasiado bien. Intentó respirar, pausada, rítmicamente, para recuperar el pulso y centrarse en lo que tenía que centrarse, pero era difícil. A unas pocas calles de allí, tuvo que parar el coche, Paola se bajó con el corazón a punto de salirsele, se apoyó y miró al suelo, quería vomitarlo todo, pero no podía.

—Tranquila, Paola, vamos, son los nervios, la ansiedad, no dormir. —Ella lo miró con cariño, pero a la vez con determinación, negando con la cabeza.

—No, Costoya, son los recuerdos, la culpa, la pena, la frustración. Cada muerte pesa en mi cabeza, cada historia se convierte en parte de la mía... —Los sentimientos son como una montaña rusa, el día que subes todo es muy bonito, pero siempre tendrás que bajar y eso es lo más duro.

—Paola, no te ralles, vamos, piensa en lo que tenemos entre manos, si no te dejaste caer aquel día en Breamo, con todo el peso que eso significaba para ti, aquel golpe sería mortal para cualquiera y tú fuiste fría y seguiste adelante... —Lo recordó, aquel tronco en mitad del bosque, la llamada de su madre, su confesión. Poco a poco empezó a recuperar el aliento. Llovía a cántaros. Se secó las lágrimas que nadie podía ver. Miró a Costoya. No era nada sin él. Lo abrazó fuerte,

muy fuerte. Modesto se emocionó desde el asiento trasero. Ellos eran la familia que encuentras, esa de la que jamás quieres separarte. Al despegarse, Paola levantó la vista y estudió la situación. El inspector puso la radio y el destino, ese cabrón caprichoso quiso que sonara aquella vieja canción:

«No importa que hoy no haya salido el sol, me haces sentir que tu luz es más fuerte. Da igual que no utilices la razón porque nunca te ha faltado suerte... Escucha, sé que no debes pensar, ¿por qué he tardado tanto en conocerte? Tú sabes que no sé aprender a volar tan fácilmente y que además el viento, nunca miente».

Si la intención de Costoya era relajar el ambiente sólo consiguió que a Paola le cayeran dos enormes lagrimones por las mejillas mientras recordaba sus dieciocho años. El inspector hizo el gesto de apagar la radio pero ella le agarró muy fuerte la mano y negó con la cabeza.

«Y no volver a pasar delante de tu mirada, puedes hacerme temblar y no quiero ver, tus hijos de hielo llorar...»

LXVII. A CHAVASQUEIRA

Recuperando el carácter made in Paola, cogió el teléfono y recordó que tenían un asunto pendiente con Palau, el gran jefe.

—Buenas noches, jefe, dígame que ya ha mandado los refuerzos. —El silencio se hizo al otro lado de la línea durante unos larguísimos segundos.

—Paola, están de camino...

—No me jodas, jefe, necesito saber que el lugar está despejado, son más de las diez, espero que tengamos suerte.

—A ver, Paola, no sabemos lo que intentan esos locos y me parece, hilar muy fino, pensar en que quieren cargárselo allí, pero con este día y a estas horas, en las termas no queda ni el apuntador. —La comisaria intentó respirar despacio para no perder los nervios y no decirle a Palau lo que estaba pasando por su cabeza. —Me acaba de llamar Urizar y están al tanto de todo, conservemos la calma.

Casiano, antes de salir de Ourense, había intentado ponerse en contacto con Martiño y Guadalupe sin éxito, estaba claro que ya sabían que el director del parador estaba al otro lado de la línea que separaba el bien del mal. Sólo tenían aquella pista, aquella dirección y estaban dispuestos a arriesgarse.

Alba, los tenía al día de lo que iba sucediendo con los compinches de Gallaecia repartidos por el mundo, todos controlados y alguno detenido, eso sí, nada debería salir por ahora a la opinión pública, antes de detener a la mujer de los tres dragones y al cabecilla de todo aquello: Martiño. Paola colgó e intentó sonreír. A los dos minutos sonó aquella melodía del Sweet Child O'mine, era ella otra vez.

—¿Cómo? ¿Qué está ardiendo? ¡No me jodas, Alba, no me jodas! —Tiró el teléfono y siguió conduciendo. Abrió la ventanilla, circulaban por la carretera de tierra que conducía directamente a la Chavasqueira, el olor a quemado empezó a penetrar en el coche, otra vez.

—No jodas...

—Sí, esos hijos de puta lo han quemado vivo, y espero que sólo haya sido a él, siempre llegamos tarde, joder.

—No puede ser. —Casiano pensó que estaba mejor callado, pero aquello no le encajaba.

Llegaron frente a la verja de entrada, los bomberos, ambulancias y algunas patrullas estaban de camino, se oían las sirenas por todos los rincones. Paola salió como un miura del coche y les gritó.

—¡Quedaros aquí! —Era una amenaza en toda regla, pero desde el coche escoba, Modesto llegó a tiempo de aplacarla, el resto le ayudaron.

—¿A dónde crees que vas? ¿Qué eres Hellraiser ahora? Está ardiendo, Paola, deja a los profesionales.

—¿Y si podemos salvarlos?

—¿Y si morimos todos por seguirte a ti? —Costoya no intervenía, sabía por qué Paola se lo estaba tomando tan personal, y por qué usaba el plural, aunque suponían que sólo Fidel estaba dentro. Empezaba a delirar. De repente, se dio por vencida, justo cuando llegaban al lugar las primeras dotaciones de bomberos. Se tiró junto a la verja y se cubrió las manos con la cara. Modesto la dejó e informó a los bomberos. A Chavasqueira estaba totalmente en llamas. Costoya se acercó a Paola, despacio, se agachó con dificultad, y le habló.

—Yo no podría entrar, jefa, ni aunque me lo pidieras de rodillas. —Señaló a su cazadora. —Me la regaló mi hija, y he visto muchas películas de catástrofes y al final siempre sirven para apagar algún fuego y como usted comprenderá para mí tiene un valor sentimental. —Le sonrió. Ella puso la cabeza en su hombro. Lloraba de desesperación.

LXVIII. EL CONSEJO

Casiano no paraba de dar vueltas alrededor de ellos, nervioso, mirando el reloj. Eran las once. El jefe de bomberos salió para informarles.

—Estamos intentando controlar el fuego, no será fácil, el viento no nos está ayudando, pero sí la lluvia. —Se dirigió a Modesto, con el que había hablado antes de entrar. —Por ahora no hay rastro de ningún cuerpo, tampoco había ningún coche en las inmediaciones así que creemos que estaba vacío. Sea como sea, los mantendré informados.

—Gracias, jefe. —Fue entonces cuando Casiano se atrevió a acercarse a Paola que seguía en el suelo, pegada a Costoya.

—Mire, sé que le sonará raro, pero creo que tengo una idea de lo que está pasando, los conozco, comisaria. —Paola incorporó medio cuerpo.

—Lo escucho, Casiano.

—Han quemado la Chavasqueira para joderlo, pero sólo es una distracción, no es lo que se ajusta a la ley, ¿me entiende?

—Como no te expliques un poco mejor, no, Casiano, y ve despacio.

—Nos tienen aquí, quietos, mientras lo llevan a otro lugar.

—Dime que tienes alguna idea de a dónde.

—Los consejos del pueblo se celebraban siempre a las doce de la noche. Sólo se me ocurre un sitio donde lo puedan llevar a cabo: Luintra. —Paola miró a Costoya, que asintió.

—Yo aquí ya estaba cogiendo frío, aunque parezca mentira, ¿y qué coño perdemos por ir otra vez a Luintra? —La ayudó a levantarse y se metieron en el coche. Modesto los imitó, dejando a Gordon en las termas por si acaso.

Les separaba algo más de media hora, Paola aceleró a fondo, mientras seguía interrogando a Casiano.

—Ese hombre está condenado por la ley del pueblo, pero no ha tenido un juicio, según la ley, debería estar presente para poder defenderse.

—Pero la gente del pueblo no lo permitirá. Estamos en el siglo XXI.

—Una de las llamadas que hice antes fue a uno de los consejeros, no sabía nada, pero me dijo que a quien hierro mata..., a hierro muere. ¿Me entiende, comisaria?, es posible que sólo lo hagan de modo simbólico y matarlo allí no sea más que eso, la culminación de una venganza, pero más vale asegurarnos, ¿no cree? —Asintió y lo miró por el espejo.

—Confío en que la intuición no le falle, Casiano.

Cuando estaban llegando les aconsejó aparcar a unos doscientos metros, para sorprenderlos. Eran las doce menos diez. Paola miró a Costoya.

—A las doce será día uno, inspector.

—Lo sé, jefa, si tu intuición es correcta puede tener que ver con lo que Casiano nos cuenta. Y con todo lo que planeaban hacer esos locos por el mundo.

—Ir de lo particular a lo general, de lo sencillo a lo complicado, de lo local a lo mundial. Como las enseñanzas de Llul, llevadas al extremo. —Costoya afirmó.

—El fanatismo, en grado superlativo. Ese era su plan.

—Es hora de descubrirlo.

Sigilosamente llegaron a la parte de atrás, en lugar de hacerlo por las carreteras generales, lo habían hecho por caminos que Casiano conocía a la perfección. Ya veían la estela de la Plaza de Luintra. Se trataba de un triángulo equilátero, en cuya base, y frente a ellos, estaban los bares, restaurantes, comercios, y en el centro, su iglesia. La noche no les impidió ver la figura de un hombre, quieto en el centro de aquella enorme plaza, a unos cinco metros de la entrada al recinto sagrado. Estaba sentado en el suelo, atado a una especie de escultura, muy parecida a una estalagmita, hasta para eso eran fetichistas, pensó Paola. Reinaba el silencio, pero poco a poco, desde su posición, agazapados, empezaron a ver personas llegar desde ambos lados de la plaza, no daban crédito, quedaban escasos minutos para la medianoche. Casiano, susurró.

—Se lo dije, comisaria. Ha convocado al consejo para que se pueda defender.

—Esto es demencial, medieval, no sé ni como calificarlo.

—Son tradiciones, entiendo que no lo comparta, pero aquí, en Luintra, para bien o para mal, las cosas siempre han sido así.

—Tenemos que entrar y evitar esta locura. —Portela, avanzó posiciones y se situó al lado de la comisaria.

—Sólo tenemos un problema, no sé si desde aquí eres capaz de verlo, jefa, pero tiene unos cables que le sobresalen desde la espalda.

—¿Quieres decir que...?

—Mucho me temo que tiene una bomba pegada el cuerpo.

—Sea como sea, tenemos que intervenir. Haz una cosa, Portela, si eso es una bomba, o lo que sea, la tendrán controlada con algún dispositivo, seguramente un móvil, para hacerlo estallar. Llama a Alba, dile que apague la cobertura en todo Luintra, sé que no será fácil, pero es nuestra única oportunidad si las cosas se tuercen.

—A la orden, jefa, me pongo con ello.

—Los demás: Modesto, Ana y yo entraremos, mientras Costoya y María os quedaréis con Casiano en la retaguardia y os encargáis de cubrirnos. —Todos asintieron.

—Eso está hecho, jefa. —Paola volvió la vista a Portela y lo vio hablando por teléfono, supuso que con Alba. Si aquello se torcía, la única posibilidad de que no ocurriera una desgracia estaba en sus manos. Se arrastraron junto a los coches que estaban aparcados en el margen izquierdo. Podían ver a la gente, reunida en uno de aquellos bares que daban a la plaza. No sabía si aquello era ignorancia o tradición, pero tenía que pararlo y después de lo de la Chavasqueira no los esperaban. En este caso, de no ser por Casiano ya hubiera tirado la toalla. Dio la orden de avanzar, era lo hora. Le hizo un gesto a Modesto para que el diera la voz de alarma, odiaba la suya.

—¡Alto, policía! —Notó el revuelo, no sólo en la terraza del bar sino también dentro, al menos parecía que no había nadie armado. Le hizo un gesto a los compañeros de la retaguardia para que avanzaran y ella entró en el bar. Al fondo de la barra vio a Guadalupe y a Martiño con el móvil en alto. Sabía lo que estaba queriendo decir con aquello. Le hizo un gesto a Ana y Modesto para que

bajaran las armas. El resto de la gente del local empezó a salir, dejándolos solos. Paola lo miró a los ojos, no era la primera vez, pero nunca sabías cuándo podía ser la última.

—No es necesario que nadie más muera.

—Eso no lo decide usted, comisaria, sino la ley del pueblo y en este caso ha sido muy clara, ese hombre que ve ahí es un excremento de la sociedad. Pero permítame una pregunta, ¿dónde está el traidor? —Paola lo entendió.

—Él no tiene nada que ver.

—Sin él no hubieran llegado hasta aquí, quiero que dé la cara, sino le juro que apretaré el botón y ¡pum! —Paola pensó que necesitaba tiempo, pero era poner en peligro a un inocente, dudó. Confió en su instinto. Llamó a María y el director del parador no tardó un minuto en entrar por la puerta.

—Ya estoy aquí, Martiño, ¿no crees que hemos llegado demasiado lejos?

—Me alegro de que al menos utilices el plural, pensé que ya creías que estabas al margen del plan.

—Le estoy, Martiño, y lo sabes, desde que esa loca mató a mi amigo, Afonso.

—En una guerra, siempre hay pérdidas, ¿qué pensabas? ¿qué te irías de rositas con la pasta de la venta de las reliquias, era eso? —Paola se dio cuenta de que finalmente el dinero había tenido demasiada importancia, más que el fanatismo religioso, porque todo tenía un precio. Aquellos locos, que creían tener en su poder la reliquia con los anillos de los nueve obispos, tenían un comprador, y supuso que ese, y no otro, era el final del plan. Intervino.

—Todo por la pasta.

—En beneficio de todos, siniestro total. Se ve que somos de la misma quinta, comisaria. Claro que es por dinero, ¿por qué sino? Yo no soy ningún fanático como Moncho, ni el resto de franciscanos, soy un simple humano que le gusta el lujo, el consumismo, y con muchas ganas de venganza. Las chorradas esas las dejo para los demás, si el resto quiere gastar su energía y su dinero en sembrar el odio en el mundo, lo respeto, pero para mí eso no merece la pena.

—¿Y qué lo merece? —Miró a Guadalupe.

—Ella lo merece, comisaria, las personas como ella. Pero le diré mejor quién no lo merece. —Miró hacia Fidel, que seguía en el centro de la plaza. —Ese hombre no lo merece.

—Le recuerdo que no fue él el que los tuvo encerrados, sino su padre. —Martiño miró a Casiano y luego volvió a mirar a la comisaria.

—Ya se lo contó todo el parlanchín este, ¿no? —Notó una mezcla de rabia y tristeza en la cara de Martiño, y en ese momento le dio pena, a pesar de tener en su mano un arma mortal.

—Supongo que lo mismo que me contaría usted si se hubiese atrevido a contarme la verdad. —Martiño la miró, pensó en lo mucho que le separaba de las personas como ella, personas normales.

—Quizá, él pudo decirle más que yo, lo vio más desde la barrera, yo lo sufrí más en mis carnes. Aquel animal, desgraciado, ¿pero sabe qué? Por desgracia hay mucha gente como él. Sí, no ponga cara de susto, en el mundo hay mucha gente mala. Pero mala de verdad, no como nosotros, le hablo de esa gente que le gusta hacer daño por placer, le gusta pisar a los demás, siente algo íntimo al infligir dolor. Quizá debería ser esos contra los que debería articular el brazo de la ley.

—También lo hacemos, Martiño. —Negó con la cabeza.

—Créame que no, y a las pruebas me remito. Nadie nos creyó, durante años, ¿verdad, Casiano? —Éste negó con la cabeza. —Y claro, en esas circunstancias lo que para ustedes sería lógico es

que nos calláramos, que nos metiéramos en nuestras casas, con nuestras familias, y siguiésemos adelante, como si nada, ¿no?

—En parte lo entiendo, pero las circunstancias...

—Dígame una cosa, comisaria, ¿cómo se hace eso? ¿cómo se pasa página cuando te han hecho todas esas barbaridades y el culpable sigue libre?

—El culpable murió hace muchos años, Martiño, y lo sabe.

—Gracias a la ley del pueblo, pero ese, el que está ahí fuera, también es culpable y fue por su culpa, y por ser un puto chivetas, por lo que llegamos a aquella mierda de cueva, y eso no lo olvido, y en la ley del pueblo le recuerdo, comisaria, que el hijo también paga por los crímenes de su padre. —Casiano, intervino, eran las doce.

—Hay una cosa que no tuviste en cuenta, Martiño, que los crímenes propios prevalecen sobre los del padre. —Lo miró con cara de no entenderlo. —Ese hombre de ahí afuera tiene que pagar primero por sus propios errores. —Paola empezó a entender las llamadas que había hecho Casiano desde el coche.

—¿Qué coño dices, Casiano? No me jodas. —En ese momento entró en el bar un hombre muy mayor, apoyado en un bastón, con un sombrero de paja en la cabeza, tendría más de cien años. Era el caporal, presidente del consejo del pueblo. Se plantó en el centro del bar y comenzó a hablar.

—Suelta lo que tienes entre las manos, Martín, tenemos que juzgar a ese hombre en el consejo del pueblo.

—Pero, ya estaba juzgado, es culpable por los crímenes de su padre, ¡tiene que pagar! —Martiño estaba fuera de sí. El caporal se acercó despacio y extendió la mano.

—Todos sabéis cómo funciona la ley. Sus crímenes prevalecen sobre los de su padre. Acaba de ser acusado por proxenetismo y abusos, y será juzgado por ello, así que pagará por sus crímenes, tal y como marca la ley. No me obligues a repetírtelo, Martiño, dame ese aparato del diablo. —Desencajado, sin argumentos, no dejaba de mirar a Casiano, que con cariño en la mirada le imploraba que se rindiera. Extendió la mano y en el último momento, cuando el caporal estaba a punto de coger el móvil y acabar con todo aquello, la mano de Guadalupe Antón se estiró y con la otra disparó su arma al aire, todos se agacharon, aquello les había cogido por sorpresa.

—¡Hijos de la grandísima puta, a mí no me vais a joder otra vez! ¡Morirá, cueste lo que cueste! —Paola, intervino.

—Guadalupe, es tu hermano, piénsalo, tu único hermano, su único pecado es el mismo que el tuyo, ser hijo de su padre. —Un pequeño clic sonó en su cabeza, en la que por un momento, volvió a ser aquella niña sin padre, con una infancia triste, en un pueblo del interior de Galicia, lleno de tradiciones. Tiempo suficiente para que la inspectora, Ana Fernández, se le tirara encima y la desarmara. El móvil cayó al suelo y Paola lo cogió. Sonrió al ver la pantalla. Sin cobertura, marcaba. Miró el suyo, sin cobertura también. Alba, te quiero, pensó. El resto de los compañeros entraron, aquella pesadilla, casi, había concluido.

Salió a la calle, necesitaba respirar un poco de aire puro, y en pocos lugares del mundo lo era más que allí. Vio a Portela acercándose a Fidel Sirera, al que al menos esta vez, sí habían salvado. Se sintió bien. Y comenzó a llorar. No sabía si era pena, alegría, frustración, estrés, pero aquellas lágrimas se fundían con las gotas de lluvia que no habían dejado caer en las últimas veinticuatro horas. Bien está lo que bien acaba, pensó.

LXIX. PARDAO

«El término de la vida aquí lo veis, el destino según obréis».

Paola se paró a admirar aquella leyenda que coronaba la entrada al cementerio de San Francisco, justo al lado del claustro, en el que descansaban los restos de Vicente Risco y Eduardo Blanco Amor y en el que desde ese mismo día lo haría el párroco don Afonso. Costoya intentó tirar de su mano pero había algo que no le dejaba avanzar. Eran los acordes de aquella canción.

«Entre los charcos de la última lluvia, y a una esquina no muy frecuentada, de una ciudad sucia y olvidada, llega el cantor a empezar la jornada. Y de una funda hecha una ruina saca a su amiga vieja y gastada. Afina un poco sus cuerdas cansadas mientras la gente pasa apresurada. Y nadie sabe cómo pasa su vida, nadie se entera cómo su vida pasa. ¡Pardao, le llaman en la plaza, porque aunque llueve el canta y no se cansa!»

Entonces, Paola se agachó a dejarle una moneda y aquel hombre paró de tocar. Le cogió la mano y la miró.

—Él me dijo que vendría, ¿es usted, verdad? —Paola no lo entendía pero afirmó con la cabeza. —Afonso me dijo que vendría a su entierro y que se pararía a mirar la inscripción, y que luego también lo haría a escucharme. —La comisaria no daba crédito entre sorprendida y emocionada. —Él me dijo que le diera esto. —Estiró la mano y le puso algo metálico en su palma mientras con sumo cariño se la cerraba. —Y esto... —Le guiñó un ojo, cogió su guitarra y empezó a cantar.

«Adiós ríos, adiós fontes, adiós regatos pequenos, adiós vista dos meus ollos, non sei cando nos veremos. Miña terra, miña terra, terra onde me eu criei, hortiña que quero tanto, filgueiriñas que eu prantei...»

Con aquella melodía en la cabeza y el tacto metálico en su mano pasó los casi veinte minutos de funeral. Miró aquel epitafio y se sintió orgullosa de haber cumplido la última voluntad de don Afonso.

«¡Érguete, miña amiga, que xa cantan os galos do día!

¡Érguete, miña amada, porque o vento muxe, coma unha vaca!»

Cuando salieron, aquel cantor ya no estaba allí. Costoya comenzó el interrogatorio.

—¿Qué es lo que te dio? —Paola le enseñó aquella diminuta llave. Costoya la observó.

—Parece la llave de una pequeña caja de música o una caja de caudales. ¿Y qué crees que es?

—Me temo, mi querido inspector, que esa es nuestra labor, averiguarlo, y tengo una ligera idea de lo que puede ser, lo que no sé es el dónde. Dígame una cosa, si usted fuera el párroco, ¿dónde hubiera escondido la arqueta? —Por un momento Costoya, haciendo de Portela, recordó el epitafio de su tumba y lo tuvo claro.

—Ese párroco, ¿no vivía en algo así como una granja?

—Creo que sí, ¿por qué lo dice?

—Porque quizá el dónde, también nos lo dejó escrito. Démonos prisa, que me estoy poniendo de los nervios.

—Llamaré a Alba para pedirle la dirección.

No tardaron en encontrarla. Era una pequeña granja a orillas del río Sil. Una mujer, bastante mayor, trabajaba en la huerta. Se acercaron a ella.

—Disculpe, buscamos la casa de don Afonso, el párroco, ¿Podría ayudarnos? —La mujer apoyó su azada, se dio la vuelta y con los brazos en jarras respondió.

—Ya era hora, pensé que no iban a venir nunca. —Costoya y Paola se miraron sin entender nada.

—No sabíamos que nos esperaba.

—Fai anos que agardo.

—Disculpe, no la entiendo.

—Esto debería haber terminado hace muchos años. Mi nombre es Eladia y soy la madre de Casiano. Pasen, por favor. —En shock, ambos entraron en la casa junto a aquella mujer que decía ser la madre de uno de los desaparecidos del Sil, y que al final había sido fundamental para conseguir la rendición de Gallaecia. Nunca olvidaría aquel momento de aquel día eterno, del último día de febrero.

—Siéntense, no tardaré. —Paola y Costoya se sentaron en aquel banco de madera, frente a la lareira encendida, sin entender nada, pero esperando ansiosos qué sorpresa les deparaba el destino. Al cabo de unos segundos, Eladia, volvió a la cocina con una caja de música en las manos. Era totalmente artesanal y en ella pudieron ver la ilustración de la gran mujer de las letras gallegas: Rosalía de Castro. Nerviosa, Paola sacó la llave del bolsillo y la metió en aquella pequeña rendija. Al abrirla empezó a sonar aquella música...

«Adiós ríos, adiós fontes, adiós regatos pequenos, adiós vista dos meus ollos, non sei cando nos veremos...» Mientras una bailarina daba vueltas en el centro, pudo ver la estela de la arqueta en el compartimento inferior de aquella original caja de música, y sin que cesaran los acordes de esa maravillosa melodía, la abrió.

Por un momento, aquella luz cegadora hizo que no pudiese ver los nueve anillos de los nueve obispos. Costoya sintió cómo su pierna milagrosamente dejaba de dolerle, Paola notó una quemazón curativa en su costado y ambos se sintieron por un momento las personas más felices del mundo.

Brillaban como lo hace el sol a media mañana, brillaban como lo hacen los sueños llenos de ilusión, brillaban como las personas buenas de corazón. Miró a Eladia y le sonrió agradecida. Tardaron en ser capaces de articular palabra.

—Lo que no entiendo, Eladia, si usted sabía que la arqueta estaba aquí... —Supo lo que le iba a decir, negó con la cabeza.

—Mire, comisaria, una cosa es la ley del pueblo, otra que los que hacen el mal deben de pagar, pero una cosa muy distinta es la lujuria y que la gente quiera lucrarse a costa de lo que es de todos. Si Afonso le confió a usted la llave es porque creía que usted haría lo que tenía que hacer con esa arqueta, y ante eso, no hay nada que decir.

—Gracias, Eladia.

—Gracias a ustedes por darle una oportunidad a mi hijo cuando ya nadie creía en él. —Paola vio los ojos de aquella mujer, sintió su agradecimiento infinito y pensó que, a veces, merecía muchísimo la pena aquel trabajo. Mientras se dirigían al coche, Costoya le pasó el brazo por el hombro.

—¿Y ahora qué tienes pensando hacer con la arqueta?
—Eso, mi querido inspector, no hace falta que lo pregunte, haremos lo que tenemos que hacer, lo decidirá la ley del pueblo. —Le sonrió.
—Es usted incorregible, Paola, incorregible.

FIN

13/10/19-06/12/19

Final modificado durante la cuarentena 06-07 de Abril del 2020

A mi hijo, Xoel, por ser el motor de mi vida.
A mi familia, a mother, crazy woman (Los Cagiao s.l.), las chochis, mi abuela, Greg, mi padre, primos y resto de familia. En especial a mi padrino, siempre en mi corazón.
A mis amigos, mi Geme Lupe, Josiño, Elena, Roci, Paula, Carola. A la Rubia, la Vir, mi Sandra y resto de compañeros de Market Sada.
A mis amigos del monte, en especial al Cas Montaña, y a my bom y los Pasa ou Entorna.
A mi familia de Almería, la editorial Círculo Rojo, en especial a Susana, Alex, Ángela, David y Alberto.
A Ruth, Anxo, Xabi y familia.
A Pirijil Fernández por la ilustración y a la Jefa de Comunicación, Rosi Fernández.
A Trashnos por la banda sonora.
A Loreto CM, Sonia Mauriz, Guilly García, Cristina Grela y a todos los lectores VHS por ayudarme a darle forma a esta historia.
En especial a la gente del Trail Ribeira Sacra por enseñarme un paraíso en la tierra.
A todos los que seguís las aventuras de esta Saga, porque sin vosotros, nada sería posible.
A Bañobre, el Dépor, la naturaleza y el Heavy Metal.